



Museo Histórico

Organo del Museo
de Historia de la Ciudad
de Quito

QUITO - ECUADOR

IMPRENTA MUNICIPAL

Nº 7



MUSEO HISTORICO

*Revista trimestral Organó del
Museo de Historia de la
Ciudad de Quito*

Bien se podría gloriarse Babilonia de sus muros; Nínive, de su grandeza; Atenas, de sus letras; Constantinopla, de su imperio; que Quito las vence por llave de la cristiandad y por conquistadora del mundo. Pues a esta ciudad pertenece el descubrimiento del gran Río de las Amazonas. (1).



(1). Página 91 del Libro "Descubrimientos do río das Amazonas e sus dilatadas provincias" por Gaspar de Carvajal, Alonso de Rojas e Cristobal de Acuña, editado en Sao Paulo en 1941.



SR. DN. JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

† AGOSTO 17 DE 1950

MUSEO HISTORICO

Año II Quito, Diciembre 6 de 1950 Núm. 7

DIRECTOR: JORGE A. GARCES G.

Un duelo Nacional

LAS disciplinas históricas americanas están de duelo: acaba de bajar a la tumba uno de sus más ilustres cultores, y quizá, el más preclaro ecuatoriano de este siglo, según lo atestigua su rica bibliografía que hace honor a la Patria aún en los confines más remotos, aliende los mares

Jacinto Jijón y Caamaño hombre de vastísima cultura, verdadero sabio, dedicó su fructífera vida y su fortuna a las investigaciones arqueológicas; y, siguiendo las huellas del inmortal González Suárez, fué el creador de la arqueología ecuatoriana.

Luego de realizar sus estudios primarios con profesores particulares, pasó al Colegio San Gabriel, en el que se graduó de bachiller, inscribiéndose luego en la Facultad de Derecho de la Universidad de Quito; mas, pronto dejó esos estudios, para dedicarse a sus aficiones históricas y literarias.

Amigo y admirador del sabio Arzobispo González Suárez, que a la sazón se esforzaba por fomentar en el ánimo de algunos jóvenes, la afición a la historia, fué uno de los ocho fundadores de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, que, luego, por decreto del Congreso Nacional, de 28 de Setiembre de 1920, se transformó en la Academia Nacional de Historia, cuyos estatutos los aprobó el Gobierno.

Costeó Jijón y Caamaño, de su peculio, por largos años la edición del Boletín de la Sociedad y luego de la Academia, revista que por su selecto material, pronto adquirió prestigio en el continente, constituyendo hoy su colección uno de los más elevados exponentes de la cultura hispanoamericana.

Enrumbada su vocación a los estudios arqueológicos, contrató científicos alemanes para que se realizaran excavaciones en las diferentes provincias de la república; y cuanto publicó en este ramo de la ciencia, sus obras todas nos dan el arámburo de su recia personalidad científica. Entre sus principales obras podemos anotar La religión del Imperio de los Incas; el Ecuador Interandino y Occidental antes de la conquista española; Miguel Cabello y Balboa; Contribución al conocimiento de los aborígenes de Imbabura; Sebastián de Benalcázar; Maranga; Purnhá; Solemne pronunciamiento de la Capital de Quito y demás pueblos del sur de Colombia; Historia de la Compañía de Jesús; el Tesoro del Itchimbia; Examen crítico de la veracidad de la historia del Reino de Quito; Artefactos prehistóricos del Guayas; Un Cementerio incásico en Quito; La edad de Bronce en América; Influencia de Quito en la emancipación del Continente americano; Notas de arqueología Cuzqueña; Los Orígenes del Cuzco; las primitivas Fundaciones coloniales en la Gobernación de Popayán; La fundación de Pasto, etc. etc.

Su residencia, La Circasiana, mansión señorial rodeada de hermosos parques, la convirtió en el Museo y Biblioteca más ricos de América; pues, el primero guarda, además de óleos y esculturas de inapreciable valor, todo el acervo cultural del inca-rio, obtenido durante muchos años en sus corre- rías de exploración científica. Y en cuanto a la Biblioteca, iniciada con el fondo de la que pertene- ció al Ilmo. González Suárez, y enriquecida con el culto sagrado a los valores del pensamiento, hizo de ella la mejor que sobre historia americana existe en nuestro hemisferio.

Si su primer libro: El Tesoro del Itchimbia le señaló ya a la atención de los arqueólogos euro- peos, los siguientes le consagraron definitivamente como la primera autoridad en nuestros tiempos, en tan arduas disciplinas.

Pero, si Jijón y Caamaño dedicó su vida a la cultura, entregó también sus energías al servicio de la patria, en su Ciudad natal.

Ya como Presidente del Concejo en el año de 1934; luego como Alcalde en 1946, puso todos sus talentos a disposición de la Urbe, con máximo desprendimiento y abnegación, en las épocas mas difíciles para la economía Municipal.

Su Museo y Biblioteca nos hablan de la mag- nitud de su cerebro. Mas, si por voluntad de su dueño continúan como patrimonio familiar, poco asequibles a la consulta de los investigadores; ve- neremos la memoria del Sr. Jijón y Caamaño y abramos las puertas al público para que perdure la obra de cultura a la que dedicó los mejores días de su existencia.

Siendo deber de los ecuatorianos ensalzar el recuerdo de sus glorias; es más aún, de los familia- res hacer honor a su nombre, e inmortalizar a quien

dió alto ejemplo de virtudes cívicas, dedicándolas al servicio de la humanidad, al prestigio de la Patria, y al progreso de la ciencia.

Si el honorable Congreso Nacional exoneró de todo impuesto al Museo y Biblioteca, tuvo necesariamente en cuenta el beneficio colectivo y la obra que seguramente pretenden realizar sus herederos.

Es probable que se forme un Patronato de Notables para la custodia y organización del servicio de la Biblioteca y Museo "Jijón y Caamaño", que, a la vez que garantice su integridad, ponga con las reservas del caso, a disposición de los estudiosos nacionales y extranjeros, quienes encontrarán en aquellos, fuentes inagotables de consulta aún de las épocas que han escapado al testimonio de los historiadores; de las vicisitudes de la oscura y aún poco conocida etapa colonial; de las gestas de la independencia; y por último, de los vaivenes de la política republicana en el siglo XIX.

Rebasa toda ponderación el ingente acervo de manuscritos que aquella Biblioteca posee y que hemos tenido la oportunidad de conocerlos; y para dar una ligera prueba de ello, nos referiremos a los documentos autógrafos del Libertador, del Mariscal de Ayacucho, y de los principales gestores de la Independencia; que seguramente pasan de un centenar de volúmenes.

"Museo Histórico" rinde desde estas páginas un tributo de admiración a la ilustre memoria del más grande ecuatoriano, que deja sublimes ejemplos que imitar.

Discurso del Alcalde de Quito Dr.

Dr. José Ricardo Chiriboga

Villagómez

En el Salón de la Ciudad, ante el cadáver del
Sr. Jacinto Jijón y Caamaño



RAIS señor de la cultura: Largo es vuestro camino, invisible la meta a la que habréis de arribar. Deteneós, pues, por unos instantes en este recinto augusto donde aún vibran vuestras palabras de patriota y en donde se escucha el eco inextinguible de la voz saturada de civismo, encendida de fe, impregnada de sinceridad, que caracterizó vuestra actuación pública. Deteneós, ilustre quiteño, en este templo de republicanismo auténtico, en este oasis de cordialidad nacional, para dar oportunidad a que la Muy Noble y Leal Capital del Ecuador, representada por su Ilustre Ayuntamiento, os rinda el homenaje de admiración que vuestras virtudes de

hombre esclarecido y culto supieron conquistarse, y que os exprese al mismo tiempo, con lágrimas en el corazón, el pesar hondo y sentido que abrumba los pechos ciudadanos al veros marchar hacia la eternidad, cuando de vuestra fecunda y respetable personalidad mucho esperaba todavía la patria a la que tanto amásteis, y mi Ciudad que tanto os debe.

Quito que acarició vuestra florida juventud de vástago de encumbrada cuna; Quito que presencié vuestros afanes de varón apasionado por la historia; Quito que recibió el fruto de vuestras preocupaciones de progreso durante los años de intensa y desprendida actuación edilicia; Quito que estimuló vuestras inquietudes de infatigable investigador; Quito que vió pasar vuestra figura arrogante y señorial, se prepara hoy, con el amor de madre tierna y agradecida, a guardar en el relicario de sus entrañas vuestros despojos de hijo que nació para amar y murió amando.

No es el instante de la despedida la hora suprema de los adioses, la oportunidad propicia para exaltar tu figura de hombre de letras, de caudillo de un histórico y vigoroso partido político, de funcionario inteligente, sagaz y desprendido; de ciudadano respetado y respetable; pero no sería dable tampoco que os alejéis de nosotros sin permitirnos haceros justicia, nó esa justicia que es el sol de los muertos, sino esa otra justicia que es el ejemplo, la enseñanza para los vivos.

Ya decía Mirabeau que siempre ha tenido la justicia algo de sagrado para todos los pueblos; pero lamentable es que los pueblos se acuerden de sus hombres en el instante de la muerte, cuando todo ha concluído. Sostiene el pensador que los hombres pasan como las naves, como las nubes, como las sombras; mas la obra enjundiosa, verídica y robusta que vos, señor Jijón y Caamaño, realizasteis desde el campo histórico, recopilando documentos para enriquecer el acervo nacional; esa labor infatigable de investigador de las raíces de nuestra nacionalidad; esa tarea minuciosa de arqueólogo ávido de novedades prein-

caicas; esos empeños por descifrar la conducta de nuestros antepasados; en fin, todo ese conjunto inagotable de actividades que desarrollasteis por organizar un museo de significación nacional y una biblioteca de imponderable valía, cuyo renombre ha traspasado ya las fronteras de la patria, no pasarán como las nubes que contornean nuestros atardeceres.

Vuestra obra como producto de un ideal de elevados quilates culturales desafiará los tiempos y hará ver a las generaciones futuras que el hombre de pensamiento, que el cerebro puesto en función creadora, no muere sino que, al contrario, crece y se agiganta con el devenir de los años.

Ayer se sostuvo que es imposible unir a la política con la virtud, y vos, como jefe de un Partido, como convencido de una doctrina, habéis demostrado que sí es dable vincular a la política con la virtud, porque habéis tenido la virtud de ser leal a la política de vuestro Partido y habéis tenido también la rara cualidad de sacrificaros más de una vez por ese partido que os consagró como su representante máximo.

En las democracias, el equilibrio se sostiene por el libre juego de los postulados que los Partidos propugnan, de donde se desprende el papel preponderante que desempeñan los grupos organizados en el mantenimiento de la estabilidad social. Ser hombre de partido cuando prima la sinceridad en los procedimientos, y la hondura en las convicciones, es transformarse en elemento mantenedor de un sistema de libertad política. Quien abraza una doctrina y defiende un ideal con severidad y perseverancia, con elevación y rectitud, vuélvese respetable aún para aquellos que propugnan conceptos y exaltan finalidades diametralmente opuestas.

No es obligatorio para el hombre estar siempre en la verdad; pero sí es obligatorio defender con calor, con energía y con nobleza lo que cada uno estima que es su verdad. En política cada cual entiende la verdad a su modo. Cuando esa creencia es honorablemente defendida y sanamente practicada, el equilibrio democrático se

conserva a flote, rodeando a los partidos, de una aureola de prestigio y respetabilidad inconfundibles.

Vos que nunca pudisteis manteneros al margen de las angustias de la Nación; vos que comprendisteis que el patriotismo, como toda virtud para ser útil debe ser activa, jamás dudasteis en prestar el contingente del sacrificio personal en aras del cumplimiento de un deber ciudadano irrenunciable, cual es el de participar en ese movimiento acelerado de fuerzas que se llama política. Fuisteis político no por obedecer a consignas de círculo o por responder a egoístas intereses. Para vos la política fué una vocación de servicio público, un dictado de civismo, un imperativo de ecuatorianidad. Vuestro amor a la tierra era tan grande, que quisisteis imponerle vuestra verdad, esa verdad que no es la nuestra, pero que es la de vuestro Partido y que, como toda verdad, se corrompe o con la mentira o con el silencio. De ahí que estuvisteis alerta en la tribuna y en el periódico y aún en el campo de batalla, no sólo para preservarla de los ataques de sus adversarios, sino también para tratar de extenderla dentro del vivir nacional.

Como político tuvisteis valor para exponer vuestras opiniones e inflexibilidad para cumplir vuestros deberes, y precisamente porque supisteis sufrir la verdad y decirla con la firmeza de un convencido, tuvisteis también que arrostrar el contraataque de vuestros adversarios, que jamás desconocieron la rectitud de vuestras intenciones; pero que, naturalmente, tenían que esclarecer ante los demás la inaplicabilidad e inconveniencia de vuestros postulados.

Vuestra labor como político tampoco se eclipsará como las sombras al rasgar la aurora, ya que el vigor y entereza que demostrasteis como director y guía de un partido, os han ganado el respeto de todos los que sentimos la pasión por los ideales en favor de una patria, a la que cada cual deseamos verla gobernada en consonancia a nuestra política.

Si bien la cultura y la política absorbieron lo mejor de vuestros empeños, también la patria os debe sacrificios

en el campo creador de las industrias. Heredero de sólida fortuna, supisteis incrementarla no en interés personal, sino para beneficio público, robusteciendo la rama textil y azucarera. Nunca hicisteis del dinero, instrumento de despotismo o arma de explotación; al contrario, la tolerancia que os faltó en política, la prodigasteis amplia y generosa en el campo social.

A vos se os pueden aplicar las palabras de Orfeo: "Sólo el uso de las riquezas constituye su posesión; el rico que a sí mismo se niega lo necesario, comete un sacrilegio". Tuvisteis el acierto de usar de las riquezas para dar trabajo a centenares de necesitados, para fomentar el beneficio público, para prodigar alivio a ajenos dolores. No cometisteis el sacrilegio de negarte lo necesario para calmar tus ansias de cultura, tus empeños de difusión doctrinaria, tus ideales de caballero y de patriota. En una palabra, poseísteis riquezas, no fuisteis poseído por ellas y más rico os mostrasteis en sabiduría que en tesoros materiales.

Hay algo en la vida pública del ilustre extinto, que conmueve más hondamente nuestro corazón de quiteños, que todo el conjunto de actividades de su múltiple y cristalina personalidad. Me refiero a la actuación del señor Jijón y Caamaño frente a los destinos del Ilustre Ayuntamiento Capitalino, desde la Presidencia del Concejo y años más tarde en la Alcaldía del Cantón.

Compenetrado de la trascendencia de la tarea edilicia en orden al adelanto de los pueblos, el señor Jijón y Caamaño entregóse de corazón al cumplimiento de tan delicadas como honrosas funciones. Amaba a su Ciudad, conocía de los requerimientos de su pueblo, sabía que el progreso de nuestro Quito vigorizaba la urdimbre nacional y por todo ello no dudó en dar a la Ciudad el impulso indispensable para que su prestancia material correspondiera a su papel de rectora de los destinos nacionales.

En su primera Presidencia municipalizó el servicio de luz y fuerza eléctricas, montando la poderosa central de Guangopolo, tarea formidable si se recapacita en la esca-

sez de nuestras disponibilidades y en la orfandad en que siempre le han mantenido los Poderes Públicos al Municipio capitalino, en la confrontación de problemas, que a más de municipales, son de relieve económico social.

El primer barrio obrero en la Capital, obra es del Cabildo que presidió el señor Jijón y Caamaño. Los esfuerzos que posteriormente se han desplegado para multiplicar en favor de las clases menos favorecidas, ese tipo de construcciones de costo reducido, demostrando están la visión del Concejo Cantonal en materia tan compleja como apremiante.

Creada la Alcaldía por reforma legal de 1945, correspondió al señor Jijón y Caamaño el merecido honor de ocupar tan honrosa posición por mandato libre del pueblo, y la austera como encomiable labor que llevó a cabo el primer Alcalde de esta Ciudad, servirá de poderoso ejemplo a todos los que Quito confie la marcha de sus destinos.

Noble y leal quiteño, como noble y leal es la tierra a la que servisteis: hemos querido pagaros en esta hora postrera el homenaje de gratitud que os debemos. El único exceso que el mundo bendice es el de la gratitud y en los pechos quiteños que son sanos y generosos, tan noble sentimiento nos recuerda el pensamiento del poeta que comparaba la gratitud con el saltadero de agua que sólo necesita una rendija para brotar pura y vivaz. La rendija se ha abierto al cerrar vuestros ojos, señor Jijón y Caamaño, a la luz diáfana de nuestro amado y cristalino cielo. Justo es que brote pura y vivaz la gratitud que vuestras acciones y merecimientos sembraron en nuestros corazones y que esa gratitud, flor silvestre de nuestro fervor cívico, perfume siempre la majestad de vuestra tumba, en la que no faltarán ni las lágrimas de vuestros deudos ni la siempreviva de nuestros recuerdos.

Señor Jijón y Caamaño: continuad vuestro viaje a la patria de la inmortalidad, donde tendréis vuestra cátedra de verdad y justicia.

Orden de traslado a Bogotá, del
Archivo de la Real Audiencia de Quito



ON Antonio de La Pedrosa y Guerrero, señor de la Villa de Bufes, del Consejo de Su Majestad en el Real y Supremo Consejo de Indias, elegido y nombrado por Su Majestad para establecer y fundar el Virreinato en este Nuevo Reino y para otros negocios y encargos de la mayor importancia del real servicio, etc.

Por cuanto proveí el auto del tenor siguiente:

En la ciudad de Santafé, a doce de diciembre de mil setecientos y diez y nueve, el Excelentísimo señor don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, señor de la Villa de Bufes, del Consejo de Su Majestad en el Real y Supremo de Indias, elegido y nombrado por Su Majestad para establecer y fundar el Virreinato en este Nuevo Reino y para otros negocios y encargos de la mayor importancia del real servicio.

Dijo que entre las órdenes reservadas de Su Majestad (con que se halla) se le ordena en una que los papeles del Acuerdo de la Audiencia de San Francisco de Quito que hubiese en el Archivo de él, los haga recoger

con la mayor seguridad y reserva que convenga, y con la misma los haga conducir al Archivo del Acuerdo de la Audiencia de Santafé, para que en todos tiempos conste en él; y en cumplimiento de esta real orden, mando se libre el despacho necesario al corregidor de dicha ciudad de Quito, para que arreglándose a la expresada real orden, recoja dichos papeles del paraje o depósito en que estuviesen con toda la reserva conveniente y con la misma formará inventario de ellos y, muy bien acondicionados, los pondrá con toda guarda y custodia en el cajón o cajones, cofres u otra cosa equivalente y cerrados y asegurados superabundantemente y con todo el resguardo y seguridad que conviene, los hará conducir con persona de mayor satisfacción y confianza, previniéndole que en su transporte procure la mayor seguridad que se requiere en papeles de esta calidad, para que en ningún modo se experimente extravío ni otro accidente alguno, así en tierra como en ríos; y el inventario original que se formase se incluirá con dichos papeles, quedándose reservadamente con copia auténtica de él y constándole haberse recibido dichos papeles en el Real Acuerdo de Santafé, remitirá a él la copia con que se quedase, sin que en manera alguna saque ótra de ella, porque en ningún tribunal inferior sea patente su contenido, dando cuenta de lo que en esta razón obrase con los autos originales. Así lo proveyó y firmó.—Don Antonio de la Pedrosa y Guerrero.—Ante mí, Manuel de Veriz Zabala.

Mediante lo cual libré el presente y por él ordeno y mando al corregidor de la ciudad de Quito vea el auto pre-inserto y lo guarde, cumpla y ejecute todo lo en él prevenido, en la misma conformidad que se expresa, sin alterar ni interpretar en cosa alguna por convenir así al servicio de Su Majestad. Fecho en la ciudad de Santafé, a doce de diciembre de mil setecientos y diez y nueve.

Antonio de la Pedrosa y Guerrero.

Por mandado de Su Excelencia,
Manuel Veroiz Zabala.

Para que el corregidor de Quito guarde y ejecute lo contenido en el auto inserto en este despacho en orden a la remisión de los papeles del Archivo de la Audiencia de aquella ciudad.

En la ciudad de San Francisco del Quito, en ocho días del mes de febrero de mil setecientos y veinte años, el señor General don Diego de Zárate y Murga, corregidor y justicia mayor de esta dicha ciudad, sus términos y jurisdicción por Su Majestad y su vicepatrón, dijo: que se halla un despacho del Excelentísimo señor don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, por el cual se ordena y manda en conformidad de los que tiene de Su Majestad, que los papeles del Acuerdo de la Real Audiencia que se extinguió en esta ciudad, que hubiese en el Archivo o depósito de él, los haga recoger con la mayor seguridad y reserva que convenga y con la misma les haga conducir al Archivo del Acuerdo de la Real Audiencia de Santafé, para que en todos tiempos conste, con las providencias que se enuncian en dicho despacho. Y por cuanto se considera que al tiempo de la extinción de dicha Real Audiencia, estando presidiendo en ella el señor don Santiago de La Rayn, del orden de Santiago, que reside hoy en esta ciudad, mediante el celo y cuidado que su señoría siempre tuvo en materia de dichos papeles y que se hizo cargo de ellos por no fiarlos a persona de menos suposición y que existen en poder de su señoría, debía de mandar y mando se le haga saber a su señoría de dicho señor don Santiago de La Rayn, este auto y dicho despacho según y como en él se contiene y declara, para que estando en su inteligencia exhiba su señoría los papeles, libros reales de Acuerdo, cédulas y demás instrumentos conducentes al Acuerdo de dicha Real Audiencia, para que precediendo inventario jurídico de los que se hallaren, se dé

cumplimiento en todo lo ordenado y mandado por Su
Excelencia el señor don Antonio de la Pedrosa. Así lo
proveyó, mandó y firmo.

Murga.

Diego de Zárate y Murga.

Ante mí,

Domingo López de Urquía,

Escribano de Cabildo y Real Hacienda.

De los procesos seguidos contra los Patriotas del 10 de Agosto de 1809

Confesión de don Nicolás Vélez, de edad de
26 a 27 años



EN la ciudad de San Francisco de Quito, el 16 de Diciembre de mil ochocientos y nueve años. El señor Oidor Comisionado don Felipe Fuertes, hizo comparecer a un hombre que se halla preso en este Real Cuartel, a quien procedió a tomarle su confesión, para la que se le recibió juramento que hizo por Dios nuestro Señor y una señal de Cruz, en virtud de la cual ofreció decir verdad en todo lo que supiere y fuere preguntado.

1ª Preguntado cómo se llama, de dónde es natural, qué estado, oficio o empleo tiene y su edad. Dixo: Que se llamaba don Nicolás Vélez natural de esta ciudad, casado, que se mantiene del trabajo de las haciendas de su

madre, de edad de veinte y seis a veinte y siete años, poco más o menos, y responde.

2ª Preguntado si sabe la causa de su prisión o la presume.

Dixo: que presume que su prisión será por haber tenido la debilidad de dejarse seducir y engañar por don Francisco Romero, y responde.

3ª Preguntado si sabe quienes formaron el proyecto sedicioso de mudar la forma de gobierno creando una Junta Suprema con tratamiento de Majestad y a su Presidente el de Alteza Serenísima, erigiendo Senados y dando otros empleos que se publicaron el día 10 de Agosto deste presente año, abrogándose por todos estos actos el poder soberano, dirá su principal autor o autores.

Dixo: Que según lo que observó en la noche del 9 en la casa del Sagrario y pieza de doña Manuela Cañizares, son y han sido principales autores el doctor don Juan de Dios Morales, el Capitán don Juan Salinas y el doctor don Juan Manuel Quiroga, y aunque don Mariano Villalobos por sí no diese disposiciones como las que deja referidos, le notó muy interesado y el modo como concurre el confesante y seducción de que se valió dicho Romero, fue la siguiente: Que el día 9 por la mañana, habiendo salido el confesante de su casa a oír misa, le encontró don Francisco Romero en la puerta de calle de su casa, en donde avocándose con el confesante, le dijo que le había buscado más de mañana, en donde le preguntó el Confesante que para qué; le dixo que para que le hiciese un favor, de asistir a su casa por aquella noche a honrarle con la persona del Confesante, a una diversión que tenía; y habiéndole preguntado cuál era, le dijo al Confesante que ahí lo sabrá y que con tal que le asistiera hasta las ocho de la noche a dicha casa, era suficiente, y quedó el confesante impuesto de ello y gustoso para asistir a las seis de la noche, habiéndose recogido el Confesante a su casa a ponerse en mejor traje, juzgando habría diversión de baile, llamó el confesante a dos mujeres alquilonas de su casa, una por una, para imponerse de ellas

y saber qué diversión tenía dicho Romero en su casa y enterarse si había refresco, mediante a que su madre le ordenó que si hubiese helados, le mandase a Gertrudis mujer del Confesante, quien se hallaba encinta. Que habiendo preguntado el Confesante a una de las mujeres dichas, llamada Josefa, si sabía qué diversión era la que tenía Romero en su casa, le dixo no sabía cuál era; pero que en aquel día 9 había degollado una vaca, muerto un puerco y pasado muchas bebidas a dicha casa, y que el hijo de dicho Romero se llamaba Lorenzo y que contemplaba fuese el festejo por el cumpleaños de dicho Lorenzo; cuando inmediatamente llamó a la otra mujer también nombrada Josefa, a quien preguntó el Confesante si sabía qué diversión era la que tenía Romero, y le contestó lo mismo que la antecedente, por lo que, creído el Confesante en el convite, pasó inmediatamente a la referida casa de dicho Romero, quien vino a encontrar al confesante en la grada y le encaminó a su sala, en donde le dieron un trago de mistela y habiendo visto el Confesante que en dicha pieza no había música ni concurrentes de afuera, a excepción de los de su casa, le preguntó el Confesante que qué laya de diversión era aquella, y le contestó dicho Romero que ahora lo verá, y en esto le fueron atendiendo al Confesante con más tragos. En este estado, habiendo entrado don Miguel Solís, hicieron lo propio que al Confesante, por haber venido dicho Solís con el mismo convite, quien le preguntó a Romero que qué laya de diversión era para la que le había llamado y le contestó lo mismo que al Confesante, cuando al mismo tiempo se largó de fuga de dicha casa el referido Solís, sin querer asistir a dicha diversión y salieron luego tras él a quien no lo encontraron, y entonces sacó dicho Romero un frasco de aguardiente y empezaron a brindar él y su familia al Confesante y ya estaba algo mareado queriéndose retirar a su casa y él mismo lo retuvo, diciéndole que a las ocho era la diversión, que aguardase que vinieran otros sujetos a quienes no nombró, y contemplándole mareado, hizo que su mujer le diese un pañuelo el

que se ató el Confesante en la cabeza y saliendo de la casa a las ocho de la noche, como pasase por la calle y puerta del Confesante, quiso quedarse en su casa, a que le dijo dicho Romero, recelándose el Confesante de ir a otra casa, que a donde iban estarían los doctores Morales, Quiroga, Arenas, Marqués de Selva Alegre, don Juan Salinas con otros abogados y demás sujetos de bien, y no queriendo oír, le repuso que la función era del doctor Morales, y éste le había dicho lo convidase al Confesante, entonces no tuvo recelo y pasó adelante; y habiendo salido de casa de dicho Romero, con tres o cuatro de su familia, desde la Compañía, se adelantaron dos o tres diciéndoles lo hiciesen dicho Romero, el que lo llevó al Confesante a la referida casa del Sagrario, y entrado en ella lo recibió muy bien dicho doctor Morales, que como hasta las nueve de la noche todo era entrar gentes, y aunque entonces no cayó en sospecha y después ha reflexionado había espías, y que la dicha Cañizares salía a la ventana varias veces a observar la calle, también oyó decían sería mejor trajesen música; como a las nueve con poca diferencia entraban y entraron de rato en rato soldados que hablaban en secreto con dicho Salinas, y de ellos sólo conoció a uno que le parece llamarse Vinuesa, a quien lo hicieron Ayudante Mayor, y en seguida dicho Morales pidió silencio, y empezó a hablar a manera de plática, que según los varios pliegos que se había descubierto en algunos sujetos de la ciudad, dando a entender en casa de don Simón Sáenz, se trataba de hacer el día 15 de dicho mes por el mismo Sáenz y otros chapetones, de degollarlos, apoderándose los mismos de vidas y haciendas, que hacían en contra de nuestro Rey y Señor, y querían entregarnos a Bonaparte, que él en aquellos días había trabajado aquellos papeles que manifestaba, siendo su objeto defender a nuestro Rey y Señor don Fernando Séptimo, la Religión y la Patria, que la dicha mudanza de Gobierno estaba señalado a hacerse el día veinte, pero temerosos de que se adelantasen aquellos, según tenían entendido el día 15 se había dispuesto adelantarse la Revolución a la

obra que iban a hacer aquella noche y que él se había sacrificado por dichos respetos, añadiendo se había acabado la Junta Central en España con otras cosas de la península, que no tiene presente y que mediante la traición que se meditaba contra el Soberano, se había valido de los concurrentes como fieles vasallos que sacrificaban sus vidas en su defensa, y luego apercebidos todos, pena de la vida, al que no defendiese con su sangre en caso necesario, leyó dicho Morales un papel, en que decía, según se acuerda, que no siendo al propósito el actual Gobierno, por suponer contrario al Excmo. Señor Presidente, de avanzada edad y decrepito, y que otro Ministro de la Sala había hecho una denuncia, estaban temerosos con otras muchas razones que se daban, todas muy persuasivas, fundando y trayendo a colación se había perdido tal y tal reino y bien de seguida en el mismo pliego o en otro por separado, de que no se acuerda, en que principiaba dándose por vacante el Gobierno por la traición conocida, y de que el pueblo usaba de sus facultades soberanas, nombrando al Presidente de la Junta, sus vocales y demás empleos y acababa en cada nombramiento de los representantes y Senadores, y lo firmamos y luego estando todos en ala, esforzó nuevamente dicho Morales a los concurrentes, que todo se hacía por la Religión, el Rey y la Patria, y que llegaría tiempo que como fieles vasallos, serían premiados del Soberano y les pintó tan al vivo el peligro que corría la Patria y los derechos del Rey, que se creyó tanto por esto como por la Religión ser cierto todo como misterio de fe, diciendo todos que por esos respetos darían sus pescuezos y el Confesante lo creyó así, como que vió ahí abogados y otras personas doctas, que todos con ademanes y con las armas que les notó entonces, pues antes no lo había reparado, los observó gustosos en derramar la sangre y se les apercibió nuevamente con pena de la vida al que se resistiere o apartare de la defensa de dichos tres puntos, e inmediatamente ya vió centinelas en la puerta de la Sala, con sables y los llamaron a firmar primero a los de la ciudad y después a los de los

barrios, firmando el Confesante por el barrio de San Sebastián y faltando por el de San Marcos, le hizo firmar también dicho Morales, y en cada seis firmas que se ponían, refregando las manos y alegre decía: ah pícaros, pensaban salirse con la suya, ahora sí que dimos golpe en bola, y luego don Juan Salinas dió las disposiciones para que fuesen a apresar a los Magistrados y al Confesante le mandó que fuese donde el señor Regente en junta de don Joaquín Barrera y don Vicente Paredes y otros, que viéndose el Confesante sin armas y creyendo cierto cuanto le habían dicho, habló con don Francisco Romero para retirarse a su casa a volver armado, tomando este pretexto para no volver, y consultando con algún sujeto lo que le pasaba y habiéndoselo referido dicho Romero al Doctor Morales, le impidió éste saliese y le dió una bayoneta y le expresó que no tuviese cuidado, que bastaba iban a defender los dichos puntos para que nada les sucediese y le confirmó el que el mismo Romero llamándole aparte le dijo se había hecho denuncia por un sujeto de representación, que el señor Presidente y señores Regente y Merchante decían no había remedio, sino entregarnos a Bonaparte, y responde.

4a.—Preguntado si los sujetos que constan de la lista que se le leyó asistieron en aquella noche a la expresada casa de la Cañizares, debiendo puntualizar si se acuerda de algunos otros, y si todos fueron con armas al Cuartel y el modo con que se apoderaron de él, si para ello se leyeron papeles en el mismo o se usó de alguna seducción o engaño, expresará quiénes fueron los principales cabezas.

Dixo: Que de la lista no asistieron o no hace memoria, porque habían tantas gentes que no era fácil conocer por sus nombres, pero no puede asegurar hubiesen estado ni el Marqués de Selva Alegre ni el Teniente Aguilera ni los Sargentos Zambrano y Cevallos, ni el doctor Corral, ni el Pacho Organista, ni don Juan Pablo Berrazueta, ni el doctor Espejo, sabe asistió un tío político del doctor Quiroga, no conoce a Veintimilla, no asistió

el Regidor Zambrano, no conoce a José Rivadeneira, ni a don Ramón Puente, que no conoce a Diego Miderós ni a don Vicente Melo; no sabe de José Ponce Rivadeneira, ni de Juan Unigarro, ni a don Francisco Villalobos, ni a don Juan Barreto; sabe asistieron don Feliciano Checa, don José Cañizares, don Carlos Larrea y todos los que no deja exceptuados de la lista asistieron; y hallándose como ha expuesto en casa de dicha Cañizares, como a las once de la noche con poca diferencia, fue cuando dicho Salinas se encaminó al Cuartel y a algunos oyó decir, de quienes no se acuerda, que qué iba a hacer solo, que se exponía, que lo acompañarían, a que les replicó que no tuviesen cuidado que ya estaba todo seguro, que la tropa le tenía por suya, a excepción de una Compañía o de unos pocos soldados; y en efecto, se fue solo y tardando en volver, se discurría si le habría sucedido algo, y se dijo que no, que en ese caso ya se habría avisado: Que el doctor Quiroga, luego que llegó el aviso, de que no tuviesen cuidado, de que el Cuartel estaba ya seguro y se presume que la ganancia sería hablando de los soldados que le faltaban, con cuyo objeto se dirigiría Salinas al Cuartel para que no hubiese ninguna oposición; y habiendo desde luego hecho retirar al Cuartel las patrullas y el piquete, con la noticia dicha, les mandó el doctor Quiroga rezar una salve a la Virgen, que rezaron y luego se les alentó otra vez a que habían de triunfar o morir en obsequio de los tres puntos dichos, y que pena de la vida al que faltare y se fueron capitaneados por dicho Morales al Cuartel de dos en dos, entre todos como cuarenta y tantos, y llegados a la primera centinela a la bocacalle, les preguntó ésta quién vive, y el referido Morales respondió El Rey, y en la puerta del Cuartel les dijo el Sargento don Javier Zambrano que entrasen, que estaba todo seguro; y habiendo entrado reparó que estaba todo el Cuartel iluminado y la tropa sobre las armas, mandando dicho Salinas y detrás de los soldados don Nicolás Aguilera, y los recibieron todos con viva El Rey, la Religión y la Patria, y en seguida el ya citado Morales,

barrios, firmando el Confesante por el barrio de San Sebastián y faltando por el de San Marcos, le hizo firmar también dicho Morales, y en cada seis firmas que se ponían, refregando las manos y alegre decía: ah pícaros, pensaban salirse con la suya, ahora sí que dimos golpe en bola, y luego don Juan Salinas dió las disposiciones para que fuesen a apresar a los Magistrados y al Confesante le mandó que fuese donde el señor Regente en junta de don Joaquín Barrera y don Vicente Paredes y otros, que viéndose el Confesante sin armas y creyendo cierto cuanto le habían dicho, habló con don Francisco Romero para retirarse a su casa a volver armado, tomando este pretexto para no volver, y consultando con algún sujeto lo que le pasaba y habiéndoselo referido dicho Romero al Doctor Morales, le impidió éste saliese y le dió una bayoneta y le expresó que no tuviese cuidado, que bastaba iban a defender los dichos puntos para que nada les sucediese y le confirmó el que el mismo Romero llamándole aparte le dijo se había hecho denuncia por un sujeto de representación, que el señor Presidente y señores Regente y Merchante decían no había remedio, sino entregarnos a Bonaparte, y responde.

4a. — Preguntado si los sujetos que constan de la lista que se le leyó asistieron en aquella noche a la expresada casa de la Cañizares, debiendo puntualizar si se acuerda de algunos otros, y si todos fueron con armas al Cuartel y el modo con que se apoderaron de él, si para ello se leyeron papeles en el mismo o se usó de alguna seducción o engaño, expresará quiénes fueron los principales cabezas.

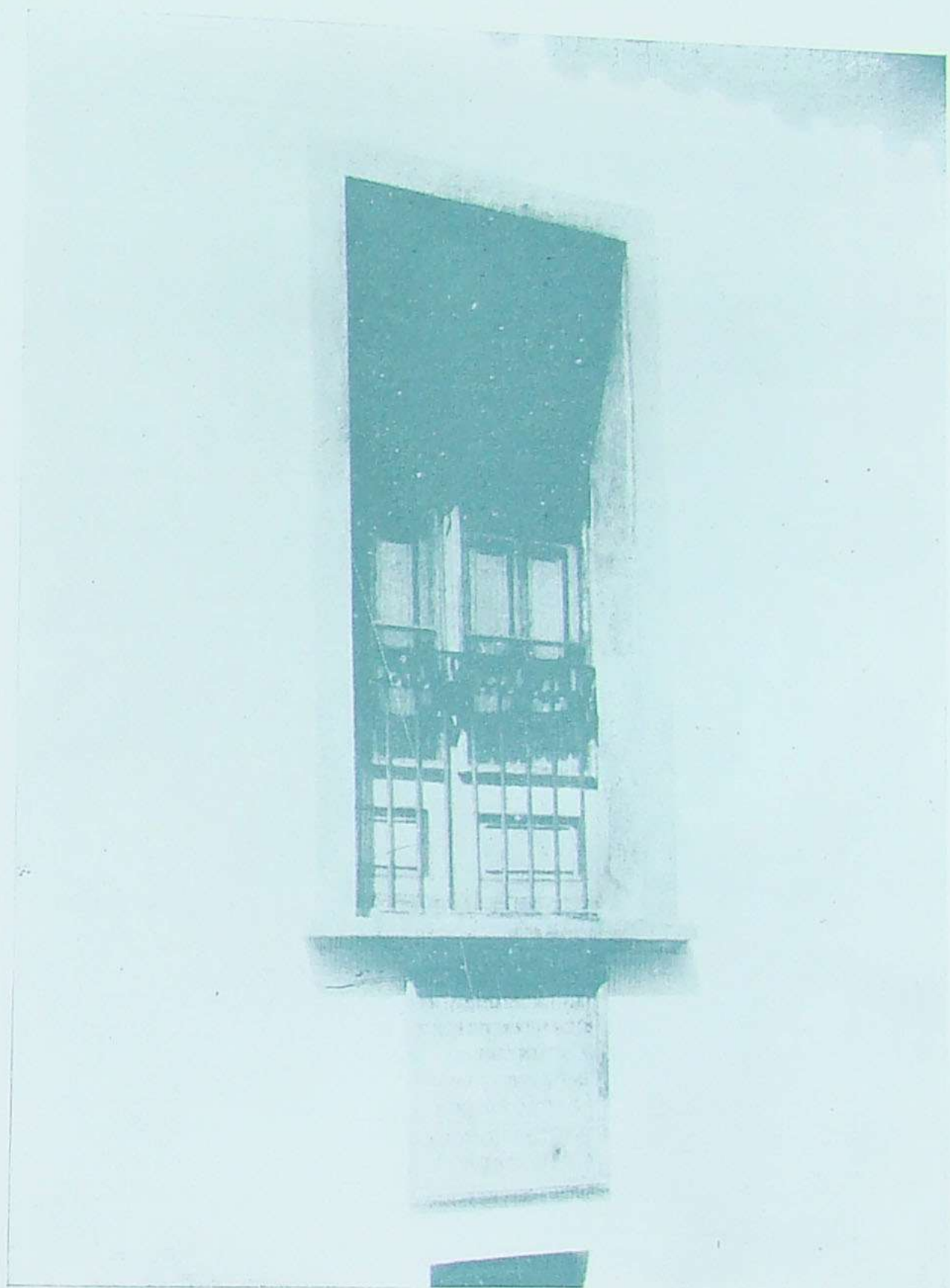
Dixo: Que de la lista no asistieron o no hace memoria, porque habían tantas gentes que no era fácil conocer por sus nombres, pero no puede asegurar hubiesen estado ni el Marqués de Selva Alegre ni el Teniente Aguilera ni los Sargentos Zambrano y Cevallos, ni el doctor Corral, ni el Pacho Organista, ni don Juan Pablo Berrazueta, ni el doctor Espejo, sabe asistió un tío político del doctor Quiroga, no conoce a Veintimilla, no asistió

el Regidor Zambrano, no conoce a José Rivadeneira, ni a don Ramón Puente, que no conoce a Diego Mideros ni a don Vicente Melo; no sabe de José Ponce Rivadeneira, ni de Juan Unigarro, ni a don Francisco Villalobos, ni a don Juan Barreto; sabe asistieron don Feliciano Checa, don José Cañizares, don Carlos Larrea y todos los que no deja exceptuados de la lista asistieron; y hallándose como ha expuesto en casa de dicha Cañizares, como a las once de la noche con poca diferencia, fue cuando dicho Salinas se encaminó al Cuartel y a algunos oyó decir, de quienes no se acuerda, que qué iba a hacer solo, que se exponía, que lo acompañarían, a que les replicó que no tuviesen cuidado que ya estaba todo seguro, que la tropa le tenía por suya, a excepción de una Compañía o de unos pocos soldados; y en efecto, se fue solo y tardando en volver, se discurría si le habría sucedido algo, y se dijo que no, que en ese caso ya se habría avisado: Que el doctor Quiroga, luego que llegó el aviso, de que no tuviesen cuidado, de que el Cuartel estaba ya seguro y se presume que la ganancia sería hablando de los soldados que le faltaban, con cuyo objeto se dirigiría Salinas al Cuartel para que no hubiese ninguna oposición; y habiendo desde luego hecho retirar al Cuartel las patrullas y el piquete, con la noticia dicha, les mandó el doctor Quiroga rezar una salve a la Virgen, que rezaron y luego se les alentó otra vez a que habían de triunfar o morir en obsequio de los tres puntos dichos, y que pena de la vida al que faltare y se fueron capitaneados por dicho Morales al Cuartel de dos en dos, entre todos como cuarenta y tantos, y llegados a la primera centinela a la bocacalle, les preguntó ésta quién vive, y el referido Morales respondió El Rey, y en la puerta del Cuartel les dijo el Sargento don Javier Zambrano que entrasen, que estaba todo seguro; y habiendo entrado reparó que estaba todo el Cuartel iluminado y la tropa sobre las armas, mandando dicho Salinas y detrás de los soldados don Nicolás Aguilera, y los recibieron todos con viva El Rey, la Religión y la Patria, y en seguida el ya citado Morales,

a quien entregó unos papeles don Antonio Bustamante, diciéndole Excelentísimo Señor, los leyó y son los mismos que deja referidos en la pregunta anterior en casa de la Cañizares, sin otra diferencia que allí estaban ya firmados; y salieron los soldados con sus comisionados a las prisiones de los Magistrados decretadas por don Juan Salinas, y el Confesante con otros como veinte paisanos y soldados por detrás capitaneados por dicho Morales fueron a casa del Marqués de Selva Alegre, como Presidente de la Junta, a ponerlo en su noticia y sacarlo, y no hallándolo fueron en casa de los representantes, a quienes les notó el Confesante, les cogió de sorpresa y por más que dicho doctor Morales les insinuaba lo cierto, dándoles el tratamiento de Excelencia y preguntaban los motivos como que no lo querían creer e insistía en que se levantasen y fuesen al Cuartel por los dichos objetos y se levantaron bajo ese concepto de ser así, y algunos no estuvieron aquí como don Manuel Zambrano, y dicho Marqués de Selva Alegre, y responde.

5a.—Se le hace cargo del delito que ha cometido en el haber firmado dicha Acta por dos barrios, sin poderes ni representación a nombre del pueblo, cuando ni éste legítimamente citado y congregado tenía facultades para la deposición de las autoridades nombradas por el Rey, creando una Suprema Junta, causando por su parte la Revolución.

Dixo: Que firmó de buena fe en defensa de los tres puntos, como deja referido a insinuación que se le hizo de los motivos principales que había para ello y habérselle dicho que todo el pueblo estaba conforme, y que tenía facultades para ello mediante los oficios que se habían puesto para los Excmos. señores Virreyes y que había de suceder lo mismo en todas partes; que el Confesante ha procedido tan de buena fe que aunque le han dicho negase su firma, no ha querido hacerlo, sino hablar la verdad, a pesar de que se le asegura de que los originales no habían de parecer y que el doctor Morales estaba pronto a dar una carta de la inocencia del Confesante y otros



Ventana del Palacio de San Carlos en Bogotá, desde la cual se arrojó Simón Bolívar en la noche del 25 de Setiembre de 1828.

que habían sido llamados por él; y aunque le han querido dar empleos en lo militar instándole, se excusó con el trabajo de sus haciendas y no ha obtenido ninguno; y aunque le llamaron a Juntas por recado del doctor Morales por dos o tres ocasiones, aunque decía que asistiría, no lo hizo ni a la Junta de San Agustín aunque fue citado por el Marqués de Selva Alegre como Presidente y sólo estuvo de mirón, y responde.

6a.—Reconvenido que siempre cometió crimen, pues habiendo asegurado y reconocídose en esta ciudad a la Suprema Junta Central de España, no pudo crearse otra igual en soberanía y el Confesante se ha hecho responsable, lo que le constituye reo de Estado, pues debió haber advertido tanto la sugestión que le hizo don Mariano Romero, como todo lo que concurrió en aquella noche en casa de la dicha Cañizares, que se practicó tumultuariamente y con las armas en la mano.

Dixo: que no pudo prevenir lo que iba a ocurrir, ni por sueño se lo podía pasar por la imaginación, después que lo ha reflexionado todo porque entonces con lo que le dijeron de Religión, Rey y Patria, le engañaron y en unos términos muy persuasivos, añadiendo en prueba de su dicha conducta, que aun cuando se le instó en casa de dicha Cañizares a presencia del doctor Quiroga, el doctor don Nicolás Ximenes y el Ordenanza de dicho Quiroga, que como el suplicante era sujeto más visible del Barrio de San Sebastián, convocase a las gentes de dicho barrio a que aclamasen por Presidente de la Junta al Marqués de Villaorellana o a don José Ascáubi; a lo que se resistió el Confesante redondamente a presencia de ellos, diciendo que no se metía en ello, y responde:

7a.—Preguntado si se le fue entregado algún pliego para que recogiese firmas del barrio de San Sebastián, que eligieron y nombraron por Representante a don Manuel Zambrano y en qué día?

Dixo: que dicho Romero el mismo día 10 le entregó un pliego para que como Apoderado del barrio de San Sebastián, recogiese el Confesante las firmas de los veci-

nos de dicho barrio y lo executó con consulta del doctor Morales, habiendo recogido dichas firmas el día 12, de los que voluntariamente lo quisieron hacer, impuestos de su contenido y otros vinieron a su casa a firmar; y habiéndole dicho dos señoras que firmase la una por su parte y ótra por ella, lo executó: entre todas serian como 70 firmas y el papel que se le dió estaba con fecha del 8 del mismo mes de Agosto, y responde:

8a.—Preguntado cuántas veces ha sido preso y por qué causas.

Dixo: Que es la primera por esta causa, y responde: En este estado, mandó el señor Oydor Juez Comisionado concluir esta Confesión dexándola abierta para continuarla siempre que se estime necesario; y habiéndole leído se afirmó y ratificó en ella, dixo ser la verdad cuanto deja confesado por el juramento prestado y la firmó con su Señoría, de que doy fe.

Fuertes.

Nicolás Vélez.

Bernardo Estrella,

Secretario nombrado.

Sublevación de Quito en Protesta por la Aduana y los Estancos - 1765

Versión de Carlota Bustos Losada
Del Archivo Nacional de Bogotá.



Licenciado don Mariano Alvarez Monteserín, familiar, alguacil mayor del Santo Oficio y de Corte en esta Real Audiencia y abogado recibido en ella, parezco ante vuesa merced como más haya lugar en derecho y digo: que conviene a mi derecho sacar testimonio de los documentos que en debida forma manifiesto solemnemente y juro, y en su virtud suplico a vuesa merced se sirva de mandar que el presente escribano me dé el tanto o tantos que yo pidiere y testimoniados en pública forma y manera que hagan fe y para ello, a vuesa merced pido y suplico que habiendo por presentados dichos documentos se sirva de mandar se me dé el testimonio o testimonios en la forma que llevo pedido que es justicia y juro lo necesario de mi derecho y no proceder de malicia, &c. Licenciado don Mariano Alvarez Monteserín.

Decreto.—Por manifestados los documentos que se enuncian y de ellos el presente escribano le dé a esta parte el testimonio o testimonios que pidiere a continuación. Sánchez.

Proveimiento.—Proveyó y firmó el decreto de suso como en él se contiene el señor capitán de granaderos don Manuel Sánchez Osorio, corregidor y justicia mayor de esta ciudad, sus términos y jurisdicción por su majestad, en Quito en veintinueve de marzo de setecientos sesenta y seis años.—Ante mí, Felipe Baquero, escribano público.

Petición.—El Licenciado don Mariano Monteserín, familiar, alguacil mayor del Santo Oficio de Inquisición, abogado de esta Real Audiencia y alcalde ordinario de esta ciudad, parezco ante vuesa merced como más haya lugar de derecho y digo: que conviene a mi derecho se sirva vuesa merced mandar se me reciba información con los soldados Gregorio Cuellar y Joseph Cheverría, Antonio Jurado, Agustín Cruz y otros, sobre el combate y opugación que hice con ellos la noche del veinte y cuatro de junio a los que se introdujeron al pretil del palacio y Audiencia pretendiendo dar muerte a los que ahí estábamos en consiguiente de la sublevación universal que efectuó la plebe de esta ciudad y sus barrios; y que fechas y tomadas las declaraciones se me entreguen originales puntualizando en ellas todo lo que sobre el particular expusiesen los testigos, concerniente a lo obrado en dicho pretil en toda aquella noche y en el día siguiente; en esta atención, a vuesa merced pido y suplico se sirva de mandar, como llevo pedido por ser conforme á justicia y en lo necesario juro no proceder de malicia, etc.—Licenciado Mariano Alvarez Monteserín.

Decreto.—Recíbasele al suplicante la información que ofrece al tenor de este escrito según y como se pide, cométese, y fecha se le entregue original para los efectos que le convengan.—Sánchez.

Proveimiento.—Proveyó y firmó el decreto de suso el señor general don Manuel Sánchez Osorio, corregidor y justicia mayor de esta ciudad, sus términos y jurisdicción

por Su Majestad, en Quito en veinte y tres de diciembre de setecientos sesenta y cinco años.—Ante mí, Felipe Baquero, escribano público.

Testigo, Gregorio Cuellar, soldado. En la ciudad de San Francisco del Quito, en veinte y tres de diciembre de setecientos sesenta y cinco años, el señor licenciado don Mariano Monteserín, abogado de esta Real Audiencia, alguacil mayor del Santo Oficio y alcalde ordinario de esta ciudad, para la información que tiene ofrecida y se le está mandada dar, presentó por testigo a Gregorio Cuellar, soldado de la guardia, de quien yo el escribano le recibí juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz que hizo en toda forma de derecho, y fecho prometió decir verdad, y siéndole leído el escrito de la vuelta, con su inteligencia, dijo: que la noche del veinte y cuatro se le dió orden por el cabo Juan de Dios para que se mantuviese destacada en compañía de Antonio Jurado, también soldado arreglado, desde las seis de la noche hasta que se nos diese nueva orden, entre las dos gradas que hacen la una en la puerta de Audiencia y la otra hacia el monasterio de la Concepción, en el repartimiento que nos cupo de los cuarteles señalados, donde nos mantuvimos firmes hasta las once de la noche que se introdujeron todos los sublevados rechazando la patrulla que había ido a socorrer el destrozo que hacían en la casa de don Angel Izquierdo, y habiendo en seguimiento de su audacia internándose al pretil de la catedral la gente tumultuada y empezado a combatir con pedradas a los que estaban en la esquina de la Compañía y a los que ocupaban las dos gradas que fueron descaeciendo de estos sitios, como incapaces de sobrellevar la multitud de piedras con que eran combatidos, de que nació se fuesen retirando y desamparando los dos cuarteles de la puerta de palacio y de la grada que cae a la calle de la Compañía y así se vinieron introduciendo los alzados al pretil de palacio, y los nuestros que ya habían quedado pocos, retirándose de forma que llegaron a ponerse en la puerta de Audiencia y los contrarios sobre el pretil. En este estado, hallándose el declarante

ya unido con José Cheverría y Nicolás Astudillo, soldados arreglados, y que por no serles posible el rechazo y defensa de la calle de la Compañía, también se habían retirado a buscar más fuerza, concurrió el señor licenciado don Mariano Monteserín, que diligentísimo se hallaba a toda defensa; y habiéndolos encontrado les dijo con valerosas voces, qué es esto, así no más se retiran y dejan el campo al contrario? Pues aquí se ha de dar el ataque y de este sitio sólo muertos o vencedores descaeceremos de la defensa que debemos hacer en servicio de nuestro rey, sacrificándole gustosos las vidas; y como se nos hubiesen interpuesto los que venían de retirada con las lanzas abriendo brecha y con el valor con que nos animaba el citado don Mariano, nos pusimos por delante y se fue dando el combate hasta que por último rechazamos la gente del pretil, matando dos, el uno que había volteado la pieza que se hallaba sobre la grada que cae a la puerta de palacio y el otro que venía apagando las velas y en seguimiento de los contrarios hasta la calle de la Compañía, se cogieron tres, a los cuales hizo poner el señor alcalde en el cepo del cuartel, y habiendo pasado a tomarle sus declaraciones concurrió también el declarante, y que sin concluir volvieron a salir porque se dijo volvían a acometer los contrarios, y que lo que puede decir es que el vencimiento del pretil y la guerra que en él se operó hasta las dos de la mañana fue por el eficaz valor y asistencia del citado señor alcalde don Mariano; de suerte que al ver que todos se habían retirado hubiera executado lo mismo con sus compañeros considerando no poder hacer defensa con tan pocos a tanta multitud de piedras con que lo inundaron dicho pretil, si el fomento y las expresiones de dicho don Mariano no los hubiera contenido dándoles el exemplo de meterse primero con la eficaz exhortación de un continuado viva el rey, maten a estos pícaros y si nos matasen muramos con honra y reparen que si nos vencen nos han de dar muerte con ignominia; y que así colmado de valor fueron dando con alternativas las descargas hasta que a tiempo mandó que el José Suas-

ti, soldado arreglado, disparase la pieza que teníamos al lado, y con su descarga y los continuados viva el rey dimos el avance siguiéndolos hasta la calle de la Compañía por donde no volvieron a acometer hasta el día, sin que desamparase ni haber otro en el pretil que pelease con nosotros ni nos comandase; por lo que siendo cierta la declaración de lo que lleva expuesto, por lo respectivo a la defensa del pretil, le consta también que el trabajo de aquella noche y día siguiente del citado señor Alcalde, fue continuo sin desamparar un punto el expresado pretil, dando reglas y mandando lo preciso sin que por esto omitiese combatir por las partes en que se hallase con frontera de contrarios, hasta que cesó la guerra y hasta por la noche en que se retiró, siendo el último, a la iglesia de la Concepción. Y esto dijo ser lo que pasó y la verdad de lo que lleva dicho, en que habiéndosele leído de principio a fin esta su declaración se afirmó y ratificó en ella, que es de edad de treinta y nueve años, poco más o menos, que no le tocan las generales de la ley y la firmó, de que doy fe.—Gregorio Cuellar.—Ante mí Felipe Baquero, escribano público.

Otro.—Incontinenti yo el dicho escribano en virtud de lo a mí cometido habiendo presentado por testigo a Antonio Jurado, soldado de la guardia de esta ciudad, el señor licenciado don Mariano Monteserín, para continuar con la información que tiene ofrecida y se le está mandada dar, le recibí juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz que hizo en forma de derecho; y fecho, prometió decir verdad, y siéndole leída la petición que antecede, con su inteligencia dijo: que con ocasión de la sublevación acaecida el día 22 de mayo contra la caja real de estanco y aduana, se formaron varios cuarteles, y en uno de ellos que fue el que se hallaba en el pretil del palacio real, entre las dos gradas, la una junto a la puerta por donde se comunican a la Audiencia y la otra hacia la esquina del monasterio de la Concepción, le cupo al declarante en la noche del 24 de junio estar destacado en junta de Gregorio Cuellar, también soldado de la

guardia, por disposición y orden del cabo Juan de Dios, donde se mantuvo esperando nueva orden hasta las 11 de la noche, en cuyo tiempo, habiéndose internado los alzados a la plaza y acometido uno por el portal del señor obispo a la esquina de la Concepción, en donde les hizo la resistencia el señor don Juan Rumualdo Navarro, oidor de esta Real Audiencia, otros por el centro de la plaza y otros por el pretil de la Catedral, llegaron a rechazar los cuarteles de las dos gradas del pretil que caen la una a la puerta del palacio y la otra a la calle de la Compañía, y habiendo internándose a dicho pretil la gente alzada y retirado con pedradas hasta la puerta de la Audiencia, vino a donde estaba el declarante en compañía de dicho Cuelar y de José Cheverría y Nicolás Astudillo, que también habían sido retirados del cuartel que fue formado para la defensa del pretil de la Catedral, el señor licenciado don Mariano Monteserín, alcalde ordinario de esta ciudad, e incorporándose con el declarante y los compañeros dichos, les exhortó que no se le apartasen y que así habían de morir o vencer, y abriendo camino por los que venían de retirada hasta la puerta de Audiencia se metió con ellos y a estímulos de su valor y esforzados convencimientos, dieron el combate y se vencieron a los contrarios retirándoles hasta la calle de la Compañía, habiendo sido el único que peleó con ellos y que los esforzó para no haber hecho retiro con el ejemplo de haber visto que los demás cuarteles se habían desamparado y que los contrarios se habían ganado el pretil; y que desde corta distancia le hacían el tiro con la multitud de piedras que les arrojaban, reiterando haber sido el citado señor alcalde de quien con industria y valor actuó la defensa, siguiéndose por ella no se lograsen los traidores el vencimiento de todo el dicho pretil; y así como habían conseguido entrarse a cuasi la mitad de él, y que a otro ninguno vió en esta defensa, y que con dicho señor siguió hasta la calle de la Compañía dando avance a los contrarios; que en el seguimiento cogió tres prisioneros a quienes mandó poner presos, que quedaron

dos muertos y que hasta la noche del día siguiente estuvo constantísimo dicho señor licenciado con todo lo que fue trabajo, servicio del rey y persecución de los contrarios. Y esto dijo ser verdad para el juramento que tiene fecho en que habiéndosele leído esta su declaración de principio a fin se afirmó y ratificó en ella, que es de edad de treinta y cuatro años, que no le tocan las generales de la ley y la firmó, de que doy fe. Antonio Jurado. Ante mí, Felipe Baquero, escribano público.

Otro.—Incontinenti en dicho día, mes y año, yo el dicho escribano habiéndose presentado por testigo José Chevarría, soldado que se cita en la petición, le recibí juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz, la cual hizo en forma de derecho y fecho prometió decir verdad y siéndole leída la petición que por su contexto se ha mandado recibir la información, dijo: que por lo tocante a los servicios del señor licenciado don Mariano Montese-rín, alcalde ordinario de esta ciudad en la noche del 24 de junio y día siguiente, habiendo sido quien más se distinguió hallaba haber trabajado cual ninguno, y que en el combate que se dió en el pretil fue el jefe que peleó comandando al declarante y a los 3 soldados, Gregorio Cuellar, Nicolás Astudillo y Antonio Jurado, en circunstancias de hallarse vencido cuasi todo el pretil, con lo que yendo de retirada con Nicolás Astudillo desde la esquina del pretil de la Catedral pudo con el fomento, exhortaciones y valor del señor licenciado don Mariano Montese-rín volverse a incorporar para dar el combate en la puerta de Audiencia, en donde se dió hasta vencer a los contrarios, con notable constancia y vencimiento por lo innumerable que fueron las piedras de los contrarios tiradas así de dentro del pretil como de la plaza y que en consecuencia de rechazallos los persiguieron hasta la calle de la Compañía, habiendo cogido tres prisioneros y dejado dos muertos dentro del pretil fuera de los que ocultaron los contrarios, arrastrándolos como se supo después para que no les entrase el temor de verse menoscabados y que hasta la noche del día siguiente fue el más constante, pelean-

do y mandando con duelo y activo servicio al soberano con la circunstancia de que para introducirlos al combate del pretil (en que no hubieran entrado si falta su persona) se valió de las expresiones más convincentes y en tanta manera persuasivas que en su valor tenía asegurada la victoria o por gloriosa la muerte, viendo hacer de la suya porfiado menosprecio; y que siendo cierto lo que lleva dicho se afirmó y ratificó en ella, que es de edad de 25 años, que no le tocan las generales de la ley y leyéndola de principio a fin la firmó, de que doy fe. José de Echeverría. Ante mí, Felipe Baquero, escribano público.

Otro. Incontinenti yo el dicho escribano en dicho día, mes y año, recibí juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz que hizo en toda forma, de derecho Agustín Cruz, soldado que se cita en la petición y puesto por testigo; y siéndole leído su contexto, prometió decir verdad bajo del juramento fecho. Dijo que la noche del 24 de junio con el cañón de aviso que se disparó a que la gente se congregase, se le destinó al declarante a que estuviese con el cuidado de la pieza de artillería que estaba sobre la grada de la puerta del cuartel, incontinenti, asomó el señor licenciado don Mariano Monteserín y que puesto en dicha puerta del cuartel, pidió las lanzas y personalmente las fue repartiendo a todos aquellos que concurrían para el servicio del rey y que habiendo pasado después que salió la ronda a la esquina del comercio a que hiciese centinela en compañía de Joaquín Garrido y Salvador de la Vega, después de haberse oído el combate en la plazuela de santo Domingo, la gritería de la gente y el alboroto de toda la ciudad, conoció que venía de hacia Santo Domingo el citado don Mariano acompañado de otro y habiéndole presentado la arma y preguntado quien vivía, le respondió que nuestro rey don Carlos III, y que le dijo venía escapando dentro del tumulto por milagro, y que en aquella noche o se había de ganar honra castigando el desenfreno o la muerte, pues ya las circunstancias y la influencia de la plebe había llegado al último

extremo; que le preguntaron que qué habían de hacer solos en aquel sitio cuando ya estrechaban los contrarios, que le respondió el citado don Mariano mantenerse hasta nueva orden y que siguió para el pretil y que luego inmediatamente le mandaron retirar y se le destinó a que estuviese en cuartel sobre la grada que cae a la calle de la Compañía, con los que habían sido puestos para la defensa de esta esquina; y que habiendo salido para defender la casa de don Angel Izquierdo los de esta dicha esquina y los que hacían cuartel en la grada de puerta de palacio, llevándose la pieza de artillería que estaba para defender el pretil de la Catedral, a poco tiempo volviendo algunos pocos de los que habían ido a defender la citada casa de don Angel Izquierdo, en su seguimiento se introdujeron los alzados a la plaza, unos por su centro, otros por el portal del señor obispo y otros por el pretil de la catedral, y cuando comenzaron a llover piedras para onde estaba el declarante atacó con quienes estaba, halló que se habían retirado y en dicha esquina sólo se hallaron Manuel Suasti, Lucas Vergara, José Cheverría y Nicolás Astudillo, todos soldados, y que haciendo defensa luego los vencieron y los estrecharon los contrarios con no haber dado fuego la pieza de la artillería que encendió Manuel Suasti, de que se retiraron los 3 por ser cernidas las piedras que les caían, habiéndole al declarante partido la cara con una de ellas, y volteando la espalda halló al capitán de la guardia don Andrés Fortum, en la puerta de palacio, que éste encendió la pieza que seguía en el plan de dicha grada y que se metió dentro de palacio, dándole el ejemplo de hacer lo mismo, como que lo ejecutó en medio de estar inhábil por tal de cerrar y atrancar la puerta a que no entrasen los contrarios, y que así lo efectuó no habiendo tenido más tiempo porque luego se apoderaron los contrarios de aquel trozo de pretil, y habiendo manteniéndose el declarante con la puerta atrancada sin saber más que el bullicio de las piedras y el combate que se daba en dicho pretil, atacó el disparo de la pieza de artillería que estaba en la puerta de la Audiencia, y como serenase algo pare-

ciéndole que con aquel tiro había muerto mucha gente, percibió que hacían retiro y oyó al mismo tiempo la voz del citado señor licenciado don Mariano Monteserín que venía diciendo: Viva el rey, pícaros, mata a estos traidores y que animaba a que le siguiesen diciendo: avanza, mata. Dice el declarante, que vuelto en sí y satisfaciéndose de Eugenio Guevara que le acompañó, que era la voz del citado don Mariano, abrió la puerta y que reconoció habían sido vencidos los contrarios y rechazados hasta la calle de la Compañía, y que estando en dicha puerta reconoció que volvía de dicha calle con todos los que le habían seguido trayendo tres prisioneros; que a éstos los hizo poner en el cepo del cuartel y que después les fue a tomar su confesión a cosa de las 4 de la mañana, y que los soldados que pelearon en dicho pretil, a más de lo que el declarante percibió, le dijeron: si no ha sido por el valor, animaduras y arresto de don Mariano Monteserín, se ganan los contrarios todo el pretil, como que ya nosotros también nos retirábamos al ver que todos habían hecho lo mismo, y si no estamos nosotros fomentados del modo con que el se metió, todo se ha perdido y hubieran vencido al señor Navarro, y por misericordia de Dios hubiéramos sido ánimas del Purgatorio; y que asimismo viniendo a condolerse de su herida, poco antes de que fuese muerto por los contrarios, el dicho soldado Nicolás Astudillo, al cuartel donde estaba postrado el declarante en la conversación sobre la milagrosa safada de la noche con los millares de alzados que se introdujeron a la plaza, despidiendo piedras como granizo, sin haber quien les contrarrestase porque todos se fueron y se procuraron guardar, le dijo estas expresiones: Vaya vuesa merced, que si no está con nosotros el señor Monteserín para defender el pretil ya no lo contamos, ya todos estuvieran muertos y todo se hubiera perdido. Y esto dijo ser la verdad de lo que pasó, vió y oyó hasta por la mañana que lo llevaron a curar; en que habiéndosele leído esta su declaración, de principio a fin, se afirmó y ratificó en ella, que es de edad de 38 años, que no le tocan las generales de la ley y la

firmó, de que doy fé. Agustín de la Cruz. Ante mí,
Felipe Baquero, escribano público.

Otro. En la ciudad de San Francisco del Quito, en 24 de diciembre de setecientos sesenta y cinco, yo el dicho Escribano, en continuación de la información que está mandada dar, el señor licenciado don Mariano Montesión, presentó por testigo a Manuel Suasti, soldado de esta guardia, a quien le recibí juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz, que hizo en toda forma de derecho; y habiéndolo fecho prometió decir verdad, y siéndole leído el escrito que está por principio, inteligenciado de su contexto, dijo: que lo que puede decir en orden al asunto es que con ocasión de la sublevación acaecida en esta ciudad el día 22 de mayo, habiendo estado constantísimo el licenciado don Mariano Montesión, asistiendo todas las noches a los cuarteles que se formaron para sujetar a la plebe, de cualesquiera insultos que deba a temer su desenfreno en la noche del 24 de junio en que se sublevaron los barrios de esta ciudad y acometieron a la plaza, habiendo llegado a invadir el pretil del palacio, acaeció que habiendo desamparado los dos cuarteles de las dos gradas de la calle de la Compañía y de la puerta de dicho palacio los que se habían nombrado, no pudiendo por su parte hacer defensa en la primera grada dicha, con solos 4 soldados, hubo de retirarse a buscar más fuerza, habiendo primero tenido el fatal acaecimiento de que no diese fuego la pieza de artillería que encendió el declarante en dicha esquina, siguiendo a los que se retiraban de la lluvia de piedras con que por esta esquina se desataban, teniendo presente ir a pegar fuego a las siguientes piezas que se hallaron en las restantes gradas del pretil, y como en la 2^a la disparase el capitán de la guardia don Andrés Fortum, pasó a la tercera sita en la puerta de la Audiencia, y que llegando a este sitio por donde iban de retiro algunos que estaban con lanzas, encontró que incorporándose 4 soldados nombrados Nicolás Astudillo, Gregorio Cuellar, Joseph Cherverría, Antonio Jurado, con el señor licenciado don Ma-

riano Monteserín, se aparejaron a combatir y hacer resistencia, y que incorporándose con los dichos se ganó la pieza, y que habiendo esforzadísimo peleado y durado el combate más de 2 horas, cargando unos fusiles y disparando otros, con alternativa entre los nombrados, llegó a duplicarse la defensa con algunos que dispararon y apedrearon desde la galería de palacio a los contrarios que se habían hundido en el pretil, y que en este tiempo y cuando pareció haría más destrozo la pieza, le hizo que disparase la dicha pieza, y que con su disparo, sin detención de tiempo, se metieron con el declarante a la persecución de los contrarios y los rechazaron hasta la calle de la Compañía, experimentando no poco riesgo de perecer por el tiro de los que se hallaban en la gradería, quienes disparaban conceptuando aún después de rechazados los contrarios, el que estos persistían cuando los leales ocupaban el pretil, y que esto fue lo que experimentó por lo respectivo al servicio del citado don Mariano Monteserín, satisfaciendo se hizo este combate y defensa del pretil por su valor, y que si no ha concurrido se deja ganar todo él por ser poquisimos los que habían quedado y que aún iban de retirada los que a su ejemplo persistieron, detenidos y esforzados por sólo el gran valor del citado don Mariano Monteserín, y esto dijo ser la verdad so cargo del juramento que lleva fecho en que habiéndosele leído esta su declaración, de principio a fin, se afirmó y ratificó en ella, que es de edad de 30 años, que no le tocan las generales de la ley y la firmó, de que doy fe, Manuel Suasti. Ante mí, Felipe Baquero, escribano público.

Otro.—Incontinenti en dicho día, mes y año, yo el dicho escribano recibí juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz que hizo en toda forma de derecho, que hizo Julián Borja, soldado que se presentó para la información mandada dar; y habiéndole leído la petición, inteligenciado de su contexto, prometiendo decir verdad, dijo: que habiéndose internado a la plaza los alzados y combatido por el portal del señor Obispo, a la esquina de

la Concepción y por el pretil de la Catedral al de la Audiencia, se halló el declarante con el cuidado de la pieza de artillería que estaba al pie de la grada de dicha esquina de la Concepción, donde hizo resistencia el señor don Juan Romualdo Navarro, oidor de esta Real Audiencia y que acató que ya se daba fuego en la puerta de Audiencia con poca gente de parte de los leales y que la mayor parte del pretil se hallaba ganada de los contrarios; y después del vencimiento supo y advirtió que esta batalla la había dado el señor licenciado don Mariano Monteserín y que a su valor y sacrificio se había debido el vencimiento y reparo del destrozo que se hubiera seguido a no haber hecho esta resistencia, que asimismo en el citado don Mariano reconoció un diligente trabajo y servicio a todo lo que fue concerniente, hasta que se desamparó el pretil a la noche del segundo día, y que aquella tarde vino a esforzarle la brevedad en la factura de los cortados que se le habían cometido al declarante y estaba haciendo dentro de palacio. Y esto dijo ser la verdad para el juramento que tiene fecho, en que habiéndosele leído esta su declaración, de principio a fin, se afirmó y ratificó en ella, que es de edad de más de 30 años, que no le tocan las generales de la ley y la firmó, de todo lo cual doy fe. Julian Borja.— Ante mí, Felipe Baquero, escribano público.

(Continuará)

Holicarpa Salabarieta

Su prisión y su muerte



EN Septiembre del año de 1809, me casé en Bogotá con Judas Tadeo Lozano; tenía padres y hermanos, sus parientes y los míos eran numerosos y todos patriotas. En esa época la idea de emancipación germinaba en muchos de los habitantes de esta Ciudad.

Apareció el sol radiante y vivificador del glorioso 20 de Julio y una disputa suscitada en la calle Real entre los señores Francisco Morales y el español Llorente, dió por resultado que el pueblo se amotinara y concurriera en gran número esa noche a la plaza principal, dando por resultado la caída del Virrey.

A este movimiento revolucionario concurrieron en su totalidad todos los patriotas notables de la Ciudad y los de la clase media del pueblo. Allí estaban mi marido, hermanos y mi suegro don José Lozano, hombre de mayor edad.



MANUELA SAENZ
la Quiteña Libertadora del Libertador

de un óleo antiguo de propiedad del Dr. Darío Gutiérrez Laserna Foto, cortesía del Gral. A. I. Chiriboga

Vinieron los acontecimientos de los años de 1812 a 1814 en que se suscitó la cuestión Federación y Centralismo y las batallas dadas por los Grles. Nariño y Barraya, la entrada del Gral. Bolívar por tratados después de un sangriento combate en la Ciudad. En estos combates ocupaba un puesto mi marido, hermanos y suegro, como artilleros voluntarios.

Llegó la noticia que el Gral. Pablo Morillo arribaba a la Costa con un Ejército, y que Sámano invadía por el Sur. Emprendieron marcha para este punto los Grles. Nariño y Leiva; los Crnles. Cancino y José Ignacio Rodríguez con muchos de los comprometidos del año de 1810. El Gral. Bolívar marchó para la Costa, los primeros emprendieron con éxito la campaña, pero al querer tomar a Pasto con una parte del ejército que llevaban, fueron rechazados y perdidos, quedando en los suburbios de esa ciudad muchos muertos, entre ellos mi suegro. Los que pudieron escapar llegaron a esta ciudad teniendo unos que salir para los montes y otros ocultarse, pues ya la Ciudad estaba ocupada por el ejército del Gral. Morillo y sus Tenientes.

Los fusilamientos habían empezado y las persecuciones eran diarias, y el terror tenía sumergidos a los habitantes de la Ciudad en luto y lágrimas. Los patriotas ocultos en los montes, resueltos a trabajar por la libertad de la Patria, se pusieron en comunicación con los que estaban escondidos en la Ciudad, para formar guerrillas.

Entre tantos, recuerdo a los Almeida, Gutiérrez, Morales, Parayas, Rodríguez, Ricaurtes, Arces, Juancho Molano, Vega, Galiano, el Maestro Liz, Tomás Quevedo, mi comadre Carmen Rodríguez, mi marido y sus hermanos.

Por el Norte, el Coronel Juan José Neira y Rodríguez de Guachetá. En el Sur, los Coroneles Ignacio Rodríguez y Olaya; en Tunja, los Ruices; los Dulcey, en el Socorro; Calvos y Salazares en Vélez. Los Almeidas formaron su guerrilla después de haberse fugado de las prisiones de San Bartolomé, ganándose la guardia.

Se necesitaba un centro de operaciones que se entendiera con las Juntas que se reunían en la Ciudad y poderse comunicar con las guerrillas; eligieron mi casa que quedaba en la 5ª cuadra de la carrera de Antioquia; de allí se mandaban las comunicaciones, noticias, recursos y gente para las guerrillas, lo mismo que para Casanare, en donde los Grles. Bolívar y Santander estaban formando el Ejército Libertador.

Era el año de 1817. Un día recibí cartas de mis compadres Ambrosio Almeida y José Ignacio Rodríguez; el primero se hallaba en Tocaima enfermo, y el segundo en la Mesa. Su contenido era recomendándome a Policarpa Salabarrieta para que la tuviera en casa, que venía de Guaduas, donde la perseguían; ésta tenía dos hermanos frailes agustinos, José y José María, con quienes yo tenía amistad; me recomendaron a su hermana lo mismo que a un hermanito pequeño llamado Bibiano, que venía con ella.

Policarpa era joven y bien parecida, viva e inteligente; su color aperlado. El joven Bibiano se le parecía, pero era tardón para hacer las cosas. Con la llegada de Policarpa los trabajos políticos se aceleraron, y como ella no era conocida en la Ciudad, salía y andaba con libertad, facilitaba la correspondencia con las Juntas y con las Guerrillas. Apareció como Auxiliar Sabaráin y otros que estaban de soldados por insurgentes, los postas eran más frecuentes; pero los pesquisas y los patibulos se aumentaban.

Al fin supieron que los patriotas tenían juntas, y que auxiliaban las guerrillas; cogieron a Juancho Molano y lo fusilaron porque le descubrieron que era uno de los auxiliares; fusilaron también a Vega, porque le dió una peseta a un desertor para que se fuera.

Alarmados los patriotas, resolvieron que variara de casa, distante y de humilde apariencia; le trasladé a otra en la esquina de la calle 6ª de la carrera de Bolívar, dos cuadras abajo de Egipto.

Como las averiguaciones para saber quienes eran los principales agentes de los patriotas, eran tan activas, al fin descubrieron que era Policarpa; entonces tomaron todo interés para descubrir su habitación. Sabedores de esto los patriotas que se reunían en casa, dejaron de ir y los únicos que volvieron eran los Rvdos. Padres Salabarrietta, a llevarles recursos a sus hermanos, mi comadre Carmen Rodríguez, una que otra, y mi compadre José Ignacio Rodríguez cuando llegaba de la Mesa, que siempre lo hacía de noche.

En el Ejército de los Españoles había un Sargento de toda su confianza, hombre sagaz, atrevido, sanguinario y constante perseguidor de los patriotas; éste era Iglesias, a quien habían comisionado para descubrir el escondite de Policarpa y la prendiera, ofreciéndole hacer Oficial. Redoblando los trabajos por todas partes, pasaron algunos días sin lograr su objeto, sino saber que Policarpa tenía un hermano pequeño que la acompañaba y que deseaba conocer. Frente a la puerta del Colegio de San Bartolomé había una tienda, especie de fonda; allí concurría Iglesias con otros Sargentos sus camaradas. En uno de los días que iban a fusilar estaba Iglesias en la tienda con sus compañeros, hablando de los fusilados; la ventera los estaba oyendo; se le dirigió el Sargento Iglesias y le dijo que deseaba conocer al hermano de Policarpa Salabarrietta; la ventera le contestó que por allí le había visto pasar; Iglesias le encargó que cuando lo vea se lo muestre, la mujer se lo ofreció. Pasaron unos pocos días, cuando Bibiano subía para casa con algunos víveres de la plaza, lo ve la ventera, llama a Iglesias que estaba allí con otros, y le avisa; éste sale haciéndole seña a uno de sus compañeros y siguen a Bibiano a distancia hasta verle entrar a casa.

Llegó la noche que estaba muy clara; serían las 11 o las 12; mi marido hacía poco que se había retirado a la casa materna con su muchacho Eusebio. Estábamos en la Sala Policarpa, Bibiano y yo que estaba criando, pensando en retirarnos a nuestras camas, cuando oímos un

estrepitoso ruido por la cocina, como que habían tumbado la puerta; quedamos asustadas y en silencio esperando el resultado. Salen soldados al patio, se dirigen a la sala, comprendemos lo que era; entra Iglesias, dirigiéndonos insultos y amenazas. Policarpa le contesta con energía, yo permanecí sentada junto a ella, callada, me toca con un pie uno de los míos, le comprendo, me entro a la alcoba, levanto el colchón de la cama de Policarpa, recojo los papeles que había, salgo por la puerta del cuarto que estaba al lado opuesto de la sala al patio por entre los centinelas a quienes dí plata; entré a la cocina, el fogón estaba con mucho fuego porque se estaba cocinando una olla de maíz; hago que atizo el fuego y arrojé los papeles que se volvieron ceniza. Como todo lo hice con rapidez, no se apercibió Iglesias que yo hubiera salido a la cocina y menos cuando el no conocía la casa.

Regreso a la sala; Iglesias me trata de insurgente, le contesté: no sé que es insurgente; me dice que por qué tengo allí a esa mujer (a Policarpa.) Le dije que en esos días había llegado de Tierra Caliente con su hermanito que estaba enfermo; Policarpa sostuvo lo mismo; me preguntó qué gente visitaba a Policarpa o se reunía en la casa, le dije que nadie. Nos dejó en la sala con centinelas; rondó toda la casa y no halló nada.

Quiso llevarnos a todos presos, pero la circunstancia de estar yo criando, la creencia de que no conocía antes a Policarpa, mi disimulo y la oposición de ésta a que me llevaran porque le había dado hospitalidad, me favoreció. Llevaron a Policarpa y a Bibiano; a éste lo asustaron y a los tres días lo pusieron en libertad, el que volvió a casa.

Como a los tres días, por la noche, volvió Iglesias a rondar la casa; había llegado mi compadre Ignacio Rodríguez y se había acostado, cuando sentí a Iglesias; cubrí a mi compadre con un poco de ropa sucia; él se quejaba; me preguntó Iglesias quién estaba allí; le contesté que un hombre que había llegado de Chuachi, y se había enfermado de Tabardillo, concluyó la ronda y se fue.

Los papeles quemados contenían cartas de muchos patriotas, la lista de los que daban recursos para auxiliar a los que se iban a las guerrillas, comunicaciones de los jefes de éstas y borrador del estado de las fuerzas de los Españoles.

Como al mes fusilaron a Policarpa; salió al banquillo con camisón y mantellina azul, con un valor extraordinario, diciéndoles: «Godos tiranos, sanguinarios», y retándolos con los patriotas que pronto serían despedazados por ellos.

Policarpa era pobre, no conocí ni llegué a saber que sus padres vivieran, ni más hermanos que los Rvdos. PP. Agustinos y Bibiano, que después de ser soldado tomó el estado de sacerdote, y murió hace algunos años en esta ciudad.

Bogotá, 20 de Abril de 1875. f) Andrea Ricaurte.

(Tomado de la obra: "La Pola yace por salvar la Patria", publicación del Archivo Nacional de Bogotá, Director Enrique Ortega Ricaurte).

Últimos instantes de Policarpa

Salabarieta



CNTRADOS en capilla la Pola y sus cómplices, a saber: Sabaraín, Arellano, Arcos, Díaz, Suárez, Galiano y Maurufo, habiendo tocado la guardia y escolta a mi Compañía, se me destinó en el primer cuarto de Centinela a la Capilla en donde estaban los tres primeros, los cuales me hicieron las más tiernas manifestaciones de amistad, recomendándome su memoria, como que todos tres eran de los ilustres restos del Ejército del Sur, en el cual habían servido hasta la clase de Subtenientes Sabaraín y Arellano, y en la de Sargento Primero, Arcos. El primero de éstos me agregó en los términos más sentimentales: que al fin la suerte había querido que muriese después del milagroso escape de Popayán; pero que no me envidiaba, pues él se iba a librar de los tiranos mientras que yo quedaba sufriendo sus rigores y presenciando los sacrificios de sus víctimas; que si por un acaso extraordinario yo sobrevivía hasta la restauración de la libertad, me encargaba que la vengase como compatriota, como amigo y como compañero”.

Semejante discurso me movió de tal manera que no pude contener las lágrimas, desahogo que pudo libramme

de otro accidente más grave, pues sentía mi corazón conmovido y mis miembros agitados. A este tiempo el Teniente Manuel Pérez Delgado, que comandaba interinamente la Compañía, entró en la Capilla con el objeto de visitarla, y habiendo observado mi llanto, que me era imposible disimular ni contener, me preguntó la causa, a lo que yo le contesté con entera franqueza, prevaleido de una recomendación en favor mío que le había hecho mi tío Mariano Lemus, con quien estaba Delgado en buena inteligencia. "Usted, no ignora mi Teniente, le dije, que yo he sido compañero de Capilla en otra ocasión con el señor Sabarain, y por consiguiente, no debe extrañar que esos recuerdos me hayan producido las sensaciones y lágrimas que Ud. observa; hágame Ud. el favor de hacerme relevar de este puesto. Delgado oyó mi súplica y tuvo la indecible bondad de hacerme relevar inmediatamente. Con este rasgo y otro que referiré luego, probó que tenía un corazón americano, pues era hijo de la Isla de Cuba.

Relevado que fui, se me conducía a colocarme en un ángulo del claustro, y al pasar por la Capilla en donde estaba la Pola, ésta que me observó lloroso por más que yo procuré no ser visto de ella, me dijo: "No llore Ud. Lopicito, por nuestra suerte, nosotros vamos a recibir un alivio librándonos de los tiranos, de estas fieras, de estos monstruos..." y otras cosas que no alcancé a oír. El cabo que me conducía, o no entendió el valor de las expresiones, o no quiso hacer caso de ellas en consideración a que yo le enseñaba a leer y escribir; y no me dijo otra cosa a pocos momentos, sino lo siguiente: "Hola, conque la mujer conoce a Ud. y qué brava está, qué guapa es..." Yo, repuse simplemente: "No es extraño que yo la conozca, pues ella es muy conocida en esta Ciudad, pero hacía muchísimo tiempo que no la veía".

Desde el punto en donde se me situó de Centinela, volví a oír perfectamente todo cuanto decía la Pola y ver todas sus acciones, pues me hallaba como a diez y seis pasos de distancia de su Capilla. Al principio observé

que replicaba con algunos sacerdotes que la exhortaban a confesarse y aplacar su ira. Ella les decía en voz alta y con un aspecto en que estaba pintada la ira, la resolución y el entusiasmo patriótico, lo que, poco más o menos, es como sigue: "En vano se molestan, Padres míos, si la salvación de mi alma consiste en perdonar a los verdugos míos y de mis compatriotas, no hay remedio, ella será perdida, porque no puedo perdonarlos ni quiero consentir en semejante idea. Déjenme Uds. desahogar de palabra mi furia contra esos tigres, ya que estoy en la impotencia de hacerlo de otro modo. Con qué gusto viera yo correr la sangre de estos monstruos de iniquidad. Pero ya llegará el día de la venganza, día grande en el cual se levantará del polvo este pueblo esclavizado y arrancará las entrañas de sus crueles señores. No está muy distante la hora en que esto suceda, y se engañan mucho los godos si creen que su dominación puede perpetuarse. Todavía viven Bolívar, Santander, Páez, Monagas, Nonato Pérez, Galea y otros fuertes caudillos de la libertad; a ellos está reservada la gloria de rescatar la Patria y despedazar a sus opresores..." Los Padres, atónitos, se aferraban en hacer callar a la Pola, suplicándola que se moderase, que a nada conducían sus imprecaciones; que ya no era tiempo de pensar en otra cosa que en la salvación de su alma. "Bien, Padres, acepto el consejo de Uds., les respondía, a condición que se me fusile en este instante, pues de otra manera me es del todo imposible guardar silencio en vista de los tiranos de mi Patria, y asesinos de tantos americanos ilustres; mil veces, repito a Uds., que en vano me exhortan a la moderación y al perdón de mis enemigos. Qué, yo les había de dar esta satisfacción?. No esperen que me humille hasta ese término; semejante bajeza no es propia sino de almas muy miserables, y la mía, a Dios gracias, ha recibido un temple nada vulgar".

Insistían los sacerdotes en persuadirla a que prescindiese de ese rencor tan pronunciado y que acaso con su moderación podría todavía mover el corazón generoso y

compasivo del Señor Virrey Sámano. “Generoso y compasivo, les replicó la Pola, sonriéndose irónicamente; no prevariquen Uds.; nunca puede haber generosidad en los pechos de nuestros opresores; ellos no se aplacarán ni con la sangre de sus víctimas; sus exigencias son todavía más exageradas, y su rencor no tiene límites. Uds., que me sobreviviréis, seréis testigos de las rencillas que entre ellos mismos van a ocasionarse como en los Imperios de México y los Incas, por disputarse la presa y ostentar la primacía de crueldad que les distingue! Generoso Sámano y compasivo! qué horror!. Pero Uds. conciben que yo desearía conservar mi vida a cambio de implorar la clemencia de mis verdugos?. No, señores, no pretenderé nunca semejante cosa, ni deseo tampoco que se me perdone, porque el cautiverio es todavía más cruel que la misma muerte...” Esto decía, cuando deteniéndose en la puerta de la Capilla varios oficiales y entre ellos el Teniente Coronel don José María Herrera, americano, Jefe de Estado Mayor de la Tercera División, cuyo cuartel general estaba en Santa Fe, dijo éste a la Pola en un tono chocarrero y burlesco: “Hoy es tigre, mañana será cordero”. A lo que, lanzándose la Pola sobre él, en términos que fue preciso que el Centinela la contuviese, le dijo enfurecida: “Vosotros, viles, miserables, medís mi alma por las vuestras; vosotros sois los tigres y en breve seréis corderos; hoy os complacéis con los sufrimientos de vuestras inertes víctimas, y en breve, cuando suene la resurrección de la Patria, os arrastraréis hasta el barro, como lo tenéis de costumbre. Tigres, saciáos, si esto es posible, con la sangre mía y de tantos incautos americanos que se han confiado en vuestras promesas. Monstruos del género humano, encended ahora mismo las hogueras de la detestable inquisición; preparad la cama del tormento y ensayad conmigo si sois capaces de dirigiros una sola mirada de humildad. Honor me haréis, miserables, en poner a mayor prueba mi sufrimiento y mi resolución. Americanos, Herrera, instrumento ciego y degradado. Que los españoles me injurien, no lo extraño, porque

ellos jamás se condolieron ni de la edad, ni del sexo, ni de la virtud; pero que un americano se atreva a denostarme, apenas es creíble. Quitáos de mi presencia, miserables, y preparáos a festejar la muerte de las víctimas que vais a inmolar, mientras os llega vuestro turno, que no tardará mucho tiempo; sabed que no llevo a la tumba otro pesar que el de no ser testigo de vuestra destrucción, y del eterno restablecimiento de las banderas de la independencia en esta tierra que profanáis con vuestras plantas...

En medio de este discurso, un oficial llamado Salcedo, dirigiéndose a los otros, les dijo: Una mordaza debiera ponerse a esta infiel, sacrilega, blasfema"; y Delgado le contestó: "Una jaula perpetua debiera ser su abrigo, si no estuviera condenada a muerte, porque no hay duda que ha perdido el juicio y que es una loca furiosa". Herrera decía al retirarse: "No hay duda que está loca, loca perdida", y repetía constantemente esto mismo, sin duda con el objeto de que los soldados atribuyesen esa energía de la heroína a la falta de juicio y no a su patriotismo.

Anécdotas casi semejantes a ésta ocurrieron durante el día, y sólo el peso de la noche pudo calmar la rabia de la ilustre Pola para renovarla al día siguiente, como vamos a verlo.

A las 9 de la mañana era la hora señalada para la ejecución. Preparado todo, se pusieron en movimiento las víctimas y sus sacrificadores. La Pola rompía la procesión con dos sacerdotes a los lados. A mí me había cabido la segunda fila de la escolta que debía fusilar a esta singular mujer; es decir, que yo no debía ser de los ejecutores, para cuyo logro no fue poco lo que trabajé en la situación en que me hallaba de que se descubriese mi excusa, y se atribuyera a ésta algún mal designio que pudiera comprometerme seriamente. Sin entrar en estos detalles, que serían largos y poco importantes, sólo diré: Que después de muchas dificultades que tuve que vencer para librarme de tan terrible encargo, logré ser

excluido, a pretexto que mi fusil no estaba muy corriente, apoyando este argumento con el regalo de 4 reales que hice al cabo de mi Escuadra, que era el discípulo de quien he hablado en otra parte, el cual se ofreció en tirar en mi lugar, y así lo cumplió.

Al dar el primer paso de la puerta a la calle se descubrió al Mayor de Plaza, que era el encargado de todas estas ejecuciones, y que se había demorado un poco. No bien fue visto por la Pola, cuando, resistiéndose ésta a marchar, para lo cual hacía los más grandes esfuerzos y encendiéndose nuevamente en ira, decía a los padres que la auxiliaban: "Por Dios, ruego que se me fusile aquí mismo, si Uds. quieren que mi alma no se pierda. Cómo puedo yo ver con ojos serenos a un americano ejecutor de estos asesinatos? No ven Uds. a ese Mayor Córdova, con qué tranquilidad se presenta a testificar y autorizar estas escenas de sangre y desolación de sus compatriotas? Ay, por piedad, no me atormenten por más tiempo con estos terribles espectáculos para un alma tan republicana como es la mía. Por qué no se me quita de una vez la vida? Por qué se aumenta mi tortor en los últimos momentos que me restan, poniendo ante mis ojos estos monstruos de iniquidad, estos imbéciles americanos, estos instrumentos ciegos del exterminio de su Patria...? Los sacerdotes la amonestaban patéticamente a que sufriese con paciencia estas últimas impresiones con que la Providencia quería probar su resignación, que hiciese un esfuerzo generoso para perdonar a sus enemigos y que, a imitación del Salvador, marchase humildemente hasta el patíbulo y ofreciese a Dios sus sufrimientos en expiación de sus pecados. Mientras esto le decían, la llevaban casi en peso por más de veinticinco pasos. "Bien, dijo la Pola, observaré los consejos de Uds. en todo, menos en perdonar a los godos; no es posible que yo perdone a nuestros implacables opresores; si una palabra de perdón saliese de mis labios, sería dictada por la hipocresía y no por mi corazón. Yo perdonarlos, al contrario, los detesto más; conjuro a cuantos me oyen a la venganza; ven-

ganza, compatriotas, y muerte a los tiranos". Mientras esto decía, los sacerdotes esforzaban a una su voz para confundir la de la Pola y no dejarla distinguir de los espectadores.

La Pola marchó con paso firme hasta el suplicio, y en vez de repetir lo que le decían sus ministros, no hacía sino maldecir a los españoles y encarecer su venganza. Al salir a la plaza y ver al pueblo agolpado para presenciar su sacrificio, exclamó: "Pueblo indolente, cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conociérais el precio de la libertad. Pero no es tarde. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más y no olvidéis este ejemplo..." Mayor era el esfuerzo de los sacerdotes en no dejar que estas exhortaciones patrióticas de la Pola fuesen oídas por la multitud, y a la verdad que no podían ser distinguidas y recogidas sino por los que iban tan inmediatos a ella como yo. Llegada al pie del banquillo, volvió otra vez los ojos al pueblo y dijo: "Miserable pueblo, yo os compadezco; algún día tendréis más dignidad". Entonces se le ordenó que se montase sobre la tableta del banquillo porque debía ser fusilada por la espalda como traidora. Ella contestó, "Ni es propio ni decente en una mujer semejante posición; pero sin montarme, yo daré la espalda, si esto es lo que se quiere". Medio arrodillándose luego sobre el banquillo, y presentando la mayor parte de la espalda, se la vendó y aseguró con cuerdas, en cuya actitud recibieron ella y sus compañeros, una muerte que ha eternizado sus nombres y hecho multiplicar los frutos de la libertad.

Arcos pronunció al pie del banquillo la siguiente cuarteta:

"No temo la muerte;
desprecio la vida;
lamento la suerte
de la Patria mía",

(Tomo I, Capit. X, Págs. 83 a 88 de las "Memorias del Gral. José Hilario López", antiguo Presidente de la Nueva Granada, escritas por él mismo, en el año de 1857).

Descripción de los sucesos de la noche

del 25 de setiembre de 1828, por

Manuelita Sáenz



SEÑOR General O'Leary, Encargado de
Negocios M. B.

Me pide V. le diga lo que presencié el
25 de setiembre del año 28 en la casa del
Gobierno Bogotano. A más quiero de-
cirle lo que ocurrió días antes.

Una noche estando yo en dicha casa me llamó una criada mía disiéndome que una señora con suma presisión me llamaba en la puerta de calle, salí dejando al Libertador en cama algo resfriado. Esta señora que (existe) me llamaba me dijo que tenía que hacerme siertas rebelaciones nasidas de afecto al Libertador pero que en recompensa exigía que no sonase su nombre, yo la yce entrar, la dejé en el comedor y le yndiqué al jeneral. El me dijo que estando enfermo no podía salir a resibirla, no podía acerla entrar a su cama, y que yo la hoyese y que a más ella

no era la que proponía. Le di a la señora estas disculpas, la señora me dijo entonces que había una conspiración, nada menos que contra su vida, que habían muchas tentativas, y que solo la dilataban asta encontrar un tiro sertero, que los conjurados se reunían en varias partes, una de ellas en la casa de Moneda. Que el jefe de esta maquinación era el jeneral Santander haún que no asistía a las reuniones, y solo sabía el estado de cosas por sus agentes, pero que él era el jefe de obra. Que el jeneral Córdova sabía algo pero no el todo, pues sus amigos lo hiban reduciendo poco a poco. En fin la señora me dijo tanto que ya ni recuerdo. El Libertador apenas oyó nombrar al jeneral Córdova se exalto, llamó al Edecán de serbicio y le dijo "Ferbuson baya V. a oyr a esa Señora". Este bolbió diciéndole lo que yo le había dicho, y con mas presisión que yo el jeneral dijo "dícale V. a esa mujer que se baya, y que es una ynfamia el tomar el nombre de un jeneral baliente como el jeneral Córdova". El señor Ferbuson no fue tan brusco en su respuesta pero la cosa quedó en ese estado. Bino don Pepe Paris y le dijo el jeneral todo, este señor contestó, "Esas buenas jentes tienen por V. una desisión que todo les parece una conspiración" pero V. hable mañana con ella le dijo el jeneral, no supe mas sobre esto, pero en mui pocos días fue el acontecimiento que boy a contar.

El 25 a las 6 me mandó llamar el Libertador. Contesté que estaba con dolor a la cara, repitió otro recado diciendo que mi enfermedad era menos grabe que la suya y que fuese a verlo, como las calles estaban mojadas me puse sobre mis zapatos zapato doble (estos le sirbieron en la huída porque las botas las habían sacado para limpiar). Cuando entré estaba en baño tibio, me dijo que yba a aber una reboolución, le dije pueden aber no solo una hasta diez, pues V. da mui buena acogida a los abispos", "no tengas cuidado me dijo ya no habrá nada". Me hizo que le leyerá durante el baño, de que se acostó se durmió profundamente sin mas precaución que su espada y pistolas. Sin mas guardia que la de de costumbre,

sin prebenir al oficial de guardia, ni a nadie, contento con que el jefe de estado mayor o no se lo que era le había dicho que no tubiese cuidado que él respondía. “Este era el señor coronel Guerra el mismo que disen dio para esa noche santo seña y contraseña, y a mas al otro día andaba prendiendo a todos asta que no se quien lo denunció a dicho jefe”. Serían las 12 de la noche cuando latieron mucho dos perros del Libertador y a mas se oyó algún ruido extraño que debe aber sido al chocar con los sentinelas pero sin armas de fuego por evitar ruido, desperté al Libertador y lo primero que hiso fue tomar su espada y una pistola y tratar de habrir la puerta, lo contube y le yce bestir lo que berificó con mucha serenidad y prontitud. Me dijo brabo baya pues ya estoi bestido, y ahora que hacemos? hacernos fuertes. Bolbió a querer abrir la puerta y lo detube. Entonces se me ocurrió lo que le había hoído al mismo jeneral un día. ¿V. no le dijo a don Pepe Paris que esta bentana era mui buena para un lanze de estos? dices bien me dijo y fue a la bentana, yo ynpedí el que se botase porque pasaban jentes y lo berificó cuando no hubo jente y porque ya estaban forsando la puerta. Yo fui a encontrarme con ellos, y darle tiempo que se baya, pero no tube tiempo para berlo saltar ni para serrar la bentana, de que me bieron me agarraron y me preguntaron “donde está Bolívar”, les dije que en el Consejo que fue lo primero que me ocurrió, registraron la primera piesa con tenacidad, pasaron a la segunda y biendo la bentana abierta, exclamaban huyó se a salvado, yo les decía no señores no ha huído está en el Consejo, y por qué está abierta esta bentana? yo la acabo de abrir porque deseaba saber que ruido había; unos me creían y otros no, pasaron al otro cuarto, tocaron la cama caliente y mas se desconsolaron por mas que yo les decía que yo estaba acostada esperando que saliese del Consejo para darle un baño. Me llebaban a que les enseñe el Consejo (porque V. sabe que siendo esa casa nueva no conocían como estaba repartida y el que quedó a entrar a enseñarles se acobardó según se supo después) yo les dije que sabía que

había esa reunión que la llamaban Consejo, a la que asistía todas las noches el Libertador pero que yo no conocía el lugar. Con esto se enfadaron mucho y me lleban con ellos asta que encontré a Ibarra herido, y él de que me bió me dijo? con que han muerto al Libertador? No, Ibarra el Libertador vive. Conozco que ambos estubimos ymprudentes, me puse a bendarlo con un pañuelo de mi cara, entonces Sulaibar me tomó por la mano a aserme nuevas preguntas, no adelantando nada me condujeron a las puestas de donde me habían sacado y yo me llebé al erido y lo puse en la cama del jeneral, dejaron sentinelas en las puertas y bentanas y se fueron al hoír pasos de bota errada, me asomé a la bentana y pasaba el coronel Ferbuson que benía a carrera de la casa donde estaba curándose de la garganta, me bió con la luna que era mucha, me preguntó por el Libertador y yo le dije que no sabía del ni podía decirle más por los sentinelas, pero le prebina que no entrara, que lo matarían me dijo que moriría llevando su deber a poco hoí un tiro este fue el pistoletazo que le tiró Carujo y a más un sablazo en el fin de la frente y el cráneo a poco se oyeron unas boces en la calle y los sentinelas se fueron, y yo tras ellos a ber al doctor Mur para Andresito. El doctor salía de su cuarto y lo hiban a tirar pero su asistente dijo no maten al doctor y ellos dijeron no hay que matar sacerdotes, fui a llamar al cuarto de don Fernando Bolívar que estaba enfermo, lo saqué y lo llebé a la calle a meter el cuerpo de Ferbuson, pues lo creía yo vivo; lo puse en el cuarto de José (que estaba de grabedad enfermo, si no muere porque él se habría puesto al peligro), subí arriba a ber a los demás cuando llegaron los jenerales Urdaneta, Herrán, el coronel Martel y otros a preguntar por el jeneral entonces les dije lo que había ocurrido y lo más gracioso de todo era que me decían y a dónde fué? Cosa que ni el mismo Libertador sabría a donde hiba, por no ber curar a Ibarra me fui asta la plaza y hai encontré al Libertador, a caballo hablando con Santander y Padilla, entre mucha tropa que vivava al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo "tu heres la



POLICARPA SALAVARRIETA

de un óleo de autor desconocido Museo Nacional de Bogotá.

Libertadora del Libertador'. Se presentó el señor don Tomás Barriga y le hiba a arengar pero el general con esa fogosidad que V. tanto conocía le dijo: "Si señor por V. y otros como V. que crían mal criados a sus hijos hai estas cosas, porque de Imbéciles confunden la libertad con el libertinaje", fueron muchos extranjeros entre ellos el señor Illingworth, todos fueron mui bien recibidos. Se cambió ropa y quiso dormir algo pero no pudo porque cada rato me preguntaba algo sobre lo ocurrido y decía no me digas más, yó callaba bolbía a preguntar y en esta alternativa amaneció. Yo tenía una gran fiebre y no sé mas que por lo que me han contado. Que se molestó mucho con el coronel Cropston porque le apretó el pez-cuezo a uno de los que condujo, al que el jeneral le mandó ropa a que se quite la que trahía mojada buscándola entre los suyos y que los trató con mucha benignidad por lo que don Pepe París les dijo ¿y a este hombre benían Vs. a matar? y contestó Horman era al poder y no al hombre, entonces tubo lugar la apretada, al tiempo entró el Libertador y se puso furioso contra este jefe afeándole su acción de un modo mui fuerte. Dicen que les aconsejó a que no digan a sus jueces que trahían el plan de matarlo, pero que ellos decían que habiendo ydo a eso no podían negarlo. Hai otras tantisimas pruebas que dió el jeneral de humanidad que sería nunca acabar. Su primer opinión fue el que se perdone a todos pero V. sabe que para esto tenía que habérselas con los jenerales Urdaneta y Córdova que eran unos de los que entendían en estas causas. Lo que si no podré dejar en silencio fue que el Consejo abía sentensiado a muerte a todo el que entró en Palacio y hasí es que aseptó Sulaibar, Horman y Asuerito que confesaron con valor como heroes de esa conspiración, los demás todos negaron y por eso dispusieron presentármelos a mí a que yo diga si los había bisto por esto el Libertador se puso furioso. "Esta señora dijo, jamás será el ynstrumento de muerte ni la delatora de desgraciados". No obstante esto me presentaron ya en mi casa a un señor Rojas, y consentí en berlo porque tube muchos

empeños de señoras a que diga que no lo había bisto, así lo hice, mas una criada mía que entraba a tiempo y un soldado lo conocieron, pero yo compuse la cosa con decir que mas caso hacían de lo que ellos decían que de mí, y que los que lo acusaban estaban equibocados y se salvó... Dije también que don Florentino Gonzales me había salvado a mi la vida diciendo no hay que matar mujeres pero no fue él el que lo dijo sino Horman al tiempo de entrar que hicieron un tiro. Entraron con puñal en mano, y con un cuero guarnecido de pistolas al pecho, puñal trayan todos, pistolas también pero mas creo que tenían Sulaibar y Horman entraron con farol grande, con algunos artilleros de los reemplazos del Perú. Estos señores no entraron tan serenos pues no repararon ni en una pistola que yo puse sobre una comoda ni en la Espada que estaba arrimada, a mas en el sofa del cuarto había una fuerza de pliegos serrados y no los bieron. Cuando ya se fueron los escondí debajo la estera. El Libertador se fue con una pistola y con el sable que no se quien le había regalado de Europa, al tiempo que cayó pasaba su repostero y lo acompañó. El jeneral se quedó en el río y lo mandó a éste a saber como andaban los cuarteles con el abiso salió y fue para el de Bargas. Lo demás.... V. lo sabe mejor que yo sin estar presente y si está V. se que habría muerto. No se puede desir más que la Providencia salvó al Libertador, pues nunca estubo más solo, no habían mas edecanes que el coronel Ferbuson y Ibarra ambos enfermos en cama el uno en la calle y el otro en casa y el coronel Bolívar donde el jeneral Padilla. Nuestro José muy malo, don Fernando enfermo, la casa era un ospital, cuando el jeneral marchó de Bogotá no se donde me dijo "está al llegar preso el general Padilla, te encargo que lo bisites en su prisión, que lo consueles y sirbas en cuanto se le ofresca, hasí lo hice. El señor jeneral Obando a quien Dios guarde por muchos años, a dicho en Lima antes de ahora que yo en medio de mis malas cualidades tenía la de haberme portado con mucha jenerosidad con los desgraciados a lo que yo contesté que esa

birtud no fue mía sino del Libertador que me había dado tantas y tan repetidas lecciones de clemencia con el mismo panejirista. Esto es muy sierto, a V. le consta de modo que tantos escapados de la muerte fue por el Libertador. Vaste desir a V. que yo tube en mi casa a personas que buscaban y que el Libertador lo supo. Al jeneral Gaitan le abisaba que se quitase de tal parte porque ya se sabía, al doctor Merisalde lo bi en una casa al tiempo de entrar yo a caballo y le dije a la dueña de casa, si así como ben-go con un criado biniese otra persona conmigo lo habrían bisto al doctor Merisalde, dígale V. que sea mas cauto. Tal ves sería por eso que después de muerto el jeneral, me hiso comadre Merisalde. Infinitas cosas referiría a V. de este jénero, y las omito por no ser mas larga, ase-gurándole a V. que en lo prinsipal, no fui yo mas que el ynstrumento de la magnanimidad del Gran Bolívar.

Paita a 10 de agosto de 1850!

Manuela Sáenz.

NOTA.-El original de este importantísimo documento se publicó en el Tomo Tercero, Apéndice, de las Memorias del General O'Leary. Edición de Caracas, 1883, página 370. Por su gran valor histórico se reproduce el borrador, con sus descuidos ortográficos. Todo es de puño y letra de Manuela.

Corrida de toros
En honor del Excmo. Sr. Juan Ramírez de Orozco,
Presidente y Comandante General de Quito

1.818 — Julio 3

Quito, 21 de Julio de 1818.



EXCMO. Sr. Don JUAN SAMANO

Mi estimable Señor:

No obstante el no haber visto letra de Ud. muchos correos, dirijo ésta (hallándome actualmente en cama con un fortísimo insulto de un cólico bilioso, que me ha puesto a los umbrales de la muerte); pero mi amor a Ud. siempre constante aún me hace poner ésta, considerando que el no haberle escrito es sin duda por las muchas ocupaciones que le han de rodear y no porque su voluntad para con-

nosotros sea voluble, pues me queda completa satisfacción del afecto que nos profesa y apoyada en su bondad, pongo a su vista la necesidad que tenemos de que se nos dé aquí el sueldo y se podrá lograr el que se verifique, mandando Ud. una orden para que así lo hagan, pues al presente nos hallamos sin poder girar a nuestro destino, ya por hallarse los tránsitos cundidos de piratas, como por no saber cómo se hallan esas provincias y en este estado viajar a tan dilatada provincia y con una familia larguísima, nos expondríamos a que resulten consecuencias desgraciadas sin tener algun arbitrio para la debida subsistencia; por lo que espero de su bondad y el afecto que nos profesa, haga se cumpla, como se lo suplico para cuyo efecto incluyo ese Oficio de Manzanos, quien desea se felicite su vida por muchos años.

Participo las novedades de celebridad con que se han empeñado en festejarlo al señor Ramírez toda la Oficialidad y Cabildantes, pues en su festejo se han corrido toros con bastante lujo, bailes por la noche y muchos papeles impresos, y le incluyo para que se divierta. El Caballero de la Banda sólo se ha excusado, y no ha asistido, fingiendo enfermedad; todo por no dejarse presidir del señor Regente, pues en la función de los cirios, se colocó en el mejor lugar, de lo que no ha dejado de expresar el Regente bastantes quejas; en suma, querría yo tener la satisfacción de verlo para que narrándole todo lo procedido se divirtiera algún poco, mediante con esto sus laboriosas tareas en consolidar esas provincias.

Desea que su salud sea robusta y feliz como apetece su atta. que besa su mano.

f) Josefa Sáenz.

IMPRESO.

Nobles y amables vecinos:

Deseando los señores Oficiales de esta Guarnición manifestarle a nuestro Jefe los vivos deseos que tenemos

de complacerle, dándole una tarde de toros el día 3 del entrante mes, poniendo los medios posibles para el mayor lucimiento y decoro de la función, hemos acordado que para llenar el completo de ella, la generosidad y bella disposición de los habitantes de esta recomendable ciudad, se prestaran con gusto a acompañarnos en la celebridad de nuestro Excmo. Sr. Presidente, quien se hace acreedor a las más vivas demostraciones del pueblo por su rectitud y prudencia con que sabiamente nos gobierna; así, pues, convidamos a ustedes para que la noche del 2 y 3 del dicho mes entrante pongan en la Plaza sus luminarias todas aquellas personas que tengan designado tablado, no exigiendo más que aquello que las facultades de cada uno les permita, ni nuestra prudencia intenta comprometerlos a lo que no puedan, y sólo tratamos de la unión y fraternidad, dando vivas alegres por el aire puro que en el día respiramos en este Reino, no oyéndose más voz en nuestros labios que el amor y respeto a nuestro Augusto Monarca y a quien sus derechos representa en este Gobierno.

Lista de los Toros

que se han de lidiar en la Plaza Mayor de Quito, en el encierro y tarde del día 3 de Julio, que brindan los Oficiales de la Guarnición al Excmo. Sr. Presidente y Comandante General Don Juan *Ramírez de Orozco*, Caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando.

3ª

Qué felices si nosotros alcanzamos
Oh digno Jefe honor de la Nación
transmitir tu noticia que admiramos
y que señalará la sucesión.

Este es fruto, dirán de un General
que tanto distinguió las tropas reales,
una tierna efusión universal,
de afectos que le dan sus Oficiales.

Odas

Oh, ilustre Ramírez
de paz creador,
este testimonio
recibe de amor.

Sabes excitarlo
con arte y destreza
y triunfas del hombre
con aire y nobleza.

Que lo diga Charcas,
Potosí, La Paz,
El Cuzco, Arequipa
y otras muchas más.

Los pueblos te llaman
su Angel Tutelar,
porque tu acción sella
la felicidad.

A quien no compraste
siendo militar,
el alma, el corazón
y la voluntad?

El Perú entero
tu persona adora,
y al ver que tú faltas
grita, gime y llora.

Con tu entrada en Quito
desaparecieron
los monstruosos aires
que en su centro fueron.

Del abatimiento
a la elevación
pasó en el momento
de tu posesión.

Con bello semblante
la quietud respira,
y un asilo a todos
en su seno brinda.

Lleno de ventura
con paz y alegría
bendice a su Jefe
y a la Monarquía.

Los pueblos le emulan
porque desafía
a lavar la mancha
que tuvo algún día.

Quien ha producido
tal transformación?
El grande Ramírez,
su alta comprensión.

Disfrutad, quiteños,
del bien celestial,
que del mal escuda
y es antemural.

Y entonad ahora
a mi voz unidos
los alegres vivas
al hombre más digno.

Viva el Soberano
Viva la Nación,
Viva el Gran Ramírez
su gloria y su honor.

Encierro

El galgo que de Chinchí aún es nevado,
es de rosada y verde su memoria.
Cuidado rompe el día,
y más con ejemplar que con victoria,

De Pilongo un pintado y algo blanco
carasucia es su nombre:
es sagaz y afable a las mujeres
pero enemigo acérrimo del hombre.

Tarde

Con amarillo y blanco de divisa
el chamberí mulato se presenta
y San Diego es, cuidado
que escribir sabe y tiene buena cuenta.

De Santacruz el negro,
para toreros dice que es pesada
la divisa en un golpe,
que si no es verde la tendréis rosada.

Con la misma el nevado que es de guinchi
daca la placa algunos le han llamado,
sin duda alguna, porque es un buen cortejo
y a buscar damas acaso va al tablado.

El tigre de San Francisco aunque es gateado
su divisa rosada con aurora
tiene, porque es de gusto,
y la gorra compone a una señora.

De San Francisco el negro mucho gusto
en curar tiene con el blanco y malva,
disipa los catarros suavemente,
de males y trabajos también salva.

De Chiguactile blanco y rosa seca,
capirote culebra aquí ha venido,
a enseñar la cachucha con mudanzas,
nada cuesta la paga, ser molido.

Ya sale de Lirisa el quitaponchos
coliblanco, divisa miniatura,
muchachos profesores ahora es tiempo
que recibáis lecciones con cordura.

Con rosado y aroma la calera
al flor de cuenta ha echado;
él tiene sus principios de derecho,
y quiere recibirse de Abogado.

El gran Diablo ya se asoma
con aurora en el vestir,
de Pucará a competir
los saltos de la maroma.

El marimoña, aroma de Saluco,
pintado sale, y muchos mantillones
trajes de todas clases descompone,
y a los que se descuidan, los calzones.

Oh, noble lealtad
sentimiento divino
de la felicidad
el único camino.

Inspira en este pueblo
con vigor tu influencia
y haz que esta divisa
la abrace con vehemencia.

Rompe, acaba, destruye
el sistema monstruoso,
y pon en su lugar
la paz la unión el gozo.

Conspiran todos a una
a este objeto sagrado,
amor, respeto al Jefe,
e interés al Estado.

El sentir uniforme
apoyado en este eje
nos brindará la gracia
de nuestro ilustre Jefe.

De esta dulce concordia
una mutua memoria
presentará a los siglos
de Ramírez la gloria.

Los nombres de nosotros
memorables serán,
y las manchas de Quito
desaparecerán.

Seguid, seguid las huellas
del valiente caudillo,
y de aquel que cultiva
la firme paz con brillo.

Así dilataréis
la vida al Soberano,
mereceréis su seno,
su real y tierna mano.

Rompan ya vuestras voces
el sí de este contrato,
decid que Viva siempre
nuestro Amado Fernando.

Toreros

Próspero Proaño, Mariano Salazar, Domingo Ruiz
Clemente Carrera.

NOTA

Esta es una de las mejores tardes que se han lidiado en la Plaza Mayor de esta ciudad, por lo selecto del ganado de Chisinchí, que ha obsequiado el señor Marqués de Solanda a los Oficiales, concurriendo así a celebrar esta tarde en que, con el último esfuerzo, procuran apurar las demostraciones de amor y respeto con que miran al mejor de los Jefes, al invicto Ramírez. (1)

(1).—Archivo Nacional de Bogotá, Salón de la Colonia. Historia—Tomo XXIX, Folios 135 a 139).

✕ La Visión de la Calle

Por Alejandro Andrade Coello.



OR cuidado que ponga la progresista Municipalidad quiteña en atender a la moderna nomenclatura de las calles, subsistirán no obstante la nómina contemporánea, varios títulos viejos y pintorescos remoquetes en la memoria de los habitantes de esta querida ciudad que, de padres a hijos, suele transmitir el culto al ayer cariñoso, el afecto al pasado.

Pocos sabrán con qué número se singulariza la suntuosa mansión esquinera de la calle Benalcázar, pero si se les dice: la "Casa del Toro", la generalidad caerá en la cuenta de que está vecina al extinguido "Arco de Santa Elena". Artístico alto relieve que sobre un motivo de las empresas de Hércules decoraba el descanso de la grada principal, dió margen para la alusión taurina. El famoso héroe griego aparecía luchando con el monstruo de Creta.

Hasta hace poco, los paseantes por el norte de la ciudad, no ignoraron las viandas que popularmente se pre-

paraban en la "casa amarilla", cerca de El Ejido, sin que les importase un pito el número de la cuadra ni el nombre de la calle respectiva.

Tienden a desaparecer las denominaciones de: Carreras, que huelen a coloniaje, cuando algunas calles que se enorgullecían de ser "reales" eran caminos públicos sin pavimentación que añoraban quizá el paso de las cajas reales y del "cajón de España". Seguramente eran las zonas preferidas por donde se efectuaban ciertos desfiles y procesiones coloniales.

Todavía es típica la manera de orientarse de cierta gente que no se ha tomado la molestia de fijarse en el plano de Quito y aprender de memoria el bautizo de las vías principales. Toma las señales más visibles o mide las calles usando la diestra o la "zurda".

Averigua alguien por el domicilio de persona de viso. Individuos comedidos y serviciales, se apresuran a darle indicaciones: "Siga Ud. recto por aquí", le dicen con honda convicción: "Camine tres cuadras, tuerza a la derecha, donde hay un mirador verde; después, voltee a la izquierda, allí encontrará un edificio grande pintado de amarillo, con cuatro ventanas blancas de pasamanos de hierro; pase por delante, y cuente dos casas, la tercera es la que busca".

Si les inquieran por la calle y el número del domicilio, se encogen de hombros, hacen una mueca y continúan su camino moviendo la cabeza.

Verdad que se necesita fresca la memoria para retener tal riqueza de pormenores?

Como sombras queridas, han quedado -muy simpáticos desde luego- los recuerdos de las anticuadas y populares designaciones, que tanto evocan y que deberían conservarse a todo trance, antes que cometer el sacrilegio de ponerlas moderno mote.

Gozan recordando las surtidas tenduchas de "Guanacalle", en las que vendían frutas y provocativos chanchos condimentados y tostados al horno, extendidos cuan largos eran, en bateas rústicas, sobre lecho de lechugas.

Se relamen al pensar en las succulentas tortillas de la "Cuero de hule" en la Loma; o de "Mama Clara" en San Diego, en dirección del arco de la Magdalena.

Ya no pasean los enamorados por "Hornillos", ni entran muy sentimentales a la "Calle del Suspiro", ni se ocultan en los vericuetos de la Cruz de Piedra y el Sapo de agua.

Desde la época colonial, tenía fama la calle de La Ronda, que, junto a profunda quebrada, era la guarida de ladrones, en la que vivían los serenos y las rondas rurales.

"La tal Ronda" era el enemigo claro de los serenateros y guitarreros, galanes de noche y demás gente alegre que nunca faltó en Quito. La ronda se componía de algunos soldados del Presidio Urbano, capitaneados por un Teniente al que se adjuntaban el Alcalde Ordinario de la Ciudad y el Escribano de Cabildo, explica el señor Cristóbal Gangotena y Jijón.

Algunas pétreas piletas y fuentes públicas han desaparecido, como aquella que había en un ángulo de la plazoleta de Santa Bárbara, por cuya empinada y tortuosa calle bajaba fea acequia descubierta; como la monumental pila de San Francisco, donde se efectuaba la feria al aire libre, como las bronceadas de Santo Domingo; la de la Plaza Grande; cuyos montuosos jardines tenían cerco o valla de palos y carrizos. El atrio y contornos de la Catedral ostentaban arcos de yerba en los días de fiesta.

Agua Potable? Ni soñarla. Había un empleado que se denominaba Juez de Aguas, encargado de vigilar que no se secaran las fuentes y "Cajones de agua". Concurridos la pileta empotrada en el muro del Carmen Antiguo, junto al viejo Hospital o el "Cajón de la Esquina de San Roque, o de San Sebastián, o el Chorro de Santa Catalina.

Hacían el servicio de "aguadores" los indios, con sus vistosos ponchos y pantalones de lienzo o "calzoncillos". Transportaban a la espalda grandes vasijas de barro crudo, diestramente amarradas, las que descansaban

sobre una rosca de trapo o de mimbre, que llamaban tazín, la carga era sostenida por los hombros y el pecho, llevaban en la mano un ancho recipiente, calabaza o "pilche". Otros sustentaban el depósito de agua en la cabeza, con la faja ancha del cuero o "atamba" ceñida a la frente.

Pobre aspecto el de El Mesón, con anchos poyos a los lados, en vez de aceras, gradas carcomidas y menudo empedrado. Primitivos parapetos en los muros desiguales que han desaparecido en gran parte, especialmente en el tramo donde se ostenta una lápida que acredita el nacimiento del insigne orador Mejía, en una casa cercana al túnel de La Paz.

Por "Churretas" desfilaban como podían los trasnochadores, con la guitarra bajo el brazo, dispuestos a sus serenatas, en vísperas de los Santos más populares.

Fama de barrios alegres y nidos de beldades non sanctas, del Alto Perú, el Cebollar, La Tola, Chaguarucho, La Chilena.

Como desde la Edad Media, en Europa se organizaban en las prístinas ciudades, amuralladas o no, por oficios o profesiones, aquí también se congregaban por Gremios. Por eso tal vez, todavía nombramos a la calle de La Platería, a la de Bayetas, a la del Correo.

Genuinos lugares quiteños son: El Arco de la Reina, el Arco de Santa Elena y Sábana Santa, Esquina de las Almas, La Cruz Verde, la Recoleta, Mama Cuchara, a la que concurría el disoluto clérigo José Albuja, hábil rasgador de guitarra, Chimbacalle, la Calle Angosta, etc.

Encantadores y viejos apodos de barrios y calles, cada cual escondéis leyendas o despertáis alguna escena pintoresca.

Quien a causa de sus deberes de reportero o de Cronista se aventura por las más desamparadas y lejanas calles de la buena y querida ciudad de Quito, penetra en sus laberintos y apartados barrios, sin atinar el por qué de la designación bárbara de Ciudadelas, y anota cuánto es digno de reparo o franco aplauso, se ha formulado va-

rías veces esta pregunta que me desconcierta: a qué horas estudian ciertos jóvenes que pertenecen a establecimientos de educación quiteños o que se supone matriculados en ellos? El interrogante tiene su fundamento, ya que, por donde vaya el Cronista, encuentra a bulliciosos y alegres jovencitos, ya pelando la pava, ya jugando a la pelota, ya en seguimiento de alguna pintiparada chullita, ya charlando entre grupos de amigos, "echando hoja", etc.

Por todos los rincones pululan, sin que por esto, deje de vérselos también por el centro, tranquilamente descansando en torno de la plaza de la Independencia, que es el mentidero público, en corro de las esquinas de moda, o sentados en las ventanas bajas de algunos almacenes u oficinas.

Esto en pleno día, a pleno sol, o entre las sombras del crepúsculo vespertino. Cuando llueve, se guarecen en portales o zaguanes.

También por la noche no dejan de notarse partidas de estudiantes que van agotando con su elocuencia todos los temas o forman ruidosos corros callejeros.

Y surge nuevamente la pregunta: A qué hora estudian estos alegres muchachos?

Para los que son huéspedes de Quito, que tan cariñosamente les abre los brazos, el problema se presenta grave, tratándose de los padres de familia que en la lejana provincia, en la ciudad distante, en la hacienda remota, se desviven por la educación de sus hijos y les envían recursos, que significan sacrificios y desvelos que no siempre son correspondidos.

Los pobres viejos economizan y trabajan, viviendo muchas veces a pan y cebolla, a fin de reunir dinero y remitírselo a los que pomposamente se adornan con el título de Estudiantes. Se enternecen de emoción los padres de familia pensando que sus hijitos están quemándose las cejas sobre los libros, para regresar instruidos y educados. Para estos pobrecitos, que tanto se desgastan cerebralmente, son las economías de los ejemplares padres.

Aunque no tienen tiempo para estudiar, el hecho de matricularse y asistir algunas ocasiones a clase, les da derecho a graduarse y recibir títulos. El provecho? Eso es lo de menos. Ya regresarán a deslumbrar con sus conocimientos, a profundizar los problemas sociales, a mezclarse en las miserias humanas, a terciar en la política, a palanquear empleos y adquirir la celebridad digna de los centros reducidos.

Con el tiempo que rápido vuela, ya será difícil reconstruir la querida historia de tantas calles quiteñas por las que pasaron bulliciosamente las procesiones, desfilaron graves oidores, cruzaron con aire señorial antiguos presidentes, caminaron a paso menudo damas linajudas, asombro de belleza, regiamente ataviadas; lucieron su garbo las atrayentes bolsiconas de zapatilla blanca, mantón de Manila y almidonanas enaguas de complicados encajes.

Hoy la vida es febril. Nadie quiere detenerse a soñar el significado de tantas callejas mal pavimentadas, estrechas y oscuras, pero ricas en memorias del pasado.

Ya se moderniza su catálogo, cada mansión tendrá su número de orden que ha de grabarse en las nuevas generaciones.

Dejaremos de escuchar las divertidas señas, cuando inquirimos por el domicilio de Fulano, que ahora es suntuoso palacio o elegante chalet, en vez de la casa frente a pintada cruz, o donde existía algún santo, alumbrado por los fieles.

Romance de Quito

Para Jorge A. Garcés G.
*erudito Paleógrafo y amante de
Quito y sus tradiciones,*

Quito, Quito de mis sueños,
ciudad de lomas ceñida
y de los cien campanarios
con sus voces de cristal.

Quito, mi Quito azulino,
de cielo primaveral
y de sierra florecida
en jardines de esperanza;
con murmullos de pregones
y latir de corazones.

En tu loma de San Juan
y en la cuesta del Suspiro
se ven hermosas chiquillas
que en pos de una cita van.

Hay en tu Panecillo
canciones de romancero,
del rondador de tus indios
y de pájaros parleros.

Caminando por la Ronda,
vieja calle colonial,
se oyen risas infantiles

y voces hechas de amor,
que salpican cual estrellas
este sitio encantador.

Yendo por calle arriba,
andando la calle abajo,
se llega a la portería
del arco del Carmen Alto.

Y cuesta de arriba hacia abajo
está el otro monasterio
el llamado Carmen Bajo.

Convento de las Clarisas,
soledad de muros viejos,
verdor de piedras añosas
y recinto de lo absurdo.

Y el Claustro tradicional
de las monjas Catalinas,
que mastican su silencio
de misticismos ilusos

Y cerca del Capitolio
cierra la vida su puerta
a la novicia Concepta.

En brumosa lejanía,
sobre meseta dormida,
entre nubes que le dan
de estampa vieja, silueta,
se recorta muy tranquila
la torrecita y su esquila
del Convento de San Juan.

Hay bullicio de campanas,
de campanas domingueras,
en sus plazas y jardines,
que suenan con recia voz.

Bronces de Santo Domingo;
repiques de la Merced;
ya tocan su melodía
con voz amorosa y lenta,
las doctas de la Compañía.

Campanillas y campanas
son las que llaman a misa
en la Torre Franciscana.

Y alegran a la Ciudad
con su tan, tan y tin, tin,
las campanas de San Agustín.

Y las de la Catedral
son las señoras del aire
con ropaje de metal.

Toda mi Quito querida
canta en sus muchas campanas,
y en sus noches estrelladas,
con bardos enamorados,
y ventanas tan cerradas
como vida conventual.

Quito, esposa del Pichincha
acunada en sus rodillas,
que en la madrugada,
cuando tiritita de frío,
la cubre con bello manto,
bello manto, aunque sombrío.

Quito con cuestras y montes,
con primorosa Alameda
donde la luna y el sol
tejen un cuento de hadas.

En sus cipreses umbríos
fueron besadas y amadas
de románticos galanes,
nuestras quiteñas abuelas
y las niñas de estos días.

Horizonte siempre bello,
siempre claro y siempre azul,
con altos montes lejanos
y campanarios de luz.

Tiene en sus alrededores
joyas de la serranía:
un Santuario milagroso
entre rosales y huertos
y lajas que lame el río:

En Guápulo el jardinero
que da flores de alegría.
Y camina, caminando,
se llega a la Magdalena
y a sus puentes tan bravíos
que virilmente enlazando
prados, roca y caseríos,
hace más corto el sendero
a viajeros y romeros.

Y quiero cantar también
a ese cintillo de plata
que riela en mi linda Quito
con dulzura que arrebatá:

Es el Machángara, río
que llora, río que ríe;
río que lleva música
y ropa de lavanderas

Tiene reflejos de cielo
mirando corriente arriba;
y golpear de sus piedras
andando corriente abajo.

Quito, sol, luz y campanas
alegría siempre hallada
aún en sus días nublados,
pues, al igual que el quiteño,
que olvida presto un rencor,
después de llover hay sol!

Tus iglesias coloniales,
tus parques y monumentos,
tus calles cortas y pinas,
tus casitas y jardines,
con lamentos de tus indios
y el brillar de tus mujeres,
son paisajes de un artista
que en florida galería
muestra la naturaleza.

Cómo hablar de la nobleza
y el talento de tus hijos?
desde su monumento
González Suárez, lo dice.

Quito, Quito de las letras,
de las plegarias y fiestas,
Quito de las Navidades
tan rumbosas y saladas.

Este Quito tan galano,
señor de capa y espada,
que tiene versos y flores
para todas sus mujeres
y la espada lista al reto.

En sus cipreses umbríos
fueron besadas y amadas
de románticos galanes,
nuestras quiteñas abuelas
y las niñas de estos días.

Horizonte siempre bello,
siempre claro y siempre azul,
con altos montes lejanos
y campanarios de luz.

Tiene en sus alrededores
joyas de la serranía:
un Santuario milagroso
entre rosales y huertos
y lajas que lame el río:

En Guápulo el jardinero
que da flores de alegría.
Y camina, caminando,
se llega a la Magdalena
y a sus puentes tan bravíos
que virilmente enlazando
prados, roca y caseríos,
hace más corto el sendero
a viajeros y romeros.

Y quiero cantar también
a ese cintillo de plata
que ríela en mi linda Quito
con dulzura que arrebató:

Es el Machángara, río
que llora, río que ríe;
río que lleva música
y ropa de lavanderas.

Tiene reflejos de cielo
mirando corriente arriba;
y golpear de sus piedras
andando corriente abajo.

Quito, sol, luz y campanas
alegría siempre hallada
aún en sus días nublados,
pues, al igual que el quiteño,
que olvida presto un rencor,
después de llover hay sol! . . .

Tus iglesias coloniales,
tus parques y monumentos,
tus calles cortas y pinas,
tus casitas y jardines,
con lamentos de tus indios
y el brillar de tus mujeres,
son paisajes de un artista
que en florida galería
muestra la naturaleza.

Cómo hablar de la nobleza
y el talento de tus hijos?
desde su monumento
González Suárez, lo dice.

Quito, Quito de las letras,
de las plegarias y fiestas,
Quito de las Navidades
tan rumbosas y saladas.

Este Quito tan galano,
señor de capa y espada,
que tiene versos y flores
para todas sus mujeres
y la espada lista al reto.

Amadora de las artes,
de las artes, de las bellas;
tus pintores son, y fueron,
orgullo de nuestra raza
y gloria de nuestros lares.

Este es mi Quito azulino,
el Quito de mis amores,
que nunca dejar quisiera
ni por ciudades mejores.

Ciudad mística y jocunda,
noble, romántica y quieta
que se la ama con pasión.

El romance de mi Quito
lo llevo en el corazón.

Laura Pérez de Oleas Z.

Tradiciones Quiteñas

Por Laura Pérez de Oleas Z.

La Tumba de Piedra



SEÑOR Satán, rey de los boñemios y trasnochadores, Señor Satán que tienes la apariencia de una llama de alcohol. Señor Satán, maestro de las brujas y consejero de beatas. Señor Satán: emperador de las almas donde moran los siete pecados capitales. Señor Satán vigía y custodia de las fosas malditas. Señor Satán: por tus barbas de chivo, por tus patas de cabro, por tus cuernos y por tu rabo te invocan tus devotos; tus amigos los súbditos de lo malo, de lo negro, de lo oculto

Una luz verdosa envuelta en negro humo ascendía ese momento desde el Averno hasta el Cementerio del Tejar. Estremeciósese la tierra; los árboles del cementerio susurraron un quejido y en las tumbas hubo un crujir de tablas y de huesos El dios maldito retorcióse

en su manto de llamas que encendieron en rojo las piedras de una tumba. Abrióse ésta; su puerta hecha de una sola piedra giró vertiginosa, en un remolino de humo y de resplandores. Satanás tomó posesión de la tumba . . .

En el centro del Cementerio de El Tejar, hacia la izquierda, casi al pie de la pequeña escalinata que da subida al cementerio de los pobres, existe todavía un antiguo mausoleo de piedra, que la leyenda lo ha marcado con el sello de la perpetuidad. Hoy es una tumba abandonada, sin lápidas ni letras: no se sabe a quien perteneció. La clase del material en que está construída evitó a los vivos el cuidado de su conservación.

Aunque está formada en rústica piedra sillar, sus tallados son relativamente bien hechos. Toda su composición con símbolos del tiempo, la vida y la muerte; las bellas hojas de acanto, que hablan de inmortalidad, que adornan la parte superior de la tumba, en figura de una pequeña capilla, forman un conjunto de aspecto sugestivo que intriga y hace meditar en quienes la construyeron y en quienes la ocuparon.

Hay algo de misterioso, triste e inquietante en su musgo y en su herrumbre. Las piedras con mordeduras de tiempo hacen pensar en las vidas que pasaron, como arroyuelos insignificantes, para ir a formar el gran piélaggo del arcano . . . La puerta tiene empotrada en su mitad una gran argolla, que seguramente sirvió para alzar la losa. Pero los años la incrustaron hasta casi hacerla desaparecer entre moho y parásita vegetación.

Mas, hubo un día, hace mucho tiempo, muchos años, tal vez siglos, que esta tumba lució flamante, como novia joven, con sus piedras blancas y bien pulidas. Su puerta giró con suavidades y el acero de la argolla tuvo argentado brillo. Entonces, a cada nuevo huésped que llegaba a ocupar su recinto—en la única cita que tenemos con la muerte—sus frentes tallados de símbolos se coronaban de flores, de las más bellas rosas, lirios y violetas de los jardines de Guápulo.

Fué en aquel tiempo cuando el señor Satán ascendía desde su palacio subterráneo, hasta esta tumba, para atizar el fuego de una gran pasión que se había prendido en los pechos de dos "impedidos" e infortunados amantes, que habían escogido ese apartado y fúnebre lugar para sus citas de amor.

Ya Satán, en estos días, ha olvidado sus nocturnas peregrinaciones. Ya no le importan las almas de los hombres, ni ronda sus viviendas ni sus sepulturas; porque después de unos siglos de "codearse" con ellos, llegó al triste convencimiento de que los humanos no son más que unos "pobres diablos" que no valen la pena de los mil sinsabores y molestias que en tiempos pretéritos, le ocasionaron.

Pero en aquellos días el demonio todavía no conocía a los hombres; ingenuo creía que necesitaban de él para que las malas pasiones prendieran en sus pechos y saborearan el gusto a los siete pecados capitales. Y por esta razón Luzbel, Jefe de los ejércitos infernales, tenía que refugiarse todas las noches en la tumba de piedra, donde debía actuar enérgicamente; ya que se trataba de dos almas enamoradas; pero conscientes de su deber y en quienes el remordimiento del pecado ponía en peligro de un regreso por el buen camino.

Buen caballero y guapo fraile era Fray Agnelio Avelino; virtuoso también lo era; talento tampoco le faltaba, pues componía odas y villancicos que eran una maravilla, para la fiesta de Navidad. Completaban este conjunto de cualidades la mocedad y alegría de Fray Agnelio. El diablo que entonces en todo estaba, se fijó en tan galano mancebo y se le metió, entre cuerno y cuerno, que tenía que llevárselo como hermoso trofeo a sus dominios.

Y empezó la tentación a enturbiar los días y a desvelar las noches del pobre fraile que, ajeno a las maniobras satánicas, no sabía a qué atribuir el desasosiego en que cayera su alma. Preparado así el terreno, no fue difícil hacerle caer en pecado cuando éste se le presentó

en la sugestiva forma de una bellísima mujer que acudiera al Convento de El Tejar, en demanda de confesión. Aunque invisible para ellos, Satanás acompañaba a la hermosa. Prestóle a la tentadora todo el encanto, atractivo y seducciones con que el diablo suele adornar a sus víctimas. Fray Agnelio Avelino no necesitaba tanto para ceder; con la mitad de seducciones y atractivos habría sido suficiente para que la sangre moza corriera como lava de volcán en erupción... Y los efectos del incendio no se hicieron esperar. La primera chispa saltó en forma de una esquelita que el fraile tenía oculta en la amplia manga de su hábito, y la dejó deslizarse cautamente a los pies de la tentadora cuando acudió a su confesión.

Contento estaba Satán de la docilidad de su tentado que apenas le sugería un ardid para rendir a la moza, el otro, presto, lo ejecutaba. El bien doblado papel decía así:

“Reina y señora mía:

Desventurado sería si a vuestra hermosura no le viniera en gusto que este cuitado os ponga a las plantas todo lo que posee, que nó riquezas, que no las conoce; que sí mucho corazón, pues vuestro soy ¡oh, ingrata mía! Escribidme, que yo tendré a grande honor y contento recibir una respuesta de las manos de vuestra merced.

Vuestro hasta la muerte. Andrés”.

El frescor de la madrugada ponía carmín en el rostro de la bella Rosario, que arrebujaada en un manto, acudió a la llamada de las chillonas campanas de la iglesia del Convento de El Tejar.

Los frailes en el coro salmodeaban un canto. Pero Fray Agnelio Avelino no estaba entre ellos, pues la impaciencia amorosa le tenía ya en el confesionario, en espera de la ansiada respuesta, que al fin pasó de la mano alba a los dedos varoniles.

“Señor y maestro mío:

Hame confundido de rubor vuestra manda; mas como nada puedo negaros y yo también os amo, esperadme

esta noche en la tapia del cementerio, en el convento querido de la quebrada. Vuestra cuitada Rosario.

Satán había triunfado; pero tenía que completar la obra y por ello no abandonó a los amantes en sus citas de amor. Estas tuvieron por nido la tumba de piedra. El fraile mercedario trasladó de su convento, que queda junto al cementerio, todo lo que hacía falta en la celda de la muerte. Y allí en medio de las tumbas, entre las fosforescencias de las osamentas, oyendo el crugir de maderas, el roer de los gusanos y el tenue clamor del viento entre los bosques, se amaron plenamente; como un reto a la muerte y un canto a la vida.

Giraba el tiempo; vertiginoso, como siempre, para el amor. Las horas pasionales se sucedían incansables y el delirio amoroso adormitó la conciencia de dos almas creyentes en los misterios del "más allá".

Satán vigilaba; su luz verdosa junto a la tumba era vista por muchas personas que desde sus casas, distinguían el cementerio. Pero nadie sabía la causa de ese extraño resplandor que ponía medrosas e inquietas a las personas que la veían.

La costumbre de palpar la muerte en su propia fosa, apartó de ellos todos los temores y el fraile burlón y atrevido la invocaba. Pero una noche, inquieto, confió un temor a Rosario. — "Se me aparece en sueños la Muerte, le dijo. Son más de ocho veces que la veo con blanco manto y expresión airada en su osamenta facial. Está indignada con nuestra profanación. No vengamos más, acá, Rosario".

Pero ella rió despreocupada y cinica. El fraile, avergonzado, calló. Pero torturante el pensamiento siguió taladrando el cerebro de Fray Andrés, que volviendo a su obsesión, repuso:

— "Sueño mucho con la muerte. No es porque la toco, la palpo aquí a todas horas; porque nuestro tálamo nupcial es un féretro; porque nos alumbramos con fuegos fatuos y la música que acompaña nuestros transportes es el roer de la carroña. No, no es por eso. Hay algo

más fuerte, más hondo, más espiritual que me hace tener visiones nocturnas. Oídme, anoche que la sentí muy cerca de mí, rimé estas frases:"

Declina el buho su cantar
en esta noche de pesar
y de desolación.

Siento a la pálida venir,
su osamenta oigo crugir
con lento son.

Y siento un lánguido sopor;
se amortigua mi dolor
a su llegada.

Viene la muerte y de la mano
me lleva a un país arcano
frio y feliz.

El amor tuvo el sortilegio de aplacar temores y volvieron las noches gozosas en la tumba, con olvido de supersticiones. Nuevamente salió del sepulcro un reto a la muerte y un canto a la vida . . . Pero la muerte no olvida . . . Una noche que los amantes se despedían en la puerta del mausoleo: él para entrar al convento por el mismo cementerio, y ella para pasar por una abertura que había en la tapia y dirigirse a su cercano domicilio; oyeron un chocar de huesos en una de las galerías, que, como palcos de teatro, tiene el cementerio de El Tejar.

Inmóviles quedaron . . . ¿Qué era aquella cosa blanca que avanzaba sin tocar la tierra? . . . ¡La Muerte! . . . ¡Un espectro! . . . Una osamenta que iba hasta ellos con los brazos descarnados extendidos. . . Ciega de terror, con pavores de locura en el cerebro corrió Rosario hacia el cementerio de los pobres; pero sus piernas temblorosas

de miedo le hicieron descender de bruces las escaleras hasta la tumba de sus amores, en cuyas piedras golpeóse la cabeza. Un ruido sordo, como de un cofre que se rompe, sonó en la noche y un hilo escarlata corrió por las callejuelas del cementerio.

Con las pupilas al sol encontró el panteonero el cadáver de Rosario, al día siguiente. En ellas podía verse el espectro que fué la última visión de la pecadora a quién Satán protegió en sus amores....

Fray Agnelio Avelino no se movió del sitio. Sereno esperó el justo castigo a su desliz.... Cuando la visión hubo pasado y su ánimo serenado, se dirigió a la iglesia y puesto en cruz en el polvo pidió gracia para su pecado.

Fray Agnelio murió viejecito, después de una vida de austera penitencia. A su muerte encontraron que la carne había crecido sobre los cilicios que en muchos años no se los quitó. Tal vez ahora consta entre los venerables de la Orden Mercedaria.

Quando el Rosal floreció



ORGIA de luz en la ciudad quiteña. Madrugo el sol para ver la fiesta y descendiendo los declivios verdegueantes del Pichincha se entró en las calles y se detuvo en las plazas atisbando por ventanas y portales. Se despereza el día y queda tendido en amores con el sol y en jugueteos con la brisa serraniega. Se oyen los cornetines. Y que estrépito arman los soldados! Se llena de ruidos el aire y las clarinadas dicen: Marchen, marche! Asímanse a las torres las campanas y voltéanse alegres para saludar al ejército. Dónde irá la gente tan de prisa? Correu, se amontonau sobre tablados y cajones puestos a la vera de la Plaza Mayor, y mézclanse las galas y los harapos de los curiosos. Y al compás del cornetín y del tambor pasan los soldados con sus uniformes, como rayos de sol en las tinieblas.

De la calle de la Platería o de Plateros, sale el cortejo evocando visiones de cosas lejanas, de cosas de España; y muy lejanas debían ser cuando eran tan suntuosas, tan alegres y campantes de otros países donde hay otros hombres, donde cambian los atardeceres y las horas del sol y luna.

LE 10 |
ERA 7'

COLOMBIA
A
LOS PROCERES
ECUATORIANOS
DE
LA INDEPENDENCIA
20 de Julio de 1910

De una lápida que se encuentra al costado derecho del frontis del Capitolio
en la Ciudad de Bogotá.

-Ya viene el Rey! Ya viene la Reina! clama la multitud sólo juzgando por lo que sus ojos están mirando. Pero alguien replica:

-Callá, tú! Su Majestad Nuestro Rey Carlos IV está en la Península. Estos que van a pasar son el nuevo Presidente de la Real Audiencia de Quito, Don Luis Antonio Muñoz de Guzmán y su esposa, Doña María Luisa Exterripa.

Razones había para juzgar el cortejo como real: En blanco caballo enjaezado con plata, terciopelos y bordados cabalga el de Muñoz de Guzmán. Luce las insignias de Comendador de las Puebas en la orden de Alcántara y lleva al cuello el áureo collar de los Caballeros de Santiago. Adorna su cabeza con el gorro rodeado de alba pluma que acredita que tuvo el cargo, antes de venir a Quito, de Jefe de la escuadra en el navío de guerra "San Fulgencio". Medio siglo ha que sus plantas recorren los caminos del mundo; pero conserva esbeltez y hermosura juveniles, no es un letrado; pero sí muy inteligente y perspicaz y lo que sí le sobra es un gran orgullo por su alta alcurnia que, pareciéndole poco dos apellidos se añadió otros dos, de Montero de Espinosa, para dar mayor sonoridad y prestigio a su persona.

Y ahora entra en la ciudad que va a gobernar, al corto trote de su cabalgadura y bañado en humos principescos. Hácele de Escudero su sobrino, sevillano como su tío; llámase el mozueto Lucas Montero de Espinosa y lleva en su cara dos luceros moriscos grandes, negros y brillantes con los cuales, al mirar, hace palidecer y enrojecer a las mujeres que a su paso encuentra. Ataviado regiamente, como el Presidente, con botinas y guantes amarillos, jubón escarlata bordado en oro y amplio chambergo con plumas roja y blanca que le caen sobre el cuello de fino encaje, forma, junto con su caballo alazano, la más bella estampa que jamás vieron las románticas quiteñas. Síguelos Doña María Luisa Exterripa, que hace treinta años viera la primera luz en Vizcaya. Va la dama en silla de manos llevada por esclavos con el uniforme de

los siervos del Ministro del Real Consejo de Indias. Parecele al pueblo la señora una Virgen milagrosa que fuera sobre las andas benditas, tales son su hermosura barnizada y las muchas joyas, bordados y pedrería que adornan su figura. Completa este símil la actitud estática de Doña María que, con las manos enjovadas puestas sobre el regazo, mira con indiferencia a un punto lejano, sin tomarse la molestia de fijar sus azules ojos en la multitud que la admira y la aclama. Y seguía la interminable procesión compuesta del Obispo, Oidores, Tribunales de Justicia, clérigos, frailes, monjes, soldados; todo lo que era representativo en la ciudad de Quito; unos llevando la insignia del cargo o cofradía al cual pertenecían. Era el 13 de Junio del año de gracia de 1791 y Don Luis Antonio Muñoz de Guzmán tomaba ese momento posesión del alto cargo de Presidente de la Real Audiencia de Quito.

Juanita Arana, de pie sobre un cajón para mejor mirar el cortejo; estrujaba contra su pecho un hermoso ramo de frescas rosas que pensaba ofrendarlas al Señor de la Justicia; mas, quedóse en suspenso unos instantes cuando sus ojos se encontraron con los luceros moriscos de Don Lucas que sonrientes y atrevidos se clavaron con insistencia de admiración y súbito amor en los suyos. Deslumbrada quedóse la muchacha, su boca de fresa madura se entreabrió asombrada; besó las rosas y se las iba a ofrecer al gentil mancebo; pero cambió de opinión y saliéndose a la mitad de la vía, arrojó las flores en el suelo para que sobre ellas pasara el caballo del sevillano, y cuando pasó..... acolchada de rosas quedó la calle..... Quitóse el chambergo el español y envióle un beso en la punta de los dedos. Juanita huyó confusa y se refugió entre unas viejas que escandalizadas se santiguaron a prisa.

Don Lucas pensaba en Juanita y ella pensaba en Don Lucas. La locuela rezaba y se comía a besos estampas y cruces a ver si alguien le hacía el milagro de olvidar al caballero de los luceros moriscos. El sevillano rondaba por los barrios quiteños con la esperanza de toparse con la hermosa en el recodo de alguna calle. Distanciados so-

cialmente estaban a la espera de lo casual que los uniera de nuevo. Si Montero de Espinosa no hallaba a Juanita era porque la buscaba lejos, que si de guardia se ponía en el Portal del Obispo, pronto habría dado con ella, ya que la doncella estaba al amparo de los porteros del Ilustrísimo José Pérez Calama.

Tristemente caía la Ciudad en el crepúsculo y los faroles empezaban a salpicar con luz mortecina los inicios de la noche; cuando de improviso puso el destino en la misma ruta a dos vidas que, en ese instante, comenzaron el camino que lleva a los misterios del amor, del dolor y de la vida emotiva.

—Cómo te llamas, ricura? Fueron las primeras palabras del español.

—Juanita Arana, para servir a Cristo Jesús y después a vos, gentil caballero.

—Dame esas manos, Juanita; déjame que ponga en ellas un beso. Qué bien huelen . . .

Es que ha quedado en ellas el perfume de las rosas que arrojaste a mis pies? Cómo me gusta olerlas y besarlas despacito . . . despacito. Me da ganas de comerlas . . . Has comido rosas alguna vez? Son dulces como un panal y cuando se las estruja, se las besa y se las muerde, despiden su mejor perfume . . .

Enrojece de emoción Juanita y tímida implora:

—Por favor, caballero! . . . que son manos y no rosas; por favor; ya no las beséis más, porque tengo ganas de llorar . . .

No tenía pena; pero dos lagrimones gruesos y calientes cayeron, como las rosas a los pies del sevillano.

La ciudad poco a poco se iba durmiendo cuando Juanita volvió a su hogar adoptivo. Misiá Emperatriz la dueña, que al principio se inquietó por la no acostumbrada larga ausencia de la chiquilla, se enfurruñó cuando la vió entrar sana y buena y muy rosadita, con un aire de misterio y alegría; con algo, aunque intangible, pero que se siente que el amor ha tomado un corazón.

—De dónde vienes, tú, rapaza? —le increpó la vieja—. Horas son éstas de tornar a un hogar? Me admira que la "ronda", al encontrarte sola, no te haya tomado presa. Con alguien has de haber estado acompañada. Si te haces una perdida, te planto en la mitad de la calle. Si te recogí huérfana, sarnosa y harapienta fue para hacer de tí una mujer honrada, pues, de lo contrario, mejor te hubiera arrojado a los perros. Mi pobre marido, mi Julián, anda por esas calles de Dios buscándote, y la señorita viene tan contenta.... Qué dirá mi hermana, la monjita, cuando sepa tus devaneos?

—Dirá que ella se ha perdido, una cosa muy sabrosa... —replicó risueña Juanita.

Si las vigas de la habitación le hubieran caído encima, seguramente no le darían tanto susto y sorpresa a la buena señora, como oír en boca de la muchacha una frase tan desvergonzada, y exclamó:

—Válgame la Santa Inquisición!.... Qué modo de hablar es ese! Que te oiga alguno del Santo Oficio y te encierran en el acto, en un convento.

—Pero, mamá. Por qué puede ser pecado que yo encuentre sabrosos los besos de Don Lucas Montero de Espinosa, el más reguapo chapetón que se pasea en Quito?

—Jesús de la Misericordia! Qué estás diciendo, demente? Has estado con el señor Don Lucas, el sobrino del Presidente? Si lo sabe su Ilustrísima el señor Calama nos pone de patitas en la calle.

En ese momento entró el viejo Julián Araua, quien tenía el cargo de Mayordomo, Sacristán, maudadero y hombre de confianza del Obispo Pérez Calama.

Entre gritos y exclamaciones misiá Emperatriz le contó la locura de su pupila. El viejo no tomó tan a lo trágico la cosa. A la perorata de la vieja, contestó:

—De la nada nos hizo Dios, hijas mías. Qué de raro tendría que nuestra ahijada se casara con Don Lucas? Figúrate, qué glorial! Si logramos casarla con un caballero. Y es tan bella y tan pícara Juanilla que parece un angel metido en la piel del mismísimo diablo.

Misiá Emperatriz, dijo:

—Sí! La muy bandida que hizo pisotear las rosas con los cascos del caballo de Don Lucas. Dios tiene que castigarla, porque esas flores eran para el altar de la Virgen María de Guápulo.

Juanita protestó:

—La Virgen me las dió. Ella me dijo: "Anda, rapaza, a esa procesión y arroja esas flores al señor que es dueño de los corazones y las voluntades". Salí, vi pasar una procesión y a un señor que me miraba con unos ojos tan brillantes y divinos que me dije: "Este es el dueño de las voluntades y los corazones..." y puse a sus plantas las rosas... Es pecado amar a Don Lucas?

—Sí; es pecado y mortal, porque no puede ser tu esposo.

—Oh, mamá Emperatriz! --contestó alegre la chiquilla--. Qué poco sabe su merced de estas cosas! Qué, "no puede" Don Lucas ser mi esposo? ... Si ya lo fue esta noche; si él me dijo entre caricias y besos: "Ya soy tu esposo y tú eres mi mujer, y tenemos que amarnos hasta la tumba..."

Inmóviles y mudos de susto y dolor quedaron los viejos. Quisieron insultar, protestar, azotar, dar de empujones o arrancar el cabello a la arrapieza cínica; pero quedaron sujetos al pavimento con los clavos de la sorpresa. Mientras tanto la bella revoltosa se fue a su dormitorio cantando los versos de una copla:

"Esta es mi noche de boda,
la noche de mi alegría;
sería yo una gran boba
si a mi amor renunciaría."

—Le oyes Julián?, --dice la mujer.

—Sí, que la oigo --contesta el marido. Vámonos a dormir. Callemos por ahora; mañana veremos, consultando con la almohada, lo que tenemos que hacer.

—Calla, tonto. Con Nuestro Señor en la Santa Misa es lo que tienes que consultar.

Ya acostados los ancianos y apagada la vela, oyóse nuevamente en el silencio de la noche la cantarina voz de Juanita:

“No me importa el Santo Oficio
ni que me ponga la soca:
por un beso de tu boca
al mismo infierno me iría.”

—Santa Rita y las once mil vírgenes nos amparen!
—clamó la vieja—. Esa chiquilla está endemoniada. Recemos, Julián de mi alma... Pásame la pileta del agua bendita y el santo Rosario. Siento el diablo cerca de mi cama: *Abrenuntio, Satana!.... Abrenuntio, Satana!....*

—*Vade retro, Satana!....* —coreó Don Julián.

—Y los esposos se levantaron y rociaron con agua bendita el aposento. Pero el santo líquido no hacía el milagro de arrojar al diablo de la casa, menos aún, del cuerpo de la hermosa chiquilla, que seguía canturriando:

“Las rosas de mi rosal
a mi dueño se las dí;
y he dejado para mí
las espinas y las hojas.”

—Recemos, recemos, Juliáncito —suplicaba Emperatriz.

—No puedo; he perdido la memoria, tal es el miedo que tengo a Lucifer.... —dice temblando el pobre de Don Julián.

—A ver si yo recuerdo algunas de esas oraciones que atemorizan a Satanás. Sigue mis palabras, Julián:

"Santa María, en mi frente
pone de tu hijo la cruz
a que el diablo no me tienta.

Que San José haga luz
para que vuelva al infierno
este diablo impertinente."

Esta oración les dejó tranquilos y tuvo más eficacia que el agua bendita, porque después de unos momentos Don Julián roncaba como toro estocado. Doña Emperatriz resoplaba con el encantador ritmo de una locomotora y la incauta Juanita soñaba que Montero de Espinosa se comía un bello ramo de azahares...

* * *

¿Cómo llegó Juanita a prohijada del matrimonio Arana? Fue adoptada por ellos en el año de 1785 cuando Quito sufrió una de sus más terribles epidemias que la vamos a describir en todos sus detalles.

Prendió, en el dicho año, en Quito una enfermedad maligna y contagiosa que los médicos de la época no supieron explicar si se trataba de escorbuto, sarampión, alfombrilla, viruela o brujería; lo único cierto es que perecieron más de ocho mil personas entre adultos y niños. Las características de esta peste eran piel hinchada, entumecida y roja y erupción de pústulas y granos, todo ello acompañado de altísima fiebre, con pérdida del conocimiento en unos, y delirio y convulsiones, en otros. La Ciudad quedó desolada. Sólo se oía el fúnebre tañido de las campanas con su acompasado y lento toque de agonía por los que estaban en trauce de muerte, o el monótono doble por los que ya fallecieron. En las calles únicamente transitaban los sacerdotes seculares que se detenían cerca a las puertas y ventanás para constatar si por ellas salía algún

—Calla, tonto. Con Nuestro Señor en la Santa Misa es lo que tienes que consultar.

Ya acostados los ancianos y apagada la vela, oyóse nuevamente en el silencio de la noche la cantarina voz de Juanita:

“No me importa el Santo Oficio
ni que me ponga la soca:
por un beso de tu boca
al mismo infierno me iría.”

—Santa Rita y las once mil vírgenes nos amparen!
—clamó la vieja—. Esa chiquilla está endemoniada. Recemos, Julián de mi alma!... Pásame la pileta del agua bendita y el santo Rosario. Siento el diablo cerca de mi cama: *Abrenuntio, Satana!.... Abrenuntio, Satana!....*

—*Vade retro, Satana!....* —coreó Don Julián.

—Y los esposos se levantaron y rociaron con agua bendita el aposento. Pero el santo líquido no hacía el milagro de arrojar al diablo de la casa, menos aún, del cuerpo de la hermosa chiquilla, que seguía canturriando:

“Las rosas de mi rosal
a mi dueño se las dí;
y he dejado para mí
las espinas y las hojas.”

—Recemos, recemos, Juliáncito —suplicaba Emperatriz.

—No puedo; he perdido la memoria, tal es el miedo que tengo a Lucifer.... —dice temblando el pobre de Don Julián.

—A ver si yo recuerdo algunas de esas oraciones que atemorizan a Satanás. Sigue mis palabras, Julián:

"Santa María, en mi frente
pone de tu hijo la cruz
a que el diablo no me tienta.

Que San José haga luz
para que vuelva al infierno
este diablo impertinente."

Esta oración les dejó tranquilos y tuvo más eficacia que el agua bendita, porque después de unos momentos Don Julián roncaba como toro estocado. Doña Emperatriz resoplaba con el encantador ritmo de una locomotora y la incauta Juanita soñaba que Montero de Espinosa se comía un bello ramo de azahares...

* * *

Cómo llegó Juanita a prohijada del matrimonio Arana? Fue adoptada por ellos en el año de 1785 cuando Quito sufrió una de sus más terribles epidemias que la vamos a describir en todos sus detalles.

Prendió, en el dicho año, en Quito una enfermedad maligna y contagiosa que los médicos de la época no supieron explicar si se trataba de escorbuto, sarampión, alfombrilla, viruela o brujería; lo único cierto es que perecieron más de ocho mil personas entre adultos y niños. Las características de esta peste eran piel hinchada, entumecida y roja y erupción de pústulas y granos, todo ello acompañado de altísima fiebre, con pérdida del conocimiento en unos, y delirio y convulsiones, en otros. La Ciudad quedó desolada. Sólo se oía el fúnebre tañido de las campanas con su acompasado y lento toque de agonía por los que estaban en trance de muerte, o el monótono doble por los que ya fallecieron. En las calles únicamente transitaban los sacerdotes seculares que se detenían cerca a las puertas y ventanas para constatar si por ellas salía algún

lamento y auxiliar a los moribundos. Los curas recorrían las casas apestadas y administrando el Viático en sus distritos. También se veía en las calles a los médicos y sangradores distribuidos por barrios o cuarteles que atendían a los enfermos llevando grandes redomas con sapos y sanguijuelas para aplicar los primeros, destripados, en la frente de los contagiados; y las segundas tenían por objeto absorber junto con la sangre, todo el mal que había invadido el cuerpo del enfermo.

El Presidente Villalengua y Marfil dispuso que se nombrara un individuo para que en cada calle, vigilara las casas y tiendas a fin de que los enfermos no estuvieran desamparados y ordenó que los boticarios vendieran los remedios a precio de costo y que a los menesterosos se los otorgara gratuitamente.

El Obispo Minayo distribuyó seis pesos de plata diariamente mientras duró el contagio y acumuló en su palacio una considerable cantidad de azúcar, carne, pan y otros alimentos que eran repartidos a las familias que habían sido atacadas del mal. En el patio de su residencia el Señor Minayo acopiló grandes porciones de hierbas medicinales para que sin trabajo de ir a buscarlas, pudieran tenerlas de balde y a la mano los ricos y los pobres.

La Provincia de Quito pasaba por un período de intensa prueba. La Ciudad presentaba un trágico aspecto. Montones de cadáveres se apilonaban a la entrada del Hospital de la Misericordia. Era imposible dar inmediata sepultura a tantos muertos. El oficio de los enterradores era sacar los cadáveres de las casas, Hospital y calles y acarrearlos a grandes fosas abiertas en el Cementerio de El Tejar o en los pequeños cementerios que tenía cada parroquia. Cuando faltaron sepultureros se dió este oficio a los presos de la Cárcel y a los que estaban condenados a muerte por delitos; y entonces pudieron aprovecharse unos para huír y muchos para robar y saquear las casas donde entraban; algunos eran tan perversos que ponían sus inmundas manos sobre las personas sanas si no les daban el dinero que ellos pedían. El distintivo de los

sepultureros era llevar campanillas atadas a los pies. El Santo Oficio proporcionó una buena cantidad de gorros rojos, de los que usaban los verdugos, para que los enterradores fueran fácilmente reconocidos y saber cuando se acercaba uno de estos hombres y no toparse con ellos o solicitar su ayuda cuando era menester.

La peste iba tomando inmensas proporciones: primero fueron los enfermos por cientos y después por miles. Como los enterradores no se alcanzaban a sepultar a tantoapestado, quedaban numerosos cadáveres tendidos en las calles y en las puertas de las casas durante varios días, y esto produjo un gran hedor y emanaciones pútridas en toda la Ciudad. El Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor se iba quedando sin médicos ni sangradores, pues poco a poco, iban éstos cayendo con el mal; entonces fueron reemplazados con barberos en la curación de los enfermos. A los niños pequeños que quedaban sin madre los mandaban al Hospicio de Jesús, María y José, de reciente fundación.

En la Ciudad había cesado todo ruido de carrozas y caballos; todo estrépito de talleres o pregón de los vendedores; voces de adultos y juegos de chiquillos. Tan sólo oíanse las quejas y lamentos de losapestados y los lloros de los que habían perdido seres queridos: las únicas voces altas eran las de los sepultureros dando órdenes a gritos y el monótono murmullo de los que rezaban en las iglesias y en las calles. Mucha gente temerosa del contagio andaba con trozos de lienzo empapados en vinagre aplicados en forma de vendaje en las narices. Tenían que caminar con mucho cuidado para no tropezar con algún cadáver o enfermo.

Algunas casas por sospecha o temor estaban con las puertas cerradas; otras deshabitadas por invasión de la peste las tenían de par en par abiertas y muchas estaban marcadas con cruces hechas a carbón, indicando a los sepultureros que allí había muertos que recoger.

Una mañana sacaron de un lujoso edificio de la Plaza Mayor una familia entera que había perecido; sus ca-

dáveres desnudos fueron llevados en una carreta y en sus carnes se veían las terribles señales de la pestilencia. Como eran adinerados y sus ropas eran lujosas, los enterradores les habían robado sus prendas de vestir.

Terrible azote que hizo salir de su convento a Fray Jerónimo de Caso y recorrer las calles cubierto de cilicios, vertiendo lágrimas y gritando:

Brujería! Brujería! La Ciudad está en maleficio! Hemos caído en hechicería. Aplaquemos la cólera divina entregando a los culpables a la Santa Hermandad.

Fue suficiente este pregón de alarma, para que el pueblo encontrara enseguida a la bruja causante de tan terribles males. Y la víctima fue una infeliz mujer del pueblo llamada Dorotea que andaba enamorada perdida de Don Apolinario Aguilar y Pimienta, hermano de Don Francisco, Cura de la Parroquia Matriz, naturales ambos de Cartagena. Según se supo, Don Apolinario correspondió a su amor durante un corto tiempo; pero luego rechazó avergonzado a la plebeya enamorada. Y la venganza de la hembra fue un "embrujo" que le ocasionó la asquerosa enfermedad que después se propaló por toda la Ciudad, siendo el primer fallecido Don Apolinario, que expiró dando alaridos y retorciéndose como un condenado. También esta mala "bruja" con sus unguentos había untado las puertas de la Catedral y echado pestíferos venenos en las pilas del agua bendita.

Toda esta información fue dada por un antiguo amante de Dorotea. Llevada esta desgraciada ante los Santos Tribunales de la Inquisición, después de un ligero juzgamiento en que la acusada juró que era inocente y de rodillas pidió misericordia a sus verdugos, la atenacearon cruelmente y así martirizada fue llevada a un gran sitio abierto que había a un costado del Convento de los Franciscanos; allí encendieron una hoguera y le quemaron los pies y las manos.

Pero, no por ello amenguó la peste. No eran eficaces, tampoco, las plegarias, ni la ruda, el romero, la hortiga y la hierbabuena; ni los Barberos con sus sapos y

sanguijuelas; ni el vinagre y el agua de los tres "pitercos" tomados en ayunas. En vano andaban los quiteños con collares de "zhimbalos" al cuello y reducían a polvo las heces de los "cuyes" para tomar con aguardiente. Todos estos remedios resultaban inútiles y las personas morían como moscas atrapadas en miel. Nadie entraba ya en la ciudad de Quito; tampoco era permitido salir de ella y había el peligro de que sus habitantes quedaran reducidos a un montón de cadáveres.

La peste fue detenida en los alrededores de la Ciudad mediante barreras de humo producidas con paja encendida. Ante tan espantoso avance de la enfermedad, el Obispo Miñayo publicó un edicto convocando al pueblo para organizar una procesión que aplacara la cólera divina. En efecto, al siguiente día salió de la Catedral una solemne procesión presidida por el Obispo, Presidente, comunidades religiosas, clero secular y regular y seguida por toda persona que no había cogido la epidemia. La mayoría de los asistentes iban descalzos, con hábitos y cilicios de penitencia; algunos llevaban ásperas cuerdas al cuello y el cordón de San Francisco en la cintura. No faltaba quien a grandes voces confesaba sus pecados y se azotaba el medio cuerpo que llevaba desnudo. Todos tenían en su mano una cera de Castilla encendida. A la cabeza de la procesión iba la estatua de San Roque, Patrono de las Pestes y una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe Abogada de Calamidades.

La procesión no acabó con el flajelo; al contrario; la aglomeración de gente ocasionó un nuevo y vigoroso brote pestífero y, a los pocos días, murieron más de mil personas. Y es durante este recrudecer del mal cuando el viejo Julián Araña y su mujer Emperatriz encuentran a Juanita.

El portero del Palacio del Obispo ayudaba un cierto día a los sepultureros a recoger los cadáveres sacados del Hospital, cuando al retirar con los pies un montón de ellos que habíau dejado en la mitad del zaguán impidiendo el paso, vió un rostro bello de niña que sin tener en él

las huellas de la peste estaba intensamente pálido. La separó del grupo y la tendió sobre uno de los bancos de la entrada. Llevaba puesta la niña una camisa vieja y estaba envuelta en una sábana sucia, y comprobó que el mal que había atacado el cuerpecillo, respetó la linda carita de la niña. Lleno de compasión, el portero resolvió enterrarla por separado comprándole una cajita. Pero, cuál no sería su sorpresa cuando al volver con el féretro, la halló con los ojos que los abría y los cerraba y alcanzó a oír esta súplica:

—Agua!... Agua!... Mamá, agua!... Entonces la llevó a su casa y se la entregó a Emperatriz, diciendo:

—Te traigo esta linda niña que la encontré en un montón de muertos. Mírala; es tan bonita que se la ama en seguida que se la ve. Si sana haré a la Santísima Virgen de Loreto la promesa de adoptarla y le daremos nuestro apellido. Nosotros ya pasamos la peste, que Dios quiso que nos diera benigna, y, por lo tanto, estamos ya libres de contagio.

—Es una hija que Nuestro Señor nos envía— respondió la mujer— Como no tenemos ningún retoño, ella será el consuelo de nuestra vejez.

Juanita salvó de la muerte gracias al esmerado cuidado de Emperatriz y cuando la niña ya pudo hablar le interrogó la vieja:

—Cómo te llamas?

—La Chatita, me dicen.

—Eso no es un nombre. Te acuerdas de otro?

—También me dicen Juanita.

—Bueno, Juanita. Y tu apellido?

—Me llaman la hija de los Diguja.

—Sería Diguja tu papá. Dónde están tus padres?

Murieron al comienzo de la peste. Yo no tengo hermanos ni parientes. Acabamos de llegar de una ciudad lejana, lejana... nos trajo un barco, después hasta aquí vinimos en mulas, y a los pocos días de estar en esta Ciu-

dad, atrapó la peste a mis padres y murieron. Yo viví, entonces, donde una señora que me recogió, pero un día nos apestamos todos los de la casa y nos llevaron al Hospital.

—Cuántos años tienes?

—Oí que iba a cumplir nueve.

—Pues bien, Juanita; ahora serás nuestra hija y te llamarás Juanita Arana.

Y desde entonces quedó la chiquilla bajo el amor y protección de los dos buenos porteros del palacio del Obispo.

Mientras tanto, la epidemia ya iba perdiendo su virulencia. Era la iniciación del invierno y las constantes lluvias iban terminando con la epidemia; como también ésta fue una buena escoba que barrió con muchos pícaros. Poco a poco volvió la normalidad a la abatida Quito y, entonces, como no era posible que la Ciudad quedara des poblada, se apresuraron sus habitantes a reponer a tanto muerto y abundaron los casamientos a tal extremo que en un día contrajeron el santo sacramento del Matrimonio cincuenta felices parejas.

—Pero, ¿quién se acuerda a estar con ellas? — decía desconsolada la vieja.

* * *

Juanita crecía bella y feliz junto a sus padres adoptivos, pero, pese a las severas amonestaciones de misiá Emperatriz, la chica era rehacia a la virtud: culebreábale en el cuerpo un diablillo que no le daba sosiego un instante y le hacía pasar las horas en un ventanuco que daba al portal.

—Niña —decía la prudente mujer a la chiquilla— no enseñes los dientes a todo mozuelo que pasa por tu delante.

—Pero si los tengo bonitos, por qué no los he de enseñar —respondía la coquetuela.

—Esa no es una razón: Dios nos manda que las mejores cosas que él nos dió tenemos que llevarlas ocultas para evitar el pecado. Te pasas las horas muertas en la ventana; eso es muy feo. Si no lo sabes te lo voy a decir. Hay un versito que te retrata de cuerpo entero y te señala con el nombre que mereces llevar:

“A la mujer que es coqueta
no se le quita la maña,
de estar parada en la puerta
o en el balcón, como araña”.

Cuando papá Julian recibía de su esposa las quejas contra la inquieta mocita, solía contestar:

—Déjala mujer; ella no tiene la culpa, qué clase de sangre le correrá por las venas?. No te has fijado en su cuerpo y cara, ahora que ya está hecha una mujer?. Es una belleza gitana de mala casta. Gitanos hechiceros, de esos ladrones que el diablo les dió una baraja mugrienta para hacer brujerías han de haber sido los padres de Juanita. Es una zahorí, es un demonio, por qué te empeñas en que salga de ella una monja o una santa?. Déjala, mujer, ya le haremos casar y con eso todo quedará terminado.

—Pero, quien se atreverá a casar con ella? —decía desconsolada la vieja.

—Para todo hay hombres, hija mía. Ya lo verás...

Y llegó para Juanita la hora de dejar sueltas las bridas del querer. Y su corazón fue golpeado cuando miró los ojos de Don Lucas y sintió sus manos prisioneras en las manos del español. Y luego los besos de pasión y aquel comerse de sus dedos, que él decía que eran rosas de los cielos.... Y la imagen del sevillano se alzaba con gallardía en su pensamiento, y las oleadas de amor le iban subiendo del corazón a la cabeza.

Las citas entre los amantes eran frecuentes, y los pórticos, callejuelas, plazas, bosques y jardines ampararon su pasión. Mientras Juanita bañaba en lágrimas sus mejillas

y sus ojos encerrada en su humilde cuartuco, Don Lucas en su palacete arranca melodías a su clavicordio y le cuenta su querer. El escándalo de este amor rebota hasta el Presidente Muñoz de Guzmán y el Obispo Calama, que levantan las manos al cielo y se congestionan de indignación. Doña María Luisa Exterripa se desmaya de soberbia y los viejos Arana dan una terrible azotaina a la mocita enamorada.

Y llega la cita postrera. En una casita en los alrededores de la Capilla del Bélen se ven por última vez los cuitados. La entristecida voz de Don Lucas, habla:

—Juanita, el Presidente, mi tío, me ordena regresar a España.

—Llevadme con vos, Don Lucas —suplica la dolid.

Es imposible chiquilla. Me mandan custodiado: diría que soy casi un prisionero. La esclarecida estirpe de mi tío es nuestra desgracia. Pero te juro que volveré pronto, y entonces, será para llevarte conmigo.

—Cuánto tiempo debo esperar; Don Lucas?

—Vas a plantar un rosal y cuando sus varas florezcan estaré a tu lado...

—Me lo juráis?

—Te lo juro.

Y la silueta del caballero, al abandonar la casita, se esfumó en la penumbra del atardecer...

El Obispo Calama había aplacado su cólera contra su buen servidor, bajo la condición de que su pupila sería encerrada en un convento; de lo contrario, tendrían que abandonar la portería del Palacio. Mas, Juanita se resistió a profesar. Puesta de rodillas y bañada en llanto suplicó a sus protectores:

—No me llevéis, por ahora, al claustro; he sembrado en el jardín un rosal y, os juro, que cuando flozcan sus ramas me encerraré entre las paredes de un monasterio.

Conmovidos los viejos accedieron a este pedido que fue aprobado por el Señor Calama.

Presurosa camina Juanita una mañana en dirección al Cementerio de El Tejar; lleva en sus manos unas va-

ras de rosas. Llega a las puertas del Convento y pregunta por el sepulturero. Sale el buen hombre que es amigo de Julián e interroga:

—Qué deseas, hermosa chiquilla? Qué buscas en este fúnebre sitio, pimpollo de rosa?

—De rosas, precisamente, vengo a hablarte, Tomasito. Deseo me hagas un favor. Acompáñame a buscar un lindo sitio para plantar un rosal.

—Un lindo sitio? Acaso hay lugares bellos en un cementerio? Pero, hágase lo que deseas; vamos, Juanita.

Y cuando el rosal fue plantado, dijo la desventurada: —Tomasito, cuando florezca el rosal ve a mi casa que yo quiero verlo; estaré aquí en el día siguiente para aspirar su perfume. . . .

Pasaban los días. El rosal del jardín del Palacio del Obispo se llenaba de pimpollos . . . Poco después empezaron a reventar sus botones y lució al sol una bella rosa blanca . . . Juanita se estremeció cuando la vió; sus manos la palparon y tuvo la flor el rocío de los lindos ojos de su jardinera: lágrimas que ella no sabía si eran de dolor o de alegría. . . .

Los días seguían pasando y las rosas brotando y Juanita atisbaba ansiosa por la ventana a ver si por el portal venía el sevillano de los luceros moriscos.

—Volverá el caballero? Cumplirá su juramento? . . . —se interroga la cuitada.

El rosal, después de su exhuberante brote, empezó a secarse. Entonces dijeron los viejos:

—Hija mía, la última rosa ya está muriendo; hora es de llevarte al Convento.

Juanita corrió al portal, porque oyó pasos que venían y se dijo:

—Ya viene el caballero; el de los ojos moriscos y de los besos de fuego!

Y el que venía era el sepultero. . . .

—Juanita —dijo Tomás— tu rosal ha florecido; está todo vestido de blanco. Te espero a que lo veas?



Vista parcial de la Fachada del Palacio de San Carlos, en la Capital Colombiana

—Sí; mañana por la mañana....

Al día siguiente Don Julián y Doña Emperatriz entraban al Cementerio de El Tejar, llevando una cajita tan blanca como las rosas.

Porque Juanita se tomó un veneno cuando el rosal floreció.... y quedó para siempre dormida bajo las rosas que un día acolcharon la calle por donde pasó el caballero de los luceros moriscos.

El enterrador del Cementerio de El Tejar estaba entristecido con el fin trágico de Juanita. Y su pena era muy honda porque los frailes del Convento de la Recolección no quisieron bendecir el sitio donde fue sepultada la suicida: la Iglesia Católica no permitía, entonces, enterrar en lugar sagrado a quienes se quitaban la vida; menos aún, ponerles el signo de la Redención. Pero, Tomasito que amaba a la niña, talló una rústica cruz para esconderla entre los rosales que cubrían la tumba. Fué al Cementerio a cumplir su deseo; mas, quedóse lleuo de asombro cuando halló que el blanco rosal había empurpurado sus pétalos!...

Desde aquel día, dice la leyenda, jamás nacen rosas completamente blancas en el Cementerio de El Tejar. Siempre que allí son sembradas, cambian su albura por el tinte escarlata, o, cuando menos, brotan con salpicaduras de bermellón en sus corolas.

La calle de "Sábana Santa"



A perdiéndose la noche: avanza entre silencios y tinieblas hacia el claror multicolor de la madrugada. Mueren, poco a poco, los rutilantes farolillos del firmamento. Tras breve lucha con las sombras y los nubes, se alza radiante el sol sobre la cima de las antiguas "tolas" incaicas. Besa el astro con su rayo la cúspide del Itschimbía y bañanse en oro las torres y las cúpulas de las iglesias quiteñas.

Canta el gallo rompiendo con su aleteo la paz hogareña. Los arrieros taladran los oídos con el penetrante silbido que anima a las bestias, que golpean con su paso cansino las puntas del desigual empedrado de las calles. Las campanas tienen voces insistentes de llamada y hay en los templos rumores de plegaria. La ciudad ha despertado; ha vuelto a la vida dulzona, adormida y tranquila de fines del siglo XVIII.

Sale a la calle la dama devota y madrugadora. Va en caravana de siervos que llevan los arreos para el místico quehacer. Todo el cortejo marcha a paso menudo y calmoso hasta la próxima iglesia parroquial de San Blas.

De alta alcurnia parece la señora a juzgar por su vestimenta y por el airecillo orgulloso y altanero, que, entrándole, tal vez, por las naricillas respingonas se le extiende por todo el cuerpo.

Lleva amplia saya de seda, llena de adornos y cintajos, pues aquel día era de fiesta, de aquellos de recio repique de campanas. Ocupa la "crinolina", que oculta bajo su vestido, toda la angosta vereda de la calle. Parece la dama una masa redonda con tapete, que llevara encima el retrato en bulto de su dueña.

Antigua moda que nació en Francia con el nombre de "guard' enfant", pues la inventó una elegante dama de calidad, que tenía que encubrir una falta de honor. En España se la llamó guardainfante y en tierra de América, "crinolina" y "polizón". Moda reñida con toda armonía de belleza; un desatino de las bellas de aquel tiempo, que, en su afán de bien parecer, llegaron a usar un deformante añadido que visto a través de los años, nos hace igual efecto que, si en alguna época, los hombres hubieran usado joroba postiza. ¿No nos parecería fuera de tono esta monstruosidad fingida? Pues igual la "crinolina" o "polizón".

Con gracioso balanceo de barca camina la hermosa. Con las finas manos cubiertas de mitones bordados, alza la armadura de juncos forrados de tafetán de su elegante vestido y sube majestuosa las gradas de la iglesia de San Blas, luciendo en su ascensión el chapín de raso y las finas medias bordadas de abalorios.

Preocupada se le nota a la dama durante los divinos oficios. Hay inquietud en las negras pupilas que se fijan suplicantes en la imagen de María, que resplandece en el altar. Tenue suspiro agita el corpiño orlado de puntillas y lentejuelas. La superstición ha hecho presa en el corazón de la mujer que temerosa espera los brumosos atardeceres, precursores de la noche, cuando las tinieblas son propicias a sombras fantasmales.

Al poner la limosna en el platillo de latón adornado con una efigie milagrosa que le presenta un monaguillo,

los labios de la dama han tenido un murmullo que es casi una oración:

—“Por el eterno descanso del alma del “aparecido”!”

La ofrenda de la pequeña moneda tranquilizó un tanto el agitado espíritu de la señora, que en suspiro de alivio desahogó el inquieto pecho. Terminadas las ceremonias divinas, volvió a lucir su airecillo orgulloso y altanero por las dormidas calles quiteñas.

Doña María de Quesada y Marfil habitaba en la casa esquinera de la Calle Real, a una cuadra de la Plazuela de San Blas, a mano izquierda viniendo desde dicha plaza. La casa era espaciosa, llena de recodos y de patios grandes y pequeños y según la arquitectura de la época, en ese estilo antiguo español, tan falto de elegancia, pero sí lleno de sol y comodidad. El edificio lucía en la fachada cuatro ventanucas pequeñas recortadas en el muro, en el cual había un gran espacio liso en el ángulo esquinero de la casa.

Doña María era viuda y tenía a su cuidado cinco hijos varones, dos sobrinos y un enjambre de siervos y siervas, entre mestizos y negros, como era obligatorio en aquellos tiempos, en las casas que presumían de abolengo.

La muchachada era, naturalmente, traviesa e inquieta, y, mientras el sol hacía su recorrido sobre la católica Quito, todo era algarabía y bullicio en la grande y vetusta casa; pero cuando la casona se envolvía en la penumbra del anochecer, entonces, medrosos los muchachos de los cuales el mayor no pasaba de quince años, se recogían en el oratorio de Doña María, para rezar el obligado rosario, cuya salmodia jamás faltaba en ningún hogar que se preciara de moral y cristiano.

Justo era el temor de los mocitos, pues se decía que “una alma en pena” recorría por las noches los pasadizos de la casa de Doña María y que tenía “predilección” por visitar el aposento de la virtuosa matrona, la cual, debido a las frecuentes “apariciones” del fantasma, iba perdiendo el colorido rosáceo de sus mejillas.

Es natural que la dama rezara toda la noche en su alcoba, pues nadie, ni hijos, ni parientes, ni criados querían tener que habérselas con el «aparecido» que tan frecuentes visitas hacía cerca del lecho de Doña María.

Con el apagarse del último farolillo de la casa y cuando en la ciudad había sonado «el toque de queda», el pícaro fantasma salía de no se donde, para infundir pavora en los buenos habitantes de la casona que, masticando oraciones, ponían cerrojos y palos en sus puertas, como desesperada defensa material, ante un posible ataque del «espíritu en penas».

Que Doña María se consumía con más rapidez que un cirio pascual, era cosa que saltaba hasta la vista de un miope. Que la ilustre dama dormía profundamente la siesta de medio día, por las noches con vela encendida que se pasaba por culpa de el «alma bendita», también era notorio a todos los habitantes de la noble mansión. Que la dueña de casa tenía horror y miedo cuando se apagaban las velas de sebo de los faroles y de las que pegadas contra los muros de las cocinas, chorreaban sus lágrimas en las ennegrecidas paredes, también daban testimonio los menos perspicaces; juzgando en su malevolencia, que la señora se iba volviendo loca. Pero locura que sólo se traslucía cuando se trataba de apagar las velas.

Aquella mañana Doña María de Quesada y Marfil tenía su rostro en consonancia con su apellido. Interrogada por la causa de aquel blancor que la nimbaba y embellecía aún más, contestó que el «aparecido» había por fin hablado y que ya sabía quién era y lo que deseaba esa pobre alma atormentada. Y contó lo siguiente:

La voz del sereno que dormitaba en la esquina de la calle Real, al pie de la ventana de la alcoba de Doña María gritó: «¡Las diez y nubladooo!...» La dama apagó la vela que mortecina parpadeaba sobre la mesita de noche, cuando oyó un ruido en la recámara que estaba junto a su alcoba. Temerosa se cubrió con las ropas del lecho, y entonces percibió una tenue voz, como de alguien que le hablara a gran distancia. Dijo:

--María, vuélvete para la pared; no me veas ni me hables. Soy el espíritu del clérigo Oviedo, Cura Párroco que fui de San Blas, que estoy en penas por pecado de avaricia. A la derecha de tu cama, en la pared que comunica con la recámara, hay una alacena disimulada con ladrillos donde, hace mucho tiempo, enterré una cantidad de joyas, onzas de oro y plata labrada. Mira para allá; pero no te vuelvas hacia donde sale la voz.

Pero la visionaria que era curiosa como somos todos los humanos, hombres y mujeres--alzó quedamente el esbozo de la sábana y miró recelosa al sitio de donde salía la voz. Entonces distinguió un bulto blanco que tenía la altura y la posición de un hombre genuflexo. Sudorosa, medrosa y angustiada la mujer vió que el sitio indicado ardía en luces azulinas y que la parte del muro, en la cual estaba incrustada la alacena, se volvía transparente, quedando a la vista de la aterrada Doña María de Quesada, tres cofres de hierro en cuyo fondo refulgía la maravilla de un gran tesoro.

Un doloroso suspiro emanó del "aparecido"; las blancas vestiduras se agitaron y tiñéronse de azul con el brillo del antimonio que despedía la maravillosa alacena. El "alma en penas" continuó así:

--Saca este "entierro" con tu hijo mayor, Joaquín; que los demás no te ayuden porque son espíritus inocentes y disfruta de estas riquezas que fueron mías, como a bien lo tengas. Sólo te pidó que cada año, el día de San Lorenzo, abogado de las Almas del Purgatorio, y cuya fiesta se celebra el 10 de Agosto, me hagas decir una misa cantada. También te pido--y esto aliviará en gran parte las penas que tengo que sufrir--que hagas pintar en el lienzo de pared que hay en la esquina, en la fachada de tu casa, un cuadro de Nuestro Señor Jesucristo envuelto en su santo y blanco sudario.

La visión se esfumó y Doña María no volvió a juntar los párpados hasta que una débil claridad que entraba por las mal unidas tablas de las puertas, le anunció que el día era hecho.

Meses después los sorprendidos quiteños vieron que en la fachada de la casa de Doña María, varios hombres subidos en altos andamios pintaban un cuadro de grandes dimensiones donde se bosquejaba la figura de Jesús extendido sobre blanquísima sábana.

Cuando el cuadro fué terminado y el muro quedó libre del andamiaje, se vió claramente la enorme efigie, cuyas proporciones descomunales le hacían imponente, a extremo tal que la chiquillería quiteña, asustada y temerosa pasaba en rápida carrera por delante del cuadro. A cien pasos de distancia todavía resultaba majestuosa la figura del Mártir.

Y aquella esquina, y aún parte de la calle que hoy día se llama "Guayaquil", y que antiguamente fuera la "Calle Real", fué bautizada por el pueblo quiteño con el sugestivo nombre de "La Calle de Sábana Santa". Nombre que todavía es pronunciado con amor y orgullo por algunos labios que el tiempo y la amargura los plegó y los marchitó.

Doña María no intentó aprovechar el tesoro escondido. Temerosa, dicen, vendió la casa sin abrir el muro donde tuvo la visión de la misteriosa alacena y se ausentó con los suyos a extrañas tierras. Mas, cuentan los viejos quiteños, que durante muchos años, el día de San Lorenzo, oficiaban una misa cantada en la Iglesia de San Blas, pagada por Doña María y después por sus descendientes, aplicada al eterno descanso del Cura Oviedo.

El tiempo borró la leyenda. La casa tuvo varios dueños en el transcurso de los años y, finalmente, la alcoba de la dama de abolengo, Doña María de Quesada y Marfil, fué ocupada por un pobre artesano, un humilde carpintero de apellido Maldonado, que después de habitar un tiempo en la histórica y vetusta casa, compró el inmueble. Y cual si entre sus muros hubiera hallado la "Lámpara Maravillosa", se le vió derrochar hermosas onzas de oro, en tal profusión que, a pesar del lujo y boato que gastó durante el resto de su vida, pudo legar a sus hijos una gran fortuna compuesta de muchas onzas de oro.

Prinicias de la Cultura de Quito

Por Gonzalo Rubio Orbe.



E ha dicho que la prensa—o mejor el periodismo—constituye el cuarto poder de un Estado. Esta afirmación tiene su razón muy justa y lógica, porque un periódico orienta o descarrila la opinión pública, encauza y dirige la obra nacional o desorienta y destruye la acción cívica según sea su contenido y su ética.

Un buen periódico puede ser, para un país y para su pueblo, la brújula que orienta la opinión hacia los caminos racionales y convenientes; pueden ser ideas y pensamientos que orienten y dirijan las acciones de los gobernantes y canalicen también las acciones del pueblo, para que éste no se entregue a déspotas y tiranos, ni se niegue a ofrecer su aporte y contribución para cristalizar en hechos y realidades los buenos empeños; puede ser la más eficaz fuerza que ponga al desnudo la verdad, para que ella sirva de información y balanza de justicia de los ciudadanos y descubra las fuerzas y engaños, para que también puedan evitarlos y aislarlos; puede ser el que encuentre a los auténticos valores humanos para las faenas edificantes y señale a los pícaros y audaces que, escudándose en poses de falsos apóstoles o líderes o en los grupos políticos de oportunidad, se empeñan sólo en el lucro personal. Puede, en fin, ser la más alta y digna tribuna que norme, regule y oriente la marcha y progreso de un país y sancione y aisle todo lo que puede ser factor negativo o podredumbre.

Un buen periódico, cuando tiene por norma de su existencia y por inspiración de sus plumas la verdad, la justicia y el bien público, puede y debe, justamente, convertirse en ese cuarto poder de un Estado, que equivaldría al sentido, a la ruta, a la norma de los buenos gobiernos.

Si con estas cualidades la ubicación periodística va a la oposición, el bien es mayor, porque se transforma en fuerza equilibradora; en freno para los abusos y atropellos; en poder normador y fiscalizador que va midiendo las acciones de los hombres y los destinos que se dan a los intereses nacionales; viene a ser un termómetro que beneficia a los que combate, porque les detiene en los yerros y ofuscaciones, y viene a ser, en particular, beneficio colectivo y nacional porque su oposición de lucha, abierta y elevada, franca y altiva, va evitando el gregarismo, las camarillas, los atropellos y abusos, las indiferencias y olvidos, las irresponsabilidades y los descuidos.

En cambio, una prensa venal, mercantilista, puesta al servicio de las camarillas y de intereses sectarios, constituye el mayor daño para un pueblo, precisamente por el poder que tiene, por el recurso poderoso de la impresión y orientación que hace en los hombres y en las colectividades, por los efectos psicológicos que desarrolla en los grupos humanos.

Si todo periodista hiciera siempre un análisis de su responsabilidad, de los efectos y consecuencias que producen sus ideas, sus datos de crónicas o de información, viviría siempre en una eterna depuración del espíritu y las ideas: hallarían que su obra es eterna consagración a una de las causas más trascendentales y de más elevada responsabilidad: la de orientar la vida de gobiernos, colectividades y personas.

Nuestro Gran Espejo fué el iniciador de esta gigantesca y trascendental labor en nuestra tierra. El publicó el primer periódico y este hecho es suficiente para su inmortalidad.

Más aún, Espejo que fué un excepcional patriota, que siempre vivió preocupado por la mejor suerte de su tierra en todos sus aspectos, que siempre encaminó su pensamiento hacia las causas nobles, hacia las acciones positivas; entendió, por razón y convencimiento, el fin y destino de un periódico y creó sus **Primicias de la Cultura de Quito**, rodeándolas de todas las virtudes y valores del buen periódico. El mismo se elevó en sus producciones, sublimando su virulencia, dando sentido colectivo a sus problemas y transformándose en el maestro de su pueblo.

Espejo entendió su misión periodística con un elevado sentido de responsabilidad; por eso se consagró en ella a las causas nobles: no descendió a la pasión personal ni a la defensa de intereses particulares mezquinos; por eso es que no mercantilizó su pluma ni sus ideas, ni adoptó la posición de adulador conforme.

Desde esa alta tribuna del pensamiento colonial, Espejo no sólo que fundó un periódico, sino que estableció cátedra ejemplar de un pe-

riodismo honrado, digno, responsable y altivo; de un periodismo consagrado a hacer Patria, a procurar su progreso y desenvolvimiento, sin intereses ni cálculos personalistas, sin humillaciones morales ni económicas. Por eso creemos que el significado del fundador del primer periódico de la Real Audiencia de Quito, debe estar ponderado al máximo, con la cualidad de su periódico y, por ende, del periodista.

Nuestro gran patriota había transmontado los linderos del crítico y polemista para llegar al campo de la acción. Es verdad que en sus publicaciones anteriores enseñó e ilustró a sus lectores; pero desde que fué bibliotecario y después pionero de la SOCIEDAD AMIGOS DEL PAIS, Espejo fué ya el maestro y el educador que, en lucha abnegada y de sacrificio, trabajó por la realización de sus ideas. No llegó a ocupar la docencia en la cátedra de ningún colegio o universidad; su plan fué más amplio; abarcó todos los sectores; diríamos que fué total, y por eso buscó las posiciones desde las cuales pudo ser maestro en forma más extensa y amplia. Teniendo un horizonte tan vasto, una obra tan ardua y compleja que realizar; no pudo desestimar que el periodismo resultaba la mejor tribuna para enseñar a sus compatriotas, para enderezar procedimientos y para encauzar la opinión pública. Sobre el valor del periodismo y su gran poder decisivo en un Estado, hemos hablado ya. El Dr. Espejo creó este Poder, por primera vez en la Real Audiencia de Quito, con la publicación del primer periódico aparecido en la Capital. Espejo tomó a su cargo este Poder, y por sólo este acto habría pasado a la inmortalidad en nuestra cultura. Supo manejarlo con la pulcritud y honradez más diáfanas, con la nobleza y decencia que exigen las grandes causas del progreso colectivo, y esto sólo, es suficiente valor.

Su redactor mismo lo llamó "despertador de la opinión pública" y lo encauzó como destinado a batallar contra los abusos de los malos gobiernos y al desarrollo de los asuntos literarios.

Siete números y una Instrucción previa llegaron a publicarse. No será posible prescindir de un análisis un tanto detenido de esta producción tan valiosa; ya porque ello es una fase nueva de la personalidad del escritor, como por su trascendental valor. Por eso nos dedicaremos a revisar cada uno de sus números.

"Instrucción previa sobre el papel periódico PRIMICIAS DE LA CULTURA DE QUITO" se llamó la hoja que circuló como anuncio de una nueva etapa en la brega del progreso de nuestra cultura.

Entre los pensamientos más salientes de esta hoja se encuentran reflexiones sumamente valiosas sobre la nacionalidad, el patriotismo y el mejoramiento de la Audiencia. En el análisis de la realidad quiteña se lamenta que "los mejores espíritus han sido arrastrados al torrente de los vicios de su siglo", y, más aún, el que las personas cultas vean "con indolencia la desgracia ajena, les observamos víctimas sacrificadas a la tira-

nia de la barbarie y el mal gusto" (1). Anhela el mejoramiento de su Patria en la misma forma como había logrado Europa. Es verdad que no emprendió un viaje más largo que a Bogotá, pero sus múltiples lecturas le ilustraron sobre el estado en que permanecía nuestro continente y el progreso a que había llegado la cultura allende los mares. Esperaba que para estas tierras suyas también llegaran las "luces destinadas a descubrir nuevos objetos, fijar en ella conocimientos menos dudosos; y hacerla el seno de donde fluya al resto del globo un manantial precioso de educación, de gusto y de cultura" (2). A más de la lamentable postración de su tiempo se queja de la "falta de libros, instrumentos, medios y maestros que nos indiquen los elementos de las facultades y que nos enseñen el método de aprenderlas". Frente a esta pobreza espiritual anunciaba una clarinada, la aparición de las PRIMICIAS DE LA CULTURA DE QUITO, desde cuyas columnas iba "a cultivarse las letras, a adelantarse los conocimientos, a establecerse con solidez una universidad, un nuevo Plan de Policía, una sociedad patriótica, una reforma civil" (3). El periódico era la voz naciente y la fuerza de progreso cultural de la Audiencia. El espíritu patriótico y constructor del periodista planeaba ya la enorme obra que estaba encargada a desplegar una publicación de esta índole.

Anticipándose a la opinión de cualquier estudioso de los géneros literarios de nuestro tiempo, señaló ya lo que debe contener un periódico. Sus páginas debían ser "al mismo tiempo que amenas, instructivas; sin pesadez, eruditas, sin pedantería, uniformes con variedad, y diversas sin confusión".

El Núm. 1. El día jueves 5 de enero de 1792, Quito fué, felizmente, sorprendida con la aparición de su primer periódico. "Primicias de la Cultura de Quito", fue el acertado nombre de esta publicación. Gigantesca y luminosa cristalización de un sueño visionario de ese gran mestizo que se adelantó vertiginosamente a su tiempo y quiso llevar en su carrera heroica a su Patria y a su pueblo, hacia épocas mejores. El periódico anunciaba clarinadas de nuevos horizontes. Las páginas de una defectuosa tipografía traían: Literatura, Avisos Interesantes y una Sección de Suplemento. En el estudio de literatura ofreció un trabajo de hábil comparación del estado de la cultura, de los conocimientos y las ciencias en Quito con la edad del hombre. Ambos, decía, vivían en aquel entonces una etapa de niños, que equivalía a una ignorancia y miseria espiritual y moral. Es verdad que no era tan exacta la

(1) Escritos de Espejo. Tomo I. Pág. 4.

(2) Escritos de Espejo. Tomo I. Pág. 5.

(3) Escritos de Espejo. Tomo I. Pág. 8.

comparación que hacía Espejo, pero su intención fué intuitiva. Para salir de esa postración invitaba a la lectura del periódico; a la orientación de las actividades en el sentido del progreso; reclamaba el sacudimiento de la indiferencia y el marasmo de todos los coterráneos para luchar por una Patria mejor.

Entre los Avisos constaba el relativo al establecimiento de la Sociedad "Amigos del País". El Suplemento traía una carta al maestro de primeras letras de Quito.

Esta carta tiene una importancia muy grande en el campo didáctico, no sólo considerada para la época que se escribió, sino hasta para nuestros días. Su importancia nace de los temas allí tratados. Pues si no conociéramos el estado de la educación en la Colonia, podríamos pensar que Espejo fué un personaje informado en corrientes pedagógicas muy avanzadas.

EL PEDAGOGO

Muchas de las obras de Espejo son de tendencia didácticas. La crítica a la enseñanza de los jesuitas, al Plan de Estudios en vigencia entonces, a la preparación de los médicos y otros asuntos más, pueden ser la producción del hombre preocupado de la suerte de la educación. Pero, en las cartas del periódico surge el pedagogo, el conocedor de las ideas didácticas de su tiempo y, lo que es más, el vidente que se adelanta también a enunciar y trazar principios y normas que mucho después debían ser señaladas por pedagogos y educadores de fama mundial. En este aspecto, el valor del ilustre médico es enorme. La forma de afrontar los asuntos y la novedad de ellos, están revelando una vasta cultura y con ella una nueva fase de ese poliédrico cuerpo de conocimientos, y no sólo de conocimientos de mera erudición sino del hombre docto y profundo, que bien ganado tiene en la historia el calificativo de sabio. En la carta al maestro de primeras letras anotó Espejo sus sorprendentes puntos de vista en materia de educación. Los más importantes pueden resumirse a los siguientes postulados didácticos:

1) Ante todo, reconoce el valor que desempeñan las escuelas y los maestros en la formación de la cultura de un país. "Forman todo el ser científico, moral y religioso de las Repúblicas", dice. De esta importancia nace el valor del asunto que él trata.

2) Asigna un enorme valor a la educación moral y a las virtudes que está llamada a formar la escuela. Después señala en importancia la instrucción. Se refiere a que la escuela no sólo debe atender a estos puntos, sino también a la pulimentación de las costumbres, a la cultura misma y a la educación religiosa. A esta última le asigna una importancia trascendental de acuerdo con su tiempo y con su condición

de buen creyente. Si considerara la educación física, Espejo habría señalado ya, desde esos tiempos, el fin de la escuela hacia una educación integral, como hoy se llama en pedagogía y educación.

3) Pide que la enseñanza a los niños se haga "según la capacidad de cada uno de ellos" (1). La Pedagogía Moderna ha preconizado la individualización en la enseñanza para asegurar mayor éxito y mejor labor, sobre una base firme. Pero esto se ha proclamado con la ayuda y el progreso de la Psicología, la Didáctica, la Psicopedagogía y la Técnica misma de la enseñanza. Espejo se adelantó a sentar este principio en plena Colonia, sin conocer las Ciencias de la Educación y sin haberse establecido, en estas tierras, siquiera algún sistema educativo.

4) Preconiza un desarrollo del razonamiento desde corta edad. Que se enseñe a los niños "a hacer uso de su razón", que se les "acostumbre a que piensen y hagan sus verdaderos razonamientos", dice en sabios consejos. Espejo hubiera luchado en nuestro siglo con magnífica base de éxitos frente a las corrientes pedagógicas actuales; pues sus principios son hasta hoy aspiraciones por las que se lucha en toda reforma educacional racionalizada. En este terreno, nuestro compatriota se había adelantado también más de dos siglos a su tiempo.

5) Pedía que la enseñanza fuera práctica; que parta de las cosas que rodean al niño: la Imprenta, la forma de hacer un periódico y, en síntesis, lo que después se llamarían Lecciones de Cosas, eran ya en el pensamiento del gran quiteño, aspectos que debían tomar en cuenta las escuelas de Quito en el siglo XVII. Los hoy llamados Centros de Interés, la Escuela Activa, la Educación por la vida y para la vida, están encerrando en su filosofía las ideas que nuestro compatriota las dijera en frases tan sencillas.

6) Recomendaba que los maestros despierten en sus educandos el interés y la curiosidad sobre la base de los objetos, para asegurar éxito en la docencia. La Observación del Sistema Decrolyano, las escuelas filosóficas del interés de John Dewey y Herbart, debieran haber hecho justicia, en la historia de este asunto, refiriéndose al pensamiento agudo y penetrante del ilustre Dr. Espejo; pero si esto no ha sucedido, por lo menos, hagámoslo nosotros con un sentimiento de nacionalidad y de revaloración de lo nuestro.

7) De las lecturas de los clásicos griegos debió obtener los fundamentos de la Pedagogía Socrática. Por eso es que recomendaba el método de preguntas y respuestas para despertar la curiosidad en el niño y para enseñarlo, con seguridad, por medio de este método.

(1) Escritos de Espejo. Tomo I. Pág. 21.

allí surgió el hombre de lucha, el convencido que aladeó malezas, se hizo sordo al ladrido de los canes y, con fe y convicción, hizo su confesión de lucha y continuación de su obra. En esta labor emprendió para "seguir dando lugar a que respiren y tomen nuevos y refrigerantes aires los injustamente resentidos".

Del valor literario del Discurso, en parte, hemos hecho ya mención. Hoy vamos a referirnos a su contenido más detalladamente. Estaba dirigido al Cabildo, Justicia, Regimiento y público, con el objeto de llegar al establecimiento de la Sociedad de la Concordia. Iniciaba la magnífica pieza con una elogiosa consideración de los valores de Quito: sus obreros hábiles y constantes que, en pésimas condiciones de vida, sin herramientas, producían obras acabadas y hermosas, eran motivo de elogio. "Todos y cada uno de ellos, sin lápiz, sin buril, sin compás, en una palabra sin sus respectivos instrumentos, igualan sin saberlo y a veces aventajan al europeo industrioso de Roma, Milán, Bruselas, Dublín, Amsterdam, Venecia, París y Londres". (1). Esta fué la posición del mestizo ilustre que hizo la defensa del obrero quiteño perteneciente a su misma raza y clase. De esta consideración se valía para sus reclamos; para pedir atención a la postración social, a la ignorancia en que se debatía el pueblo; para que se capacite en alguna forma al elemento pobre, para que se lo eleve y se lo permita que surja en el progreso de Quito. Con valentía y entereza analizaba la miseria del medio, ya en lo que respecta a ignorancia como en lo tocante a los presuntuosos y fatuos nobles que aspiraban a que los llamen, "con vil lisonja, ilustrados, sabios, ricos y felices".

En otra parte elogiaba la belleza natural de Quito y reclamaba que se trabaje por su mejoramiento.

Contrariamente a su posición de crítico constructor, esta vez sólo analizaba la realidad, imploraba atención para el progreso, pero no señalaba los medios y recursos que deberían emplearse.

El Núm. 5 circuló el 1º de mayo de 1792, conteniendo Historia y Literatura, Sección Económica y Avisos Interesantes.

Publicaba una carta patriótica sobre el estudio de la sensibilidad. Continuaba con la publicación del Discurso, refiriéndose a la crisis económica que entonces sufría Quito; con claro criterio de la realidad, con un amplio sentido de penetración en los problemas de su estudio, señalaba las causas de esos fenómenos; compara la situación de ese momento con las de otras épocas, especialmente con la abundancia de los comienzos de la Colonia. Como medidas recomendables pedía unión y trabajo, sobre todo el trabajo, que tanto dignifica. Allí aparecía como el optimista que lleno de fé, esperaba mejores días para su Patria.

(1) Escritos de Espejo. Tomo I. Pág. 65.

SISTE PARUMPER SPECTATOR GRADUM

SI VACAS MIRATURUS VIAM SALUTIS

QUA SESE LIBERAVIT

PATER SALVATORQUE PATRIAE

SIMON BOLIVAR

IN NEFANDA NOCTE SEPTEBRINA

AN. MDCCCXXVIII

Deten, observador, un momento el paso a admirar el sitio afortunado por el que se libró el Padre y Salvador de la Patria Simón Bolívar, en la nefanda noche de Setiembre del año de 1828.

Producción de la imprenta de la Iddida que existe en el galacio de San Carlos de la ciudad de Bogotá.

Publicó también una carta del Dr. Antonio Marcos, escrita desde Cuenca, elogiando la fundación de la SOCIEDAD AMIGOS DEL PAIS y solicitando su ingreso a ella.

En los Avisos Interesantes se refería a la prohibición del juego del Carnaval, hecha por el Presidente de la Audiencia y la sustitución de estos regocijos con bailes populares. El pueblo había obedecido dócilmente la disposición, y esto era motivo de elogio y reconocimiento de las virtudes de los quiteños por parte del periodista.

El 15 de marzo de 1792 apareció el **Núm. 6** con la continuación del Discurso, una carta dirigida al Redactor del periódico sobre la educación de los niños y Avisos Interesantes.

En la parte del Discurso trataba del arte quiteño. Apreciaba y valoraba las obras artísticas de Caspicara, Cortez, Miguel de Santiago, Vicente Maldonado y otros. Sus opiniones sobre arte eran valiosas y especial interés tenía la defensa del valor de su país, sobre la base de estas obras, de sus hombres, de sus virtudes y de las producciones mismas. Estos valores los colocaba frente a las acusaciones rotundas y unilaterales que hacían a nuestra tierra desde Europa. Balanceando a los calificativos de "rústicos y feroces, montaraces e indolentes, estúpidos y negados a la cultura", ponía los méritos y las obras de nuestro pueblo en aquellos tiempos (1). Allí resaltó en Espejo el sentimiento de nacionalidad con todo vigor.

En la carta sobre la educación de los niños, el ya conocido pedagogo que había en el compatriota, pedía que los profesores no sean tiranos con los educandos. El profesor para triunfar "ha de hacerse primero amar que temer", ya que "una cara de condenado que destila furor y saña, con el agregado de un azote siempre levantado para descargarlo con tiranía sobre unas carnes tiernas y delicadas, entorpece a los niños, los amedrenta, aborrecen el estudio y hasta huyen de la casa de sus padres", decía con admirable claridad y lógica pedagógicas. El educador nuevo y racional resaltarán, de cuerpo entero, siempre que se trate de educación.

Entre los Avisos Varios había una explicación de lo que significa "la suscripción" al periódico. Los enemigos de Espejo y de la cultura realizaron una campaña tan maliciosa, que hasta el término "suscripción" lo presentaron como un peligro o un fantasma para la paz y tranquilidad del Quito Colonial. Esto prueba la ignorancia del pueblo y la forma infame como se explotaba esta miseria.

También se informó de la Aprobación de los Estatutos de la "Sociedad Patriótica Amigos del País".

(1) Escritos de Espejo. Tomo I. Pág. 80.

El Núm. 7 apareció el 2 de marzo de 1792, con la terminación del Discurso y Anécdotas Históricas.

En el discurso continuó tratando sobre el problema económico, sobre el trabajo y la mejora de la producción; insistía en la conveniencia de que venga una época de concordia, trabajo y resurgimiento. Luego se refería a la realidad misma, señalaba como necesidad urgente la de construir la vía a Limones por la ciudad de Ibarra, para llegar al Océano. Espejo ofreció también ideas muy valiosas sobre una de las necesidades actuales, la salida al mar por Esmeraldas. Siempre vislumbró los más valiosos aspectos de nuestra vida colectiva; siempre se adelantó en muchísimos años a su época.

Después se lamentaba de la despreocupación y la falta de interés por estos problemas del progreso.

A excepción del Marqués de Selva Alegre, quien apoyó y aplaudió la obra de Espejo, desde la idea de la fundación de la SOCIEDAD DE LA CONCORDIA, y de unos pocos hombres auténticamente cultos y bien intencionados, la casi totalidad de los quiteños no respondieron a sus empeños e inquietudes como él esperaba. Toda esa apatía del medio contrastaba con la acogida y los elogios que merecieron tanto el discurso como la idea de la fundación de la Sociedad, fuera de la Patria. En Quito, en cambio, por las expresiones de varios acápites del periódico, se desprende que no ofrecieron mayor apoyo; pronto empezaron a cansarse los pocos que parecían bien intencionados. Mientras en su ciudad natal, a Espejo le negaban todo, inclusive sus méritos, en Colombia aplaudían y elogiaban al ilustre quiteño, calificándole de "patriota" y de hombre de "gran interés por su Patria".

Los egoístas y los ignorantes, que por desgracia fueron la mayoría, se confabularon contra las ideas de Espejo, especialmente contra el periódico que venía a ser una mortal amenaza para los abusos y atropellos, para la ignorancia y la inmortalidad. La campaña arreció tanto que, pese a todos los deseos y a la lucha del mismo escritor, después del número 7 no volvió a aparecer más el primer periódico que tuvo Quito en su historia. Pero el silencio hecho por imposición de las circunstancias no disminuye en nada el valor del hombre de lucha. Él fué el primer bibliotecario, el más capacitado médico, el educador más inteligente, el escritor más valioso. En el campo periodístico resulta imponderable su obra y su valor, especialmente por ser el creador de este género literario en nuestra tierra, en épocas de obscuridad y retraso de la mente. Por la función social, intelectual y cultural que representa todo periódico en la vida de un pueblo, hubiera sido suficiente para que la historia coloque a Espejo entre los primeros grandes hombres de nuestra intelectualidad, gracias al primer periódico de Quito.

Es verdad que una crítica con un sentido de nuestros tiempos encontraría en el periódico "Primicias de la Cultura de Quito" algunos defectos en el fondo y en la forma: la oración excesivamente larga, el

mal uso de la puntuación, la construcción gálica, la forma de castellano primitivo, llena de palabras y frases de idiomas neoromanos, los arcaísmos empleados con frecuencia y otras observaciones serían los argumentos en contra. Pero, frente a ellos podríamos también señalar muchos méritos técnicos y literarios: el lenguaje sencillo y adecuado que empleó en los Avisos, en la carta al maestro, con el objeto de que entienda el pueblo, el lector poco culto; las opiniones del patriota que habló de política, de progreso, de unión y de trabajo; los estudios documentados; las citas variadas de los grandes hombres griegos y latinos, y el hecho mismo de haber publicado el primer periódico y haberse colocado él como maestro en esa tribuna, serían causas, más que suficientes, para considerarle, como dice Barrera, "en el momento culminante de su vida". Se había dedicado a educar a su pueblo desde un periódico serio, honrado y rectilíneo, como fueron sus **Primicias** y su redactor. Cómo anheláramos que esas normas se observen hoy en todas las publicaciones, para evitar que se haga de la más alta y noble de las tribunas, anuncio de falsedades, olvido de la función pública y comercio de ideas y plumas; para defender así los intereses nacionales y colectivos, antes que los de grupos o camarillas.

Una de las cosas que maravilla en el periodista Espejo es la realización admirable de este género literario. El señor Barrera, hombre de larga brega en el diarismo capitalino, al referirse a las PRIMICIAS DE LA CULTURA DE QUITO, afirma: "La hoja periodística tiene la agilidad leve y brillante de las cosas que vuelan y tienen colores; la vista sigue con agradable empeño, sin cansancio y sin fatiga".

El periódico reprodujo el Discurso de Espejo, del que, ya dijimos, ha sido considerado como la mejor pieza literaria del siglo XVIII en la América del Sur. Pero hemos creído del caso reafirmar la apreciación sobre esta pieza literaria, con las valiosísimas opiniones que la Sociedad Literaria de Lima, vertiera sobre ella en su periódico, EL MERCURIO PERUANO. En el N° 103, dice así: "Es una pieza delicada, fina, sublime, que por sí sola basta para dar a conocer el buen gusto de la elocuencia académica que reina en estos países; por lo que no sólo hace honor a Quito sino a toda la América. Su estilo es noble, majestuoso, lleno de entusiasmo; sus pensamientos, su objeto, poner a la vista el estado infeliz de la patria, y persuadir las ventajas que ésta debe esperar del establecimiento de un cuerpo económico, atendido el genio de sus habitantes, su natural disposición para las artes más delicadas, las proporciones del suelo".

Mariana de Jesús, Azucena de Quito

Por el Padre José María Matovelle, S. O.

(Continuación)

III

Sed inextinguible de inmoliación.—Azucena entre espinas.—Tremendas maceraciones de la insigne heroína.—Vocación de hostia.—Abstinencia perpetua.—Hermosa lozanía y frescura del rostro que forman en Mariana como un velo para ocultar sus austeridades.



El amor es fuerte como la muerte, dice Salomón; sus brasas, brasas ardientes y un volcán de llamas. *Fortis est ut mors dilectio: lampades ejus, lampades ignis atque flamarum.* El alma atormentada con este fuego ansía por el bautismo de sangre, como un refrigerio, y llama a la muerte como una auxiliadora. El

espíritu de inmolación y sacrificio es el volcán de llamas en que revienta la oculta hoguera del amor. La mejor prueba de la caridad heroica que animaba a Mariana de Jesús es la sed inextinguible de inmolación que la consumía y que alcanzó en ella grado tan subido que éste es el distintivo singular de su perfección. Pues si la hermosura ideal de Cristo, considerada no en todo su conjunto porque es imposible, sino sólo bajo algunas de sus fases, es el tipo que deben imitar todos los santos, Mariana de Jesús recibió indudablemente del cielo la vocación especial de copiar en sí el estado de víctima de Nuestro Divino Salvador. Jesús inmolado en el Calvario: he aquí la transfiguración más sublime del amor, en cuya contemplación extática abrió al cielo su cáliz la célica Azucena de Quito. Dos rasgos característicos de su vida bastarán para convencernos de ello.

El primero es su amor a las espinas. Parece que Mariana desde muy niña presintió ya su destino de Azucena; por eso el atractivo irresistible a vivir y desarrollarse entre las espinas, realizando a la letra y como instintivamente aquello de la Escritura: como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias*. De todos los géneros de mortificación corporal, el que se proporcionaba con las espinas era siempre de su mayor agrado: no sólo las buscaba, sino se recreaba en ellas y las amaba con pasión. Siendo todavía de pocos años, la llevó consigo doña Jerónima su hermana a una hacienda que tenía distante cinco leguas de Quito, en un sitio llamado Saguanchi. Luego que la familia arribó a aquel paraje, mientras unos tomaban descanso, y otros procuraban acomodarse en la casa, desapareció Mariana sin que nadie hubiese podido notarlo. Cuando pasó ya el tiempo advirtieron su ausencia, buscaronla con afán sin poderla encontrar en parte alguna: hasta que el mayordomo de la hacienda internándose como al acaso en el cercano bosque fué a dar con ella nada menos que en el durísimo ejercicio de despedazar su inocente cuerpo, pues se azotaba con fuerza en las desnudas espal-

das con unas como disciplinas hechas de varas de punzadores abrojos. Atónito quedó el hombre de espectáculo tan raro como inesperado, y muy sonrojada la pequeñuela de hallarse descubierta de este modo. Pero no por eso se enmendó, pues hasta por dos veces más fue igualmente encontrada en la misma práctica de mortificación.

Otro día que la nueva solitaria volvía a su amado retiro, echóse rendida de cansancio en los brazos de su hermana, entre los cuales se quedó dormida. Doña Jerónima deseosa de que su hermanita descansase más holgada y tranquilamente, quiso acostarla en su lecho, y cuando con tal intento, sin que ella lo notase principiaba ya a desnudarla, advirtió sorprendida que la inocente criatura tenía ceñidos el pecho, la cintura y las espaldas con unas zarzas espinosas, que a manera de cilicio le rasgaban el cuerpo y manchaban en sangre sus vestidos.

Una de las devociones predilectas de la tierna niña era el via-crucis, el cual lo recorría siempre con actos de la más ingeniosa y ruda mortificación. En cada una de las estaciones de aquel santo ejercicio colocaba de antemano una pequeña cruz cercada de un manojito de cambroneiras; y luego suplicaba a las otras niñas que en tales devociones le acompañaban, que cuando se inclinase a besar aquel sagrado signo cada una de ellas le diese un empuellón. Con tan grandes instancias exigía Mariana este servicio, que lograba realizar sus deseos, pues al término de esas dolorosas estaciones hallábase cual nueva Verónica con la imagen divina de Jesús impresa con sangre no ya en lienzo sino en su mismo semblante virginal.

Esto hacía Mariana cuando contaba apenas un lustro de su edad. Más adelante llegó a tan alto grado su mortificación, que bien puede compararse en esta virtud con los santos más penitentes que cuenta en su seno la Iglesia. Uno de los actos más frecuentes de aquella, era llagarse la cabeza con una corona de cardas, la que, en la Semana Santa, era reemplazada por otra de espinas que le ocasionaban agudísimos dolores y le arrancaban sangre viva. Entre las insignias de amor que en el trono de la cruz ostenta

Cristo Rey, la corona de espinas era la que más hechizaba a la Sierva de Dios, y con más fuerza le arrebataba el corazón; como si a ella sola estuviese dirigida aquella invitación que a todas las almas fervorosas hace el Espíritu Santo: "Salid oh hijas de Sión afuera, y veréis al Rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre en el día de sus desposorios: *Egredimini et videte filiae Sion, regem Salomonem in diademate quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die lactitiae cordis ejus.*" Tan grande era el amor que profesaba a esta imperial diadema del Esposo divino, que si le hubiese sido posible habría preferido llevar eternamente en sus sienas la corona de espinas en vez de la guirnalda de estrellas con que ciñen las vírgenes en el cielo. ¡Heroísmo de amor y penitencia que coloca a Mariana de Jesús al lado de ese serafín del Carmelo que en sus éxtasis exclamaba: *Pati non mori.* Y en efecto, serafín de caridad fué el título que el docto Padre Alonso de Rojas, su confesor, dió a nuestra ínclita virgen quiteña en la oración fúnebre que pronunció en sus exequias. En prueba de su aserto refirió el hecho siguiente: -Un día del achaque último de que murió está señora, hablábamos ella y yo del amor divino, y entre otras cosas que le dije una fué: Vamos al cielo señora a pasear en compañía del Cordero por los campos de la bienaventuranza. *Vamos Padre mio:* me respondió la enamorada virgen. Yo le pregunté: Por ventura alguna vez ha visto al Cordero Cristo y a las vírgenes que lo acompañan? ¿Háse hallado con ellas en el cielo? Y ella con toda sinceridad respondió que sí. ¡Oh que ilustrísimas tropas de vírgenes, le dije yo, serán las que acompañan al Cordero! Las vírgenes mártires vestirán de colorado. *Si visten,* dijo ella. Las vírgenes que no son mártires vestirán de blanco, dije yo. *También visten de colorado,* respondió la enferma. Y yo repliqué: ¿Cómo pueden vestir ese color, si no son mártires? Porque la virginidad, respondió la virtuosa doucella y discreta Mariana, es martirio, y la premia Dios con insignias de mártires. Y porque yo no pensase que la enferma se agradaba como niña de las galas del Corde-

das con unas como disciplinas hechas de varas de punzadores abrojos. Atónito quedó el hombre de espectáculo tan raro como inesperado, y muy sonrojada la pequeñuela de hallarse descubierta de este modo. Pero no por eso se enmendó, pues hasta por dos veces más fue igualmente encontrada en la misma práctica de mortificación.

Otro día que la nueva solitaria volvía a su amado retiro, echóse rendida de cansancio en los brazos de su hermana, entre los cuales se quedó dormida. Doña Jerónima deseosa de que su hermanita descansase más holgada y tranquilamente, quiso acostarla en su lecho, y cuando con tal intento, sin que ella lo notase principiaba ya a desnudarla, advirtió sorprendida que la inocente criatura tenía ceñidos el pecho, la cintura y las espaldas con unas zarzas espinosas, que a manera de cilicio le rasgaban el cuerpo y manchaban en sangre sus vestidos.

Una de las devociones predilectas de la tierna niña era el via-crucis, el cual lo recorría siempre con actos de la más ingeniosa y ruda mortificación. En cada una de las estaciones de aquel santo ejercicio colocaba de antemano una pequeña cruz cercada de un manojó de cambroneiras; y luego suplicaba a las otras niñas que en tales devociones le acompañaban, que cuando se inclinase a besar aquel sagrado signo cada una de ellas le diese un empuellón. Con tan grandes instancias exigía Mariana este servicio, que lograba realizar sus deseos, pues al término de esas dolorosas estaciones hallábase cual nueva Verónica con la imagen divina de Jesús impresa con sangre no ya en lienzo sino en su mismo semblante virginal.

Esto hacía Mariana cuando contaba apenas un lustro de su edad. Más adelante llegó a tan alto grado su mortificación, que bien puede compararse en esta virtud con los santos más penitentes que cuenta en su seno la Iglesia. Uno de los actos más frecuentes de aquella, era llagarse la cabeza con una corona de cardas, la que, en la Semana Santa, era reemplazada por otra de espinas que le ocasionaban agudísimos dolores y le arrancaban sangre viva. Entre las insignias de amor que en el trono de la cruz ostenta

Cristo Rey, la corona de espinas era la que más hechizaba a la Sierva de Dios, y con más fuerza le arrebataba el corazón; como si a ella sola estuviese dirigida aquella invitación que a todas las almas fervorosas hace el Espíritu Santo: "Salid oh hijas de Sión afuera, y veréis al Rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre en el día de sus desposorios: *Egredimini et videte, filiae Sion, regem Salomonem in diademate quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die lactitiae cordis ejus.*" Tan grande era el amor que profesaba a esta imperial diadema del Esposo divino, que si le hubiese sido posible habría preferido llevar eternamente en sus sienes la corona de espinas en vez de la guirnalda de estrellas con que ciñen las vírgenes en el cielo. ¡Heroísmo de amor y penitencia que coloca a Mariana de Jesús al lado de ese serafín del Carmelo que en sus éxtasis exclamaba: *Pati non mori.* Y en efecto, serafín de caridad fué el título que el docto Padre Alonso de Rojas, su confesor, dió a nuestra ínclita virgen quiteña en la oración fúnebre que pronunció en sus exequias. En prueba de su aserto refirió el hecho siguiente: —Un día del achaque último de que murió está señora, hablábamos ella y yo del amor divino, y entre otras cosas que le dije una fué: Vamos al cielo señora a pasear en compañía del Cordero por los campos de la bienaventuranza. *Vamos Padre mio:* me respondió la enamorada virgen. Yo le pregunté: Por ventura alguna vez ha visto al Cordero Cristo y a las vírgenes que lo acompañan? ¿Háse hallado con ellas en el cielo? Y ella con toda sinceridad respondió que sí. ¡Oh que ilustrísimas tropas de vírgenes, le dije yo, serán las que acompañan al Cordero! Las vírgenes mártires vestirán de colorado. *Si visten,* dijo ella. Las vírgenes que no son mártires vestirán de blanco, dije yo. *También visten de colorado,* respondió la enferma. Y yo repliqué: ¿Cómo pueden vestir ese color, si no son mártires? Porque la virginidad, respondió la virtuosa doncella y discreta Mariana, es martirio, y la premia Dios con insignias de mártires. Y porque yo no pensase que la enferma se agradaba como niña de las galas del Corde-

ro y del olor de sus unguentos, levantó la mano hacia un *Ecce Homo* que tenía pintado junto al lecho, y llegó con los dedos a señalar muchas veces la corona de Cristo, como quien dice: *“No me agrado tanto de las galas del Corde-ro, cuanto de sus espinas!”*

Pero nada tan hermoso en Mariana de Jesús, como el último momento de su vida, admirable y bellísima prueba de cuanto últimamente hemos dicho. Exhortábale en aquel supremo trance el tan citado Padre Alonso de Rojas; y hacíalo de esta manera, según lo refiere el Padre Morán de Butrón: Aplicóle a los labios la imagen de Jesús crucificado y le dijo que besase los pies de su Redentor y los bañase en lágrimas, agradeciéndole los pasos que había dado para salvarla y el haberla enseñado a vivir y morir en su imitación y seguimiento. Pasó después a hacerla besar la llaga del costado diciéndole con dulzura: *Entre se-ñora, en las entrañas de la misericordia divina, en que nos visitó el sol, que comenzó su carrera desde lo más alto de Dios. Busque como paloma el nido del árbol de la vida, Cristo, la llaga de su pecho, para librarse de la tempestad deshecha de la muerte.* Aquí se detuvo la enferma por algún tiempo besando la llaga y bebiendo, por decirlo así, con ansia de hidrópica las aguas de la divina gracia que despedía aquel santísimo costado *cuando derrepente y con movimiento ansioso se abalanzó a besar las espinas de la sa-crosanta cabeza de Jesús, en cuyo ósculo, sin los horrores de la agonía, en un visible acceso amoroso, pasó su purísimo espíritu a las manos de su Esposo celestial, en edad de veinti-seis años, seis meses y veintiseis días, el viernes veintiseis de mayo de 1645 entre nueve y diez de la noche”.*

Así, pues, Mariana, la Azucena de Quito, germinó entre las espinas, entre ellas se desarrolló, y finalmente murió en el ósculo extático de las ensangrentadas espinas de Jesús. ¿Y no será el amor heroico de Mariana a esta insignia dolorosa de Cristo crucificado, lo que ha merecido a la República del Ecuador la hora insigne de ser ella la primera que en las sienes gloriosas del Salvador triunfan-te había de poner la corona de su Reinado social?

Otros de los hechos de la vida de esta gloriosa virgen que nos manifiesta haber sido ella criada por el cielo para copiar en sí el estado de víctima del Redentor, es el ansia ardorosa que la devoraba de verter su sangre por el Amado. La augusta víctima había dicho: *Baptismo habeo baptizare: et quo modo coarctor usque dumperficiatur!* Con un bautismo de sangre tengo de ser yo bautizado ¡oh!, y como traigo en prensa el corazón, mientras que no lo veo cumplido! Y estrechado por este deseo principió a derramar su sangre en Belén, bañó con ella los olivos de Gethsemaní, las calles de Jerusalén y la roca del Calvario, hasta no retenir en su cuerpo sacratísimo ni una gota, puesto que la última fué arraucada por la cruel lauzo del soldado.

Mariana imitó admirablemente este rasgo divino de la fisonomía encantadora de Jesús.

Desde muy niña le atermentaba la sed del martirio, tanto que se resolvió a dejar su casa e internarse en las selvas amazónicas para morir allí en testimonio de la fé a manos de los bárbaros infieles. Mas, como le fue imposible realizar este desiguio, se determinó a inmolarse en su propia casa, mártir de amor y penitencia. Consideraba su sangre como cosa que ya no le pertenecía, por haberla consagrado toda al divino Esposo: y así bullíale siempre en las venas, hervía y como que porfiaba con vehemencia a verterse, dice uno de sus confesores. No contenta con arraucársela con su corona de espinas, espantosos cilicios y crueles flagelaciones, dió con la traza de sangrarse continuamente y con tal abundancia que sin un manifiesto prodigio habría debido esto sólo causarle la muerte. Año hubo en que estas saugrías llegaron al número increíble de ciento y setenta, siendo lo notable que todas le fueron prescritas por médicos, que por permisión de lo alto condescendían sin dificultad con sus deseos.

Para que sobre lo referido se conozca algo más la sed de sacrificio y las estupendas maceraciones en que se consumió la vida de esta insigue heroína, reproduciremos fragmentos de dos papeles suyos manuscritos que se encontraron después de su muerte. En un pequeño plan de

vida en que determina los ejercicios espirituales en que ha de ocuparse cada día, pone lo siguiente: "A las cuatro (de la mañana) me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias a Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la pasión de Cristo. . . . De seis a nueve (de la noche) oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios. De nueve a diez saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente. De diez a doce oración mental. De doce a una lección en algún libro de vidas de santos y rezaré maitines. De una a cuatro dormiré, los viernes en mi cruz, los demás días en mi escalera: antes de acostarme tendré disciplina. Los lunes, miércoles y viernes de los advientos y cuaresma, la oración desde las diez a las doce la tendré en cruz. Los viernes, garbanzos en los pies y me pondré una corona de cardas y seis cilicios de cardas. Ayunaré sin comer toda la semana. Los domingos comeré una onza de pan, y todos los días comenzaré con la gracia de Dios". En otro papel, también de su letra, pide a su padre espiritual licencia para añadir penitencias en un adviento, sin alterar su distribución acostumbrada, en los términos siguientes: "Padre mío: Si V. P. gusta de darme licencia para añadir a mis penitencias que ahora tengo este adviento: siquiera estaréme en cruz todas las noches desde las seis hasta las siete, y los lunes, miércoles y viernes con garbanzos en los pies. Disciplina todas las noches a las once, a la una y a las cuatro. Cilicios, los de cardas todos los días y tormentos en los brazos y muslos con unas cuerdas de cerdas, y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en la cintura, desde la víspera de Todos los Santos hasta la víspera de Pascua, si Dios es servido. En los ayunos la regla que mi padre me dejó, de comer cuando la necesidad me obligare. Padre mío, véalo V. P. muy bien: que yo no tengo que hacer más que lo que V. P. me mandare: comuníquelo con su Majestad, que El se lo inspirará si fuere su voluntad: que yo no deseo otra cosa sino es que toda Mariana le sea agradable a sus ojos, y plugue a Dios que sea para mayor gloria suya. Amén".

115 Pero aún más que todo lo que dejamos dicho, ponen en evidencia que Mariana de Jesús tuvo la vocación de hostia, y fue una víctima preparada y escogida muy especialmente por el cielo, los extraordinarios y repetidos prodigios con que manifestó el Señor cuanto se complacía en la inmolación de su sierva. Parece desde luego indudable que a esta ilustre virgen le fue concedido desde la cuna el uso perfecto de su razón, cosa que no se lee sino de muy pocos santos, como una Hildegarda o un Felipe Benicio. Don tan precioso como raro le fué otorgado a Mariana, para que desde los primeros albores de su existencia principiase ya la vida de inmolación y sacrificio, para la que había sido puesta en este mundo. Consta de las declaraciones auténticas del proceso que apenas nacida esta portentosa niña, quiso su madre amamantarla a sus pechos pero por más esfuerzos que hizo no pudo lograr que tomase ni una gota de leche si no es llegada la noche en que se alimentó para no volverlo a hacer hasta la mitad del siguiente día: costumbre que siguió después invariablemente en todo el tiempo de su lactancia. De modo que observando desde entonces el más riguroso ayuno tomaba su escaso alimento sólo dos veces, una al medio día y otra hacia la media noche; pero suprimía esta última refacción los lunes; miércoles y viernes de cada semana, pudiendo servir ya en la cuna de modelo al más austero ermitaño. Toda la vida de la insigne virgen quiteña está llena de hechos maravillosos que demuestran clarísimamente que fue elegida con vocación muy especial por el cielo para ser una víctima que con su incesante inmolación aplacase la cólera del cielo. El principal de estos prodigios es la misma penitencia extraordinaria de Mariana, imposible de practicarse por las solas fuerzas de la naturaleza. Su abstinencia principió en la cuna, llegó después a grado tan heroico que pasó muchas cuaresmas con sólo seis onzas de pan, y aún fué tan adelante que hubo tiempo en que no comía sino de quince en quince días, y entonces mismo una rebanada de pan que luego se le arrancaba el vómito. Sus confesores la obligaron a que moderase este rigor comiendo cada

ocho días alguna cosa y el escasísimo alimento de que entonces se servía iba las más veces condimentado con ceniza, hielo o hierbas amargas, de manera que aún en eso encontraba nuevo ejercicio de penitencia. Dos prodigios convencieron a todos que esta abstinencia era indudablemente milagrosa.

Fué el primero que siempre que Mariana se veía obligada por sus confesores o por las instancias de otras personas a tomar algún sustento por pequeño que fuese, convertíasele éste en un verdadero tósigo que la ocasionaba tantos dolores y fatigas, que no hallaba remedio sino es tornando a arrojar lo que había recibido. El segundo es la hermosa lozania y frescura de rostro que el Señor concedió a su esposa, como un velo con que ocultase a las gentes su inimitable mortificación y austerísima abstinencia.

Manifestó también el cielo cuánto se complacía en las demás penitencias de Mariana con otros no menos singulares y admirables portentos. Tan terribles y despiadadas eran sus disciplinas, que sus espaldas estaban casi siempre como dos arroyos de sangre, sobre todo en los días en que se conmemora especialmente la pasión del Salvador, como el jueves y el viernes santo. Pero estas heridas que eran abiertas por el amor penitente de la virgen eran luego curadas milagrosamente por el cielo; pues consta en los procesos la declaración de una religiosa de Santa Clara a quien hizo Mariana esta confidencia: que las espaldas heridas y maltratadas el jueves santo aparecían el viernes tan tersas y sin lesión como si nunca las hubiera martirizado; con lo que se sentía animada a hacerlo de nuevo en aquel día solemne, pero de un modo más cruel y terrible. Esta sangre que la inocente víctima se arrancaba de las venas ya por sus continuadas y crueles disciplinas o ya por sus numerosas sangrías, era tan agradable al Señor que no se cansó de manifestar claramente que la aceptaba toda en el holocausto de suavidad.

Entre estos prodigios merece mención el siguiente: acumulábase aquella sangre recogida de esa suerte en un lugar apartado del huerto de la casa y sin embargo jamás

se corrompió, muy al contrario se conservó siempre fresca y embalsamando el aire con deliciosa fragancia. El mismo olor celestial despedían las paredes y ladrillos de la celda de la virgen, que habían sido empapados en ese purpúreo licor.

Tanto se complacía el Eterno en esa sangre virginal que no consentía que ni una sola gota de ella fuese profanada por la curiosidad más sencilla: sino que la quería toda para sí como ofrenda rarísima de inestimable precio. Cierta ocasión entró a visitar a Mariana que se hallaba enferma, una señora amiga suya llamada doña María de la Peña, precisamente en el momento en que le estaban sangrando y 'llevada, como refiere el Padre Morán de Butrón, de la gran estimación que le merecían las virtudes de la enferma, tomó con no menos ansia que disimulo la taza en que había caído la sangre, y sacando un pañuelo metió en ella una punta y la empapó bien para conservarla como reliquia. Púsole enseguida en la faltriquera, y yéndose a su casa complacida y gozosa como si llevara un trofeo, al querer desdoblarle para enseñar a los suyos la adquisición feliz y luego guardarle como rico tesoro, no daba fe a sus sentidos viendo que el pañuelo estaba tan blanco y sin sombra de mancha como antes de intentar el hurto devoto.

IV

La Azucena del Sagrado Corazón de Jesús.—Agua y sangre como en el Drama del Calvario.—Desarmando la cólera divina.—Clave que nos explica la existencia de Mariana de Jesús.—Heroica inmolación por los crímenes de su Patria.—El martirio revestido de nueva forma: sacrificio místico.—Los mártires incógnitos salvarán la sociedad moderna.—La omnipotencia de Dios en manos de las víctimas; basta una de ellas para salvar a un pueblo.

Pero si Mariana copió tan exactamente en su cuerpo la divina imagen de Jesús crucificado, con más exactitud

todavía imitó en su espíritu el interior incomparable de la víctima sacrosanta. De manera que podemos decir con toda verdad que el Corazón Santísimo de Jesús, ese Corazón dulcísimo que se define en tres palabras, *Cor amoris victima*, fue el modelo que siempre tuvo en mira esa hostia virginal inmolada por la salvación del Ecuador. De aquí en la insigne heroína ese amor apasionado por cada una de las tres insignias de sacrificio que adornan a ese divino Corazón: la cruz, las espinas y la herida abierta por la lanza. Ni quién podrá negar cuántas íntimas y dulcísimas confidencias tuvo Mariana con ese Corazón enamorado, cuántos secretos de la Iglesia y de su Patria no habrá leído en El ni cuántos torrentes de gracia salidos de la fuente de toda perfección habrán inundado el alma de la apasionada virgen. Sabido es que ella obtuvo como un favor especial del cielo que no se publicasen jamás las secretas y múltiples comunicaciones que su espíritu recibía del Señor, y si obligada a veces por mandato de sus confesores las revelaba a su pesar a algunas personas graves, éstas olvidaban aquellos secretos tan luego como los habían escuchado, y de manera tan completa y absoluta que nada de aquello podían recordar después. Sin embargo, refiérense en su vida dos hechos que bastan para autorizarnos a llamar a Mariana la Azucena del Sagrado Corazón, pues demuestran a las claras cuanto amaba ella a este Corazón divino, y los espléndidos favores que de El recibía en cambio de su generosidad y sacrificios.

Siendo niña todavía acostumbraba hacer Mariana un género de mortificación con el que se esforzaba por copiar en sí de alguna manera, la herida de amor abierta por la lanza en el Corazón Sacratísimo de Jesús. “Viéronla más de una vez, dice su historiador, descubrirse el pecho como quien busca refrigerio en la frescura del aire, y luego a poco hacer un manojito de hortigas y llevada del ansia de asemejarse a su Esposo maltratado por su amor azotarse la parte descubierta con tanta fuerza, que llegaba a hincharsele con el dolor de que sólo Dios y ella eran

testigos, repitiendo entre tanto con ardoroso acento: ¡Oh costado derecho de mi amante Esposo! ¡Oh costado herido de mi Jesús crucificado! Al renovar estas palabras quedaba como muerta a cuanto pasaba a su derredor y sin advertir siquiera que la observaban algunas niñas, de quienes como muy amigas de observar por sus pocos años hemos recibido estas cortas noticias”.

Quien siendo muy niña amaba con tanto ardor a ese corazón divino, podemos suponer en qué llamas de caridad seráfica ardía por el mismo, cuando adulta ya escaló las más altas cumbres de la perfección. Hemos referido antes cómo acercándose los últimos momentos de su vida clavó extática los labios en ese costado abierto, y cómo expiró en el beso de las espinas que forman la corona del Dios crucificado; ahora mencionaremos un favor muy singular que el corazón bondadosísimo de Jesús concedió a su esposa, poco antes de que ocurriera su dichoso tránsito. Pero para calcular la magnitud de aquel es necesario advertir que de las gracias que Dios concede a un alma las más preciosas no son tanto los éxtasis y revelaciones sino aquellas que más le asemejan a su divino modelo; ser semejante al Corazón inmolado del Redentor es sin duda alguna don más excelente que contemplarlo en las delicias de un raptó. Pues bien, el cielo quiso manifestar con un prodigio muy raro que Mariana de Jesús era una copia exacta de ese Corazón divino, y precisamente en el acto de su inmolación, cuando fue atravesado sin piedad por el cruel hierro de la lanza. Hallábase Mariana víctima ya de su última y misteriosa enfermedad en la que le asistía como médico el Doctor Juan Martín de la Peña, “Visitóla, refiere el biógrafo citado, un día a los últimos de su vida, y conociendo en el pulso la necesidad de una sangría y no queriendo fiarse de mano ajena, tomó la lanceta y con gran júbilo de la enferma, preparando todo lo de costumbre, teniendo la copa para recoger la sangre un cierto José Rodríguez de Paredes, que después fue sacerdote. Miraba éste asombrado y mucho más el médico, el prodigioso efecto de la sangría, porque apenas pica-

da la vena, brotó manifiestamente (son palabras del mismo facultativo) un hilo de agua clara, limpia y transparente, y luego que hubo caído todo en la taza, dió lugar a que saliese la sangre. Miró entonces D. Juan Martín a Mariana, y sin poder contenerse le dijo: esto, señora, sucedió sólo en el costado de nuestro Redentor; a lo que devolvió Mariana una respuesta tan sabia y profunda, que no menos aturrido con ella que por el milagro dijo entre sí el doctor: esta mujer ha estudiado en superior escuela. Hecha la sangría puso él su cuidado en dos cosas: la primera fue recordar la respuesta de la enferma, pero por más que hizo no pudo lograrlo, borrándole Dios las especies sin que le quedase más que un alto concepto de aquellas palabras: la segunda fue consultar el caso con hombres doctos y de reputación bien sentada, los cuales concibieron nueva estima de Mariana y apreciaron más de ahí en adelante a su médico. Acaeció este prodigio el último viernes santo de su vida". No paró aquí el prodigio, porque "sobre la cicatriz de la sangría se le formó una carnosidad o botoncillo a la manera de la cabeza de un clavo, que le duró hasta la muerte, causándole tan vivos dolores como si en efecto un clavo le taladrase el brazo":

Precisamente de la sangre que se le arrancó a Mariana en las numerosas sangrías que se le hicieron en los últimos tiempos de su vida, brotó la milagrosa azucena encontrada en el huerto de su casa después de su dichosa muerte. ¿No quería el Señor manifestarnos con tantos hechos prodigiosos y simbólicos que la República del Sagrado Corazón figurada tal vez por esa azucena había de germinar de la sangre y agua de su costado abierto? Los santos son imágenes vivientes del Salvador, en quienes se reproducen a veces de modo sensible los misterios de la Redención para reanimar la fe de los pueblos. Si, pues, la Iglesia universal es la azucena mística que brotó en la cruz del Corazón rasgado del Señor, la Iglesia ecuatoriana es un botón humilde de esa hermosa palma germinada en el Calvario. Pero ¿por qué, preguntaba cierta ocasión una persona docta, por qué siendo Mariana de Jesús una

criatura tan pura e inocente, prevenida con tantas gracias desde su cuna, y que jamás cometió un pecado venial de liberado se hallaba animada de esa sed insaciable de inmolación y sacrificio? ¿Cuáles eran los crímenes ocultos por los que esa castísima virgen quería satisfacer a la justicia divina con una tan terrible y asombrosa penitencia? ¿quería satisfacer a la justicia divina con una tan terrible y asombrosa penitencia? ¡Ah! es porque de esos excesos inconcebibles de los santos vivimos los pecadores. Ese exceso de penitencia indebida en los justos es en la balanza de la cólera divina el contrapeso de los criminales excesos de este mundo. Por eso cuando Dios en los arcanos inescrutables de su misericordia quiere salvar a un pueblo, envía a él uno de estos ángeles de reparación que se interponen a sí mismos como un muro de defensa entre las iras justísimas del cielo y los pobres criminales de la tierra. Esta es la misión sobremana hermosa de una víctima, y ésta por lo mismo la clave que nos explica toda la existencia de Mariana de Jesús; a semejanza de su Redentor divino la cándida virgen quiteña vivió y murió para salvar a su pueblo.

Un domingo de cuaresma de 1645 alborotóse terriblemente la ciudad de Quito creyendo inminente una catástrofe. Corría toda la población por las calles haciendo pública penitencia y clamando misericordia. Abriéronse las iglesias en las que se expuso por la noche el Santísimo Sacramento, y todos esperaban con la mayor zozobra que diese el reloj las doce. "En tan apurada situación acudieron varios parientes de Mariana a su cuarto y la suplicaron alcanzase del Señor la suspensión del anunciado castigo. Recibióles ella con palabras de consuelo y los exhortó a que confiansen en la divina misericordia; con que los despachó más animados; pero apenas se quedó sola, entró en su último retrete, y empezó a descargar sobre su inocente cuerpo tal lluvia de fieros golpes y a suplicar con tantos sollozos y lágrimas a su Esposo que aplacase sus iras, que desde la calle se percibía uno y otro, sus gemidos y sus azotes. "Obtenida la gracia del Altí-

simo cesó de disciplinarse y envió a decir a sus parientes, de parte de su celestial Esposo, que ya podían estar tranquilos.

Pero si Dios no se cansa de perdonar, el hombre mucho menos de ofenderle; y así pocas semanas después del suceso que dejamos referido subió de punto la cólera del cielo que amenazaba reducir a escombros por sus vicios y pecados a la incipiente provincia de Quito. "Aquejaba ya a la ciudad una pestilencia mortífera de alfombrilla y garrotillo, pero tan tenaz y maligna, que de noventa jóvenes que vivían en el colegio de San Luis, sólo tres no experimentaron sus rigores, cayendo enfermos los demás y muriendo no pocos. A proporción fué el estrago de toda la ciudad y llegaron a poblarse sus iglesias y cementerios de cadáveres y a no oirse en ella otra cosa que el clamoreo de las campanas y el alarido de los pobres enfermos. "Sintióse al mismo tiempo en toda la provincia terribles temblores de tierra, quedando en uno de ellos convertida en ruinas la ciudad de Riobamba. En tales circunstancias, predicando un domingo de cuaresma por la tarde, en la Iglesia de la Compañía de Jesús, el apostólico y celosísimo Padre Alonso de Rojas concluyó su plática con una fervorosísima súplica dirigida al cielo, en que generosamente ofreció su vida al Señor para que en cambio perdona-se la del pueblo. Mariana estaba entonces al pie del púlpito, y al concluir el predicador su ferviente petición, transportada ella de caridad heroica se ofreció en voz alta al divino Esposo, pidiendo la aceptase por víctima en lugar de aquel generoso sacerdote, para pagar ella sola por todos los crímenes de su patria.

La súplica de Mariana fué escuchada en el acto. "En efecto, dice su biógrafo, pareció que el Señor había aceptado la oferta en el hecho de haber cesado del todo los temblores, empezando a respirar la ciudad desde aquel punto. La epidemia cesó también tan felizmente, que jura el Dr. Juan de la Troya como testigo de vista, que por Pascua ya no había un caso siquiera, ni sombra de sus reliquias. Y hubo de costar bien caro a Mariana esta

preservación de Quito; pues lo mismo fué retirarse a su casa después del sermón cuando se vió acometida de tan grave enfermedad, que se reconoció que era la última de su vida, sin darle lugar a que volviese a salir de casa y acabándola en menos de dos meses de extraordinario padecer”.

En el momento en que expiró Mariana hallábase junto a su lecho un gran siervo de Dios, el Hermano Hernando de la Cruz, quien permaneció entonces por espacio de una hora absorto en profunda contemplación. Al cabo de la cual volvió de su enajenamiento, y con voz animada y semblante risueño dijo a las parientas de la difunta: “No tienen de que afligirse, señoras, por la muerte de esta felicísima mujer, porque sin parar en el purgatorio se fué derecho al cielo a gozar de Dios con tantos merecimientos, que le sobran muchos para partir con los pobres que quedamos por acá”. En seguida las aconsejó que no gastasen luto ni diesen muestras de sentimiento, pues en aquella muerte no había motivo de pena, sino, materia de gozo y parabienes a la República entera.

¡Gloria a la inclita Compañía de Jesús que ha dado a la América y a la Iglesia entera la Azucena del Sagrado Corazón: *Lilium Cordis Jesu!* de igual manera que la ilustre orden dominicana había ofrendado ya en los altares del Salvador a la fragantísima Rosa de su Corazón: *Rosa Cordis mei.*

Terminaremos este relato repitiendo la reflexión que enunciamos al principiarlo. La gran necesidad de la sociedad contemporánea se compendia en una palabra: Sacrificio. El siglo XIX más que ningún otro ha escalado con satánica audacia las empinadas cumbres del orgullo, hasta llegar a lo que se llama la apoteosis del hombre. Los adelantos de la ciencia y los tesoros fabulosos que cada día acopia la industria junto con los goces interminables que ofrece una civilización descreída, han llegado a extinguir en las sociedades toda idea de abnegación y sacrificio; pero la extinción del sacrificio es la extinción de la vida. Luego, pues, o está ya próximo el mundo a hundirse en los abismos de horrorosa catástrofe,

o ha de ser bañado en sangre regeneradora de víctimas. Dieciocho millones de mártires rasgaron sus venas para vivificar al agonizante mundo de los Césares ¿dónde hallar ahora almas generosas que quieran como aquéllas inmolarsé por la salud de la humanidad presente? ¿Dónde? En el mismo seno fraternal fecundo que produjo a los primeros: en el seno de la Iglesia católica. Sólo que hoy el martirio reviste una nueva forma, no ya la cruenta de los primeros siglos, sino la incruenta y mística de los últimos tiempos. Lo que Dios exige actualmente de su pueblo no es tanto la destrucción física del cuerpo sino el sacrificio espiritual del corazón. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum et humiliatum Deus non despicies!* Por lo cual el modelo de inmolación que hoy se nos presenta es un corazón ceñido de espinas, herido por la lanza, coronado por la cruz y ardiendo en fuego de inextinguible llama. Este es el martirio que va acendrando a la Iglesia; y cuando estos mártires incógnitos se hayan multiplicado por millones, entonces se habrá salvado la sociedad moderna. No lo dudemos: el árbol sacrosanto de la cruz hoy más que nunca se levanta lozano y frondoso en el Calvario, y su ambiente perfumado de mirra, que embalsama ya la atmósfera ha de preservar aún al mundo de la corrupción que le amenaza.

¿Queréis aplicar a una nación próxima tal vez a su ruina los frutos preciosos de la redención divina? Bañadle en sangre, en la sangre pura y amante de las víctimas. *Sine Sanguinis effusione non fuit remissio.* No son los clamores de la prensa, ni las combinaciones de los políticos, ni la fuerza de los ejércitos lo que ha de salvar a un pueblo: todo esto vendrá después, pero antes y como fundamento de toda regeneración se requiere otra cosa: la sangre de las víctimas. Por esto, de todos los apostolados el más fecundo, aunque el más desconocido, es el de la inmolación. Dios ha puesto su omnipotencia en manos de las víctimas. Basta una de ellas para salvar a un pueblo. Si queréis un ejemplo, ahí lo tenéis en la Azucena de Quito, la Beata Mariana de Jesús.

Si Ud. conserva manuscritos inéditos de valor histórico, hágalos conocer por medio de las páginas de "MUSEO HISTORICO".

Si Ud. los obsequia al Museo de Historia de la Ciudad, hará obra de verdadero patriotismo y constará en la nómina de sus benefactores.

dad de Quito == Dr. Jorge A.

El pasado es el maestro del porvenir.

de Quito ==

Pueblo sin Historia es Pueblo anónimo

Para todo lo relacionado con este Boletín y Publicaciones Históricas del Concejo Capitalino, dirijase al Director del Museo de Historia de la Ciudad de Quito, señor Jorge A. Garcés G.

Apartado Postal Núm. 3054

QUITO-ECUADOR

SUMARIO

Un duelo Nacional	1
Discurso del Alcalde de Quito Dr. Dn. José Ricardo Chiriboga Villagómez	5
Orden de traslado a Bogotá, del Archivo de la Real Audiencia de Quito.	11
De los procesos seguidos contra los Patriotas del 10 de Agosto de 1809 Versión de Carlota Bustos Lozada	15
Sublevación de Quito en Protesta por la Aduana y los Estancos 1765	25
Policarpa Salabarieta	38
Ultimos instantes de Policarpa Salabarieta	44
Descripción de los sucesos de la noche del 25 de setiembre de 1828, por Manuelita Sáenz.	51
Corrida de Toros	58
La Visión de la Calle, por Alejandro Andrade Coello	67
Romance de Quito, por Laura Pérez de Oleas Z.	73
Tradiciones Quiteñas, por Laura Pérez de Oleas Z.	78
Cuando el Rosal floreció	86
La calle de "Sábana Santa".	104
Primicias de la Cultura de Quito, por Gonzalo Rubio Orbe . . .	110
Mariana de Jesús, por el Padre José María Matovelle, S. O. . .	122